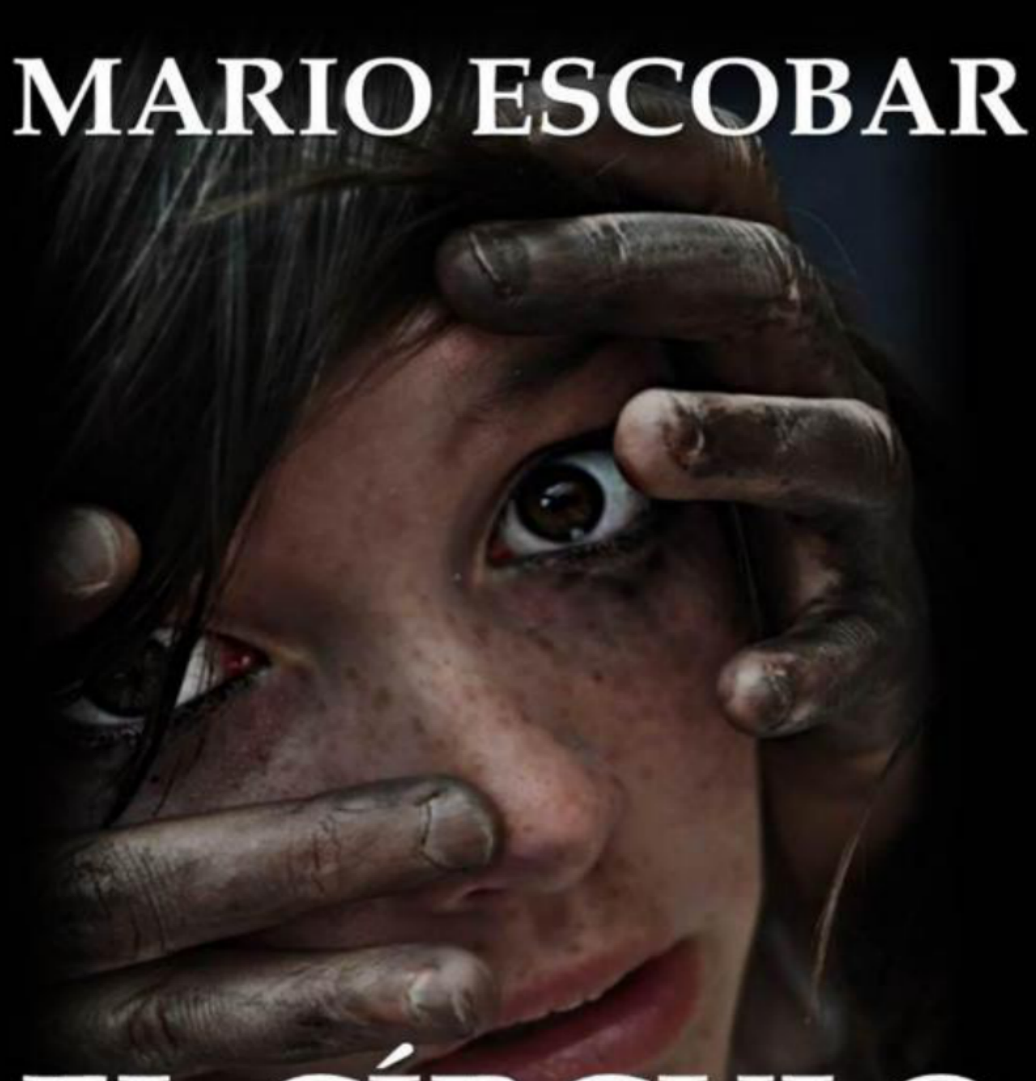

MARIO ESCOBAR
EL CÍRCULO
LA ÚNICA FORMA DE SALVAR A SU
FAMILIA ES DESCUBRIR LA VERDAD

# El Círculo

(Libro Completo)

MARIO ESCOBAR

# DEDICATORIA

A todos los que han sufrido los efectos de esta crisis tan injusta y no han visto condenar a los culpables.

## CONTENIDO

# AGRADECIMIENTOS

Al libro del periodista Marc Roche por su profunda investigación sobre el tema de la Crisis Financiera del 2008

A los jueces, policías y abogados que han denunciado las injusticias económicas, los fraudes y robos del llamado sistema financiero

“Los niños y los locos dicen las verdades”.

**Refrán**

“De lo que tengo miedo es de tu miedo”.

**William Shakespeare**

“El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla”.

**Manuel Vicent**

“Una nación no debe juzgarse por cómo trata a sus ciudadanos en buena posición económica, sino por cómo trata a los que tienen poco o nada.”

**Nelson Mandela**

“Además de un cambio radical en el liderazgo

económico, debe haber acciones políticas radicales y coordinadas entre las economías avanzadas y emergentes para evitar el desastre”.

**Nouriel Roubini**

“El dinero es muy fácil de hacer si no se quiere otra cosa. Pero con unas pocas excepciones, lo que los hombres quieren no es dinero, sino lujo, amor y ser admirados”.

**John Steinbeck**

# NOTA DEL AUTOR

Todo lo que relato en este libro es real, aunque muchos de los acontecimientos y nombres han sido modificados para proteger a las personas implicadas.

Mario Escobar

# Prólogo

Londres, verano del año 2007.

El apartamento de lujo de Maryam en plena City era uno de los que tenían mejores vistas del Támesis y la envidia de sus compañeros de la bolsa. Maryam Batool había conseguido en apenas cuatro años convertirse en una de las mujeres más poderosas e influyentes del mundo bursátil y se sentía eufórica aquella mañana del 6 de agosto.

La noche anterior se había acostado a las cuatro de la madrugada después de acudir a la fiesta de un príncipe Saudita, donde la cocaína y el champan habían convertido el final de la fiesta en una auténtica orgía. A Maryam todo aquello le parecía que formaba parte del mundo de los negocios y de la profesión que había elegido; su estricta educación musulmana se había disipado en su conciencia como una niebla incómoda que desaparece por completo cuando nace la luz del sol. Ella se consideraba totalmente atea. Lo único que existía en el mundo era el dinero. La fuente de toda felicidad. Éste podía producir placeres inimaginables, romper todos los tabúes que te hubieran puesto tus padres y profesores, hasta la completa libertad de la conciencia. O al menos eso pensaba, ya que Maryam era huérfana.

A pesar de todo, Maryam tenía instantes de pequeña lucidez, como si detrás del escenario de ese papel que había decidido representar, existiera una realidad que ella se negaba a reconocer, pero que la atormentaba. Únicamente había que salir de la City para ver que la pobreza, la miseria y las injusticias seguían siendo el principal activo del mundo y que la gente como ella vivía en una torre de marfil.

Ella sabía que para que sus clientes fueran más ricos, otros tenían que perder todo lo que poseían, por eso, si tenía que elegir entre sobrevivir como la familia de su padre en Pakistán o su actual ritmo de vida, no tenía ninguna duda.

Maryam salió de la ducha y paseó su sensual cuerpo desnudo por el amplio salón, mientras el sol penetraba por la gran cristalera. Tomó la taza de café de la cafetera de diseño plateada y contempló la gran noria y los gigantescos edificios que se levantaban al otro lado del río. Tenía el mundo a sus pies. Todos la adoraban y, aunque sabía que la vida profesional de un bróker era muy corta, ya tenía preparada su jubilación a los cuarenta años, en una villa en Grecia, donde se tostaría al sol mientras disfrutaba de un merecido descanso.

Apretó el botón del mando a distancia y encendió el gigantesco monitor. Los cuatro canales más importantes de economía se encendieron simultáneamente. Los números rojos de la pantalla hicieron que se atragantara con el café. Puso el volumen del televisor y escuchó una noticia increíble: "*American Home Mortgage, Home Bank y First Magnus Financial han quebrado, el mundo vive uno de los momentos más críticos desde el Crack de la Bolsa de 1929*", decía una presentadora negra en la Bloomberg TV.

La mujer miró su móvil sin comprender por qué nadie le había llamado antes, pero la pantalla de la BlackBerry no se encendió, se le había terminado la batería. Su teléfono fijo estaba descolgado. Al parecer la fiesta de la noche anterior había continuado en su apartamento, comenzó a recordar la mujer, cuando el príncipe árabe y dos de sus amigas la acompañaron a casa y pasaron toda la noche juntos.

Maryam se sentó en el sofá de piel blanca, notó el contacto frío y la suavidad sobre su epidermis, pero no pudo evitar sentir un acceso de pánico. La fiesta se había terminado y ya era tarde para salvar su vida.

# PRIMERA PARTE

# 1 LA PACIENTE

El Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres se encontraba en St Dunstan's Hill, en el antiguo edificio rehabilitado de la Iglesia St Dunstan's, en plena City de Londres. A Salomón Lewin no le gustaba trabajar allí. Aquella parte de la ciudad se había convertido en un inmenso teatro vacío, en que durante unas horas al día cuatrocientas mil personas transitaban por sus calles interpretando la gran "Feria de las Vanidades" que un siglo antes describiera el famoso escritor William Makepeace Thackeray.

Siempre que llegaba enfrente de las puertas neogóticas del centro, Salomón recordaba las primeras palabras del libro: "*Un sentimiento de honda melancolía invade al director de escena que, sentado frente al telón, observa la bulliciosa animación de la Feria. En ella se come y se bebe en exceso, se ama y se coquetea, se ríe y se llora …*".

A pesar de la incomodidad de trabajar en la City, Salomón sabía que aquel nuevo puesto de Psiquiatra jefe en una de las instituciones más ricas del Reino Unido le facilitaría clientes muy poderosos. En los últimos diez años había dedicado su vida a la investigación y a atender a pacientes pobres de la ciudad de Calcuta, algo que la había llenado de satisfacción, pero que a sus treintaicinco años mantenía su cuenta corriente casi a cero. Su esposa Margaret estaba harta de casas alquiladas con muebles viejos y desconchados, además sus dos hijos comenzaban a necesitar una educación más profesional, lo que aumentaría el gasto familiar muy por encima del sueldo de un Psiquiatra contratado por una ONG.

Afortunadamente la llamada de su viejo profesor John Osborne, que estaba a punto de jubilarse y que había pensado en él para que le sustituyera, había cambiado las circunstancias. Cinco semanas antes habían llegado desde la India, alquilado una bonita casa adosada a una hora de Londres, después habían inscrito a sus hijos en el mejor colegio de la zona y él se había incorporado en el centro como Psiquiatra jefe.

Aquel era un trabajo cómodo, con horario de oficina y bien remunerado, pero Salomón no creía que fuera a depararle casos muy

emocionantes. Los ricos eran aburridos hasta en sus enfermedades mentales.

Aquella tarde, después de ocho horas de consulta Salomón se encontraba agotado, la mayoría de enfermos ingresados en el centro eran neuróticos con comportamientos obsesivos compulsivos o adicciones a drogas, alcohol, al juego o al sexo. La casi totalidad de ellos eran hombres blancos, de treintaicinco a cuarentaicinco años, que trabajaban en el estresante mundo de los negocios o la bolsa. Personas arrogantes que se mostraban tan insufribles como sus vacías vidas. La única satisfacción que Salomón tenía cada día era pasarles el recibo de los honorarios del centro y perderlos de vista por un tiempo, porque la mayoría volvía a reincidir en sus obsesiones y vicios.

Mientras se tomaba un té de menta revisó los casos más antiguos en las fichas de la base de datos. Intentaba dejar libres algunas de las habitaciones, para algunos pacientes nuevos. El primer caso era el de una anciana millonaria que sufría un tipo de paranoia producida por su temor a que le robaran su inmensa fortuna; el segundo se trataba de un adolescente que había adquirido ciertas obsesiones sadomasoquistas y que llevaba casi tres años encerrado en el centro, pero el último le llamó poderosamente la atención. Su profesor no le había mencionado en ningún momento y era la paciente que más tiempo llevaba ingresada en el centro.

Salomón tomo su Tablet y descargo en PDF el expediente, tenía que volver a casa y tenía media hora para tomar el último tren. Después corrió por el largo pasillo de lo que parecía más un viejo colegio inglés que una institución psiquiátrica moderna y dejó que el repiqueo de sus pasos alterara la incómoda tranquilidad del lugar.

En cuanto puso un pie en la calle fue de nuevo consciente de que se encontraba en una de las ciudades más bulliciosas del mundo. Era viernes por la tarde y todo el mundo escapaba de la City para disfrutar de su minúsculo jardín o de las insípidas cenas con amigos de los viernes por la noche. Cuando él había dejado la ciudad a última hora o había ocasionalmente bajado a Londres un sábado, esa parte de la ciudad se convertía en un lugar casi fantasmagórico de calles desiertas y avenidas sin apenas vehículos. Únicamente las calles principales estaban ocupadas por miles de turistas.

Tras una agradable caminata Salomón llegó a la estación de tren. La London Fenchurch Street estaba repleta de gente a aquella hora. Salomón se dirigió directamente al andén y esperó pacientemente el tren de las cuatro y treinta de la tarde. Su tren se dirigía a Brentwood,

una localidad al noreste de Londres, tan anodina como el resto de la campiña inglesa. Salomón intentó sentarse junto a la ventana, aunque ya estaba empezando a anochecer y apenas se veía nada desde las ventanillas. Quedaban algo más de cuatro jornadas para Navidad y en aquella época del año los días eran muy cortos. Se preveía que la última semana antes de las vacaciones sería muy fría y lluviosa, incluso podría llegar a nevar en Londres, nada que ver con la calurosa Calcuta.

Su esposa Margaret, de origen galés, aunque criada en Londres, parecía encantada con aquel clima infernal y los inexpresivos seres que lo habitaban, pero para él, de origen griego, judío de Salónica, acostumbrado a los cielos azules del Mediterráneo, aquel clima era como una condena a muerte.

Salomón abrió su Tablet, conectó la música y se puso a leer una de las últimas novelas policiacas de su autor favorito, pero no llevaba ni cinco minutos leyendo cuando decidió echar una ojeada a la ficha de la paciente. Apretó el PDF y en el pequeño monitor apareció la ficha 128. La foto no era de una gran calidad ni el aspecto de la paciente muy bueno, pero a pesar de todo, aquella mujer seguía conservando un gran atractivo. Sus grandes ojos verdes eran muy expresivos, la tez de color miel, labios jugosos y rojos, nariz pequeña y pelo negro y rizado le hacía parecer exóticamente bella. Su mirada parecía ausente y aparentaba algo más de treinta años.

— ¿Qué te sucedió? ¿Por qué estás tan enferma? — farfulló Salomón mientras comenzaba a leer la ficha.

Salomón miró brevemente los datos generales. Una vez más la paciente estaba relacionada con el mundo de las finanzas. La última crisis económica parecía haber desquiciado a un gran número de bróker y banqueros. La mujer tenía un origen paquistaní, era de religión musulmana y sin parientes cercanos.

*“Síntoma Principal: La enferma padece una amnesia provocada por una neurosis severa.*

*Historia de la enfermedad actual:*

*Lleva desde el principio de su enfermedad sin comunicarse, no responde a ningún estímulo e intenta autolesionarse a la primera oportunidad. Fue ingresada por sus intentos reiterativos de suicidio en agosto del año 2007. Normalmente suele pasar largos periodos con la vista perdida murmurando*

*una única palabra o dibujándola obsesivamente en papeles, paredes o cualquier lugar en el que pueda escribir. La palabra que repite sin cesar es: "El Círculo". No se ha logrado averiguar qué sentido tiene para ella ni con qué está relacionada. Se desconoce el desencadenante de su enfermedad, no parecía tener síntomas anteriores de neurosis antes de su primera ataque. Durante varios años consumió varios tipos de drogas, en especial cocaína. Se desconoce el historial psiquiátrico de sus progenitores, ya que se quedó huérfana a los diez años y fue criada en la institución benéfica "New Life", perteneciente a la University College of London, que se acoge únicamente a niños superdotados que se han quedado huérfanos y tienen pocos recursos financieros. Después recibió una beca para estudiar en la más prestigiosa escuela de negocios de la Universidad de Cambridge".*

Salomón leyó el resto de los datos de la paciente, parándose con especial interés en el examen mental, físico y neurológico. Todo parecía estar bien, pero Maryam Batool llevaba varios años sin responder a ningún tratamiento, experimentar la más mínima mejoría o simplemente decir una palabra que no fuera "El Círculo".

# 2 OBSERVACIÓN

El Fin de Semana fue absolutamente infernal para Salomón; sus hijos de cuatro y seis años no dejaron de torturarle, mientras su mujer criticaba cada cosa que hacía o, sobre todo, las que según ella dejaba de hacer. Por eso cuando tomó a primera hora el tren para la City sintió una especie de alivio, a pesar de que una espesa niebla cubría la ciudad y el tren estaba casi vacío. Al parecer, la mayoría de la gente se encontraba de vacaciones celebrando que otro año nefasto estaba a punto de terminar y que, muy pronto comenzaría el octavo año de la crisis.

El doctor se pasó el resto de viaje escuchando la música que más le gustaba, la vieja y decadente música de los años 70. Pink Floyd, Mike Oldfield, Génesis o Elton John le transportaban a un mundo que nunca había conocido, pero que le parecía mucho mejor que el que le había tocado vivir. Cuando todos creían que el mundo podía cambiar y convertirse en un lugar mejor, aunque en realidad lo único que cambió fue una nueva generación que terminó corrompiéndose como la anterior y creando el capitalismo ultra liberal de los años ochenta. Precisamente él había nacido en esa década, pero se sentía más atraído por aquellos cantos de sirena de la anterior generación que terminaron chocando contra los riscos del LCD, LSD o la heroína.

Aquella mañana gris y anodina al menos tenía un aliciente. El caso 128, la misteriosa neurosis de la paciente Maryam Batool continuaba intrigándole. Caminó por las desiertas calles de la City, el centro estaba al lado de la Torre de Londres y el Parlamento, por lo que podía disfrutar de su hermosa arquitectura centenaria cada día. Después entraba en la estrecha calle de Harp Lane y caminaba entre los edificios de ladrillo rojo hasta la tapia de los jardines del centro, el único resto de vegetación de los alrededores. En los últimos años aquella zona suntuosa y vetusta de la ciudad se estaba convirtiendo en un extravagante y chillón centro de finanzas parecido a Hong Kong o Tokio. Algo que horrorizaba a Salomón y su gusto por lo clásico.

Salomón empujó la verja, paseó por el jardín invernal y entró en el centro. El bedel afroamericano de guardia le miró con cierta indiferencia. El doctor le sonrió y le saludó por su nombre, aunque

solo fuera para molestarle por su antipatía. Después entró en su despacho estilo victoriano y revisó los correos electrónicos, miró las incidencias del fin de semana y organizó las consultas. Su secretaria también estaba de vacaciones, por lo que tardó algo más de lo normal en visitar a los primeros pacientes.

Cuando miró las incidencias le sorprendió ver que la paciente Maryam Batool había recibido una visita y que se había vuelto agresiva, teniendo que reducirla entre dos bedeles y puesto una camisa de fuerza. El visitante se presentó como un antiguo compañero de trabajo. La visita se fue a los pocos minutos. Salomón miró sorprendido la incidencia mientras mordisqueaba una manzana. Se conservaba en buena forma gracias a sus largos paseos en bicicleta y la dieta equilibrada impuesta por su esposa. Terminó la manzana, arrojó el corazón a la papelera y con la Tablet en la mano se dirigió para ver al primer paciente del día: Maryam Batool.

La habitación de la joven estaba en la segunda planta, al fondo del pasillo, la zona más tranquila del centro. Aquel lugar parecía el rincón de los casos perdidos, pensó Salomón mientras escuchaba el eco de sus pasos en el suelo de madera. La luz entraba con dificultad por los ventanales que daban al jardín y a la fachada principal de la antigua iglesia de estilo gótico. La ciudad de Londres había sufrido varios incendios y los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, por lo que edificios antiguos compartían espacio con construcciones recientes sin mucho orden ni armonía. Salomón contempló el ventanal y las nubes plomizas que agrisaban el cielo. Llevaban casi dos semanas sin ver el sol en Londres y aquello podía alargarse aún varios días más. El país estaba en vísperas de celebrar la Navidad mientras un frente de tormentas se aproximaba lentamente hacia ellos, después de dejar varios muertos y decenas de ciudades incomunicada en los Estados Unidos. Al día siguiente era Nochebuena y prácticamente nadie volvería a la City hasta el día 30 de diciembre o los más afortunados el 2 de enero del año siguiente. Su mujer le había presionado para que se tomara unos días libres, pero él puso como excusa que tenía que ponerse al día con los casos, lo que era en parte cierto, pero sobre todo le horrorizaba la idea de estar con sus hijos correteando por toda la casa y sin poder salir al jardín a causa del temporal.

Apretó la Tablet con los dedos de la mano izquierda, mientras miraba por la mirilla de la habitación. Aquella falta de privacidad era otra de los derechos que perdían los enfermos mentales cuando eran ingresados. La luz eléctrica estaba apagada, por lo que apenas divisó la difuminada silueta de alguien sobre la cama. Según ponía en el informe la mujer podía llegar a ponerse agresiva, aunque la mayor

parte de tiempo parecía más bien ausente. El episodio del sábado le hizo estar prevenido. Salomón sacó la llave maestra de su pantalón y giró lentamente la cerradura. Se escuchó un pequeño chasquido y la puerta cedió silenciosa, después entró despacio y se paró frente a la cama.

— ¿Señorita Maryam Batool? Me gustaría hablar con usted un momento — dijo el Psiquiatra.

La mujer no reaccionó ante las palabras del doctor. Continuaba tapada bajo las mantas, en mitad de la penumbra y únicamente emitía una respiración pausada, como si estuviera durmiendo. Salomón encendió la luz y observó con más detenimiento la habitación. Todas las estancias del centro eran iguales, pero aquella tenía un aspecto totalmente diferente. La paciente había colgado cientos de dibujos con círculos de todos los colores y tamaños. Él ya había visto algunos de sus dibujos y conocía su fijación con aquella figura geométrica, pero era muy diferente ver plasmada aquella obsesión por cada rincón del cuarto.

La mujer levantó la cabeza y Salomón observó su rostro somnoliento. Tenía el pelo muy corto y negro, sus pómulos salientes resaltaban sus ojos verdes, que permanecían vidriosos y apagados por la medicación. El Psiquiatra corroboró la belleza que había visto en la foto del informe y algunas imágenes personales que estaban colgadas en internet. Aunque la paciente parecía un espectro de sí misma, muy delgada y de aspecto desaliñada.

— Señorita Maryam Batool, soy su nuevo Psiquiatra, Salomón Lewin. Siento no haber venido antes a verla. Estoy revisando todos los casos del centro y el suyo es particularmente especial — dijo el hombre intentando medir sus palabras. No deseaba que la paciente se preocupara en exceso por su estado o crear en ella alguna especie de ansiedad.

Ella le miró por unos segundos, se sentó en la cama y se quedó con la cabeza gacha e inmóvil. Salomón se puso en cuclillas, intentando insistir a la paciente, pero ella no reaccionó ante sus palabras. Entonces conectó la Tablet, puso una hoja en blanco y colocó el aparato al lado de la cara de la mujer. Ella tomó la Tablet y comenzó a dibujar círculos con el dedo.

— ¿Qué quiere decirnos con esos dibujos? — preguntó Salomón, pero la mujer se limitó a dibujar infinitos círculos sobre la pantalla, sin

levantar la vista ni mostrar la más mínima emoción.

# 3 LA CHARLA

Fue consciente de lo cansado que estaba cuando se sentó en el asiento del vagón y notó que los músculos de su espalda se relajaban. Había llamado a Margaret para decirle que llegaría más tarde de lo habitual. A última hora había llamado a su profesor John Osborne, para decirle que estaba muy interesado en comentar con él el caso de Maryam Batool. Para Salomón aquello era mucho más que un reto, era sobre todo un aliciente en aquel trabajo anodino y gris en la City. Nunca se había encontrado con un caso como ese, quizás su antiguo profesor pudiera ayudarle.

John y él no se habían visto desde hacía un par de semanas, la última vez en la toma oficial de posesión del cargo de Psiquiatra jefe en el centro. En esa ocasión apenas habían logrado cruzar algunas palabras amigables y Salomón le había prometido que iría a visitarle a su casa en Highgate, una pequeña mansión de ladrillo rodeada de un amplio jardín, en cuanto tuviese algo de tiempo.

John era viudo y su hijo Stuart vivía desde hacía años en Nueva Zelanda, por lo que aquella inmensa casa le parecía un lugar inhóspito y que ampliaba su sensación de soledad.

Salomón tomó un taxi en la estación de tren y miró el paisaje envuelto en nieblas de la zona residencial en la que vivía su profesor, mientras las gotas de una ligera llovizna salpicaban los cristales del vehículo. Diez minutos más tarde estaba frente a la verja de hierro de la casa. Llamó al telefonillo y le abrieron a los pocos segundos. Salomón caminó entre los árboles retorcidos, protegido por su impermeable y quitándose la capucha miró la fachada de la casa. Los ladrillos rojos, las ventanas blancas de cristales pequeños y el tejado marrón eran demasiado corrientes para parecer bellos, pero la construcción tenía una cierta armonía, como la clase media alta que habitaba aquellos complejos al norte de Londres.

El psiquiatra recordó por unos instantes sus años de estudiante en Cambridge. En aquella época Inglaterra era la tierra prometida y él un estudiante griego que odiaba todo lo que tuviera el tufo a cultura mediterránea. Para él los anglosajones eran los representantes del progreso y la civilización, mientras que las culturas como la suya

representaban la decadencia inagotable y parsimoniosa del sur de Europa. Qué equivocado estaba; ahora creía exactamente lo contrario. Los ingleses le parecían personas anodinas y sin alma. Gente fría e inexpresiva, que se sentía superior al resto del mundo.

En su primera etapa en la universidad había tenido un gran éxito con las mujeres inglesas. A todas les parecía exótico un joven griego de pelo rizado y moreno, piel aceitunada y ojos claros, pero hasta aquello parecía un recuerdo lejano y confuso de su juventud. Al final, Margaret había sido la que se había llevado el premio. Durante los primeros años habían sido muy felices. Estudiantes jóvenes, sanos y con dinero, que viajaban por todo el mundo aprendiendo idiomas y absorbiendo como esponjas cada cosa que veían a su alrededor, pero todo eso había quedado atrás.

John salió a recibirle, la mujer que le ayudaba con las tareas de la casa solía irse después de servirle la comida y recoger la cocina. El viejo profesor parecía mucho más mayor que unas semanas antes. Tenía barba de un par de días, el pelo canoso despeinado y vestía con el pantalón de un traje viejo y una camisa que le quedaba demasiado ajustada. Parecía como si hubiera ganado peso en aquellas pocas semanas. Su cara algo regordeta no disimulaba sus profundas ojeras detrás de las gafas redondas, que le hundían los ojos.

— Salomón Lewis, no esperaba verte tan pronto. Sé que me dijiste que me visitarías, pero esas son el tipo de cosas que se prometen, pero no se cumplen — dijo el profesor saludando efusivamente a su alumno. John Osborne era hijo de padre norteamericano y madre escocesa, aunque siempre había vivido en Inglaterra. Nada que ver con los inexpresivos naturales de la isla.
— Siempre cumplo mis promesas, profesor Osborne — le contestó Salomón con una sonrisa.
— No me llames profesor, ahora somos simplemente dos amigos que se encuentran para hablar de los viejos tiempos y tomar una copa para celebrar la Navidad.

Salomón entró en la casa y juntos recorrieron el amplio recibidor hasta el salón diáfano forrado de estanterías de caoba repletas de libros. Unas puertas correderas daban al comedor y una leve elevación comunicaba el despacho y el amplio salón principal. Una gran mesa de nogal presidía la estancia y desde ella se dominaba todo aquel inmenso espacio repleto de libros.

— En estos días me he preguntado muchas veces si no te he condenado a morir en vida al ofrecerte la dirección del centro. Londres no se parece en nada a la India — comentó el profesor, mientras se sentaba en el butacón color burdeos del despacho. Su alumno lo imitó sentándose en otro parecido justo enfrente.

— Calcuta tampoco es el paraíso terrenal. El olor es insoportable, aunque terminas acostumbrándote. El tráfico es horrible y los animales sagrados caminan a sus anchas por las calles, pero lo peor es toda esa gente famélica, condenada a la pobreza y el hambre por haber nacido en una casta determinada — contestó Salomón, después de dar un suspiro. Aquel mundo caótico le parecía más real y limpio que la prefabricada vida occidental, donde la pobreza moral y el vacío existencial se disimulaban entre capas de grasa y consumismo.

— Esta humedad y la niebla que persiste día y noche, puede machacarte los huesos y dejar tu estado de ánimo por los suelos. Además, como ya habrás comprobado, los clientes del centro no son muy originales, tienen las típicas enfermedades de los hombres ricos y que son producto de su propio hedonismo y avaricia.

— Precisamente venía para hablarte de una paciente, una mujer que parece sufrir un neurosis severa con comportamientos compulsivos obsesivos — comentó Salomón.

— Te refieres a Maryam Batool, ella es uno de los grandes fracasos de mi carrera. Llevamos intentándo con ella durante los últimos años todo tipo de terapias, pero no responde a ninguna — dijo John apesadumbrado.

— Ya he leído todos los tratamientos que le habéis suministrado, pero la paciente nunca ha mejorado ni ha respondido a una sola pregunta. ¿Verdad? — preguntó Salomón intrigado.

— No, está totalmente ausente. Obsesionada con los círculos, como habrás podido comprobar — dijo John.

— Tampoco se pudo contactar con su familia en Pakistán, no tiene pacientes cercanos. Ni había dado nunca signos de enfermedad mental, lo único que sí parece encajar en su perfil es el consumo de drogas.

— Aunque al parecer no era una drogadicta. Apenas tuvo síndrome de abstinencia en la clínica. Yo sigo pensando que sufrió un trastorno por estrés postraumático, al parecer se arruinó a finales del 2007 cuando comenzó la crisis. Cuando estudiaba su caso, me encontré con algo curioso — dijo el profesor John.

— ¿El qué? — preguntó Salomón impaciente.

— Al parecer, cuatro empleados de la misma empresa se suicidaron entre finales del 2007 y comienzos del 2008. Todos los suicidios

fueron relacionados con la crisis bursátil, pero lo que más me sorprendió fue la cantidad de suicidios en tan poco tiempo y que todos los casos tenían rasgos muy parecidos — comentó John.

— ¿Cómo cuáles? ¿Por qué no incluiste esto en el informe?

— Parecían simples casualidades. Nada con una base científica. Esos ejecutivos y brókeres pertenecían como la paciente a la General Society, estaban todos solteros, tenían entre 24 y 30 años y habían entrado en la empresa gracias a la beca del Chartered International Institute, una de las instituciones más antiguas, fundada en Glasgow a finales del siglo XIX.

Salomón le miró extrañado. No entendía cómo aquello no le había resultado extraño. Cuatro empleados suicidas y la enfermedad de Maryam no podían ser casualidad. Algo o alguien habían empujado a todos ellos al desesperado recurso de terminar con su vida.

— ¿La policía no investigó el caso? — preguntó el Psiquiatra.

— Vinieron por el centro e hicieron algunas preguntas, pero nada más — respondió John.

— ¿Cuál es tu teoría?

— Ya te he comentado. Seguramente fue un trastorno por estrés postraumático. Seguramente se vio amenazado por algo o alguien. Otra posibilidad es que pensara que iba a perder su estatus, cuando las bolsas comenzaron a hundirse. Para una persona huérfana sin familia, su trabajo lo es todo. Su autoestima se sustenta en lo que hace, ya que no tiene ningún tipo de afecto personal. Yo lo englobaría dentro de los trastornos cognoscitivos o de los trastornos relacionados con sustancias.

— La verdad es que cuando la he visto he tenido la impresión que el caso puede deberse a un trastorno de estrés agudo. Tienes todos los síntomas de este tipo de trastornos: sensación de embotamiento, desasosiego y ausencia de reactividad emocional. Reducción del reconocimiento de su entorno. También desrealización y despersonalización. Por ultimo su amnesia disociativa — comentó Salomón.

— También barajé esa posibilidad, pero es difícil determinar un diagnóstico, con una enferma que no ha respondido a ningún tratamiento. Me temo que el caso de Maryam es de ese 10% que no podemos resolver o mitigar — dijo John mientras se acercaba a un globo terráqueo que tenía cerca del escritorio. Después extrajo una botella de Whisky y dos vasos. Tomó cuatro hielos de una pequeña nevera disimulada en la estantería y le ofreció una copa a su alumno.

La oscuridad había invadido hacía tiempo la estancia. Los días eran muy cortos en las jornadas próximas a la Navidad, como si el mundo cayera lentamente en un letargo del que únicamente podía salvarle la primavera. Salomón odiaba la Navidad, le recordaba a sus padres fallecidos unos años antes, al tiempo de la infancia, cuando todo era posible y lo único que tenías que hacer era soñar. En cambio, Margaret era una entusiasta de esas fechas, a pesar de ser tan agnóstica como él, pero disfrutaba con los regalos, el árbol, las comidas y cenas, que rodeaban a la Navidad. Él sabía que al día siguiente tendría la casa repleta de gente. Sus dos cuñados y las hermanas de su mujer, los padres de Margaret, los sobrinos y una tía, hermana de su suegra. Afortunadamente se marcharían después de la cena. Los ingleses eran demasiado formales para incomodar a los anfitriones, aunque estos fueran su propia familia. El día de Navidad no sería mucho mejor. Comida en casa de sus suegros, regalos y después brindar por el año que se aproximaba.

John notó como el sabor áspero a madera le inundaba la garganta. No entendía por qué le interesaba ese asunto a su alumno. Él había intentado convertir el caso de Maryam en invisible. No era muy inteligente enemistarse con la gente más poderosa de la City, sobre todo si ellos eran tus clientes potenciales, pero conociendo a su exalumno, no estaba seguro que fuera buena idea decírselo directamente.

— ¿Qué me aconsejas John? — preguntó Salomón, como si estuviera escuchando los pensamientos de su viejo profesor.

— Te aconsejo que lo dejes correr. Esa joven no tiene solución. Es una pena, tan exitosa y bella, pero la mente del ser humano es muy compleja. Algunas veces simplemente se estropea y no hay nada que hacer. Vete con tu familia, disfruta de unos días de descanso. Dentro de unos meses te habrás adaptado de nuevo a este clima. Inglaterra es el mejor lugar de mundo para templar las ideas, las disensiones y ver los problemas con mesura. Creo que no te descubro nada nuevo si te digo, que a veces no apreciamos lo que tenemos. Mírame a mí — dijo John con un gesto —, un pobre viudo solitario, viejo y al que únicamente le espera la muerte. Disfruta de tus hijos y tu esposa. Olvídate de todo lo que ensombrezca tu vida.

Salomón apreciaba los consejos de su viejo profesor. Sabía que esa era la actitud correcta, pero algo en su interior, una inmensa sensación de vacío y falta de propósito le empujaba justo al lado contrario. Se pasaba el día dando consejos a sus pacientes, pero era muy difícil aplicarlos a sus propia vida. Cuando has perdido la ilusión, la vida se convierte en una carga, algo insustancial y vano que te lleva a la

desesperación. Salomón apuró el vaso y sintió el ligero alivio del alcohol, que templaba sus nervios y relajaba sus músculos.

— Feliz Navidad, profesor — dijo abrazando al hombre.

— Feliz Navidad, Salomón. No te olvides de este viejo Psiquiatra — comentó el hombre con el semblante triste. Su rostro estaba hundido y las gafas redondas con sus ojos apagados, mostraban una gran tristeza.
— Volveré pronto — dijo Salomón mientras recogía el impermeable. Después se dirigieron a la puerta.
— Prométeme que serás feliz, hazlo por los dos. También por toda esa gente que ves todos los días y que consciente o inconscientemente ha destrozado su vida — dijo John.
— Lo intentaré …

Mientras caminaba por el amplio jardín en penumbra, los primeros copos de nieve comenzaron a caer sobre el suelo húmedo y frío. Aquellas luciérnagas de agua revoloteaban por todas partes. Salomón sonrió, siempre había amado la nieve. Algo tan raro en Grecia como los árboles en Arabia. Recordó la voz emocionada de su madre diciéndole que se asomara a la ventana para ver la nieve que nunca cuajaba en la tierra cálida de donde procedía. Tenía que transmitirles ese tipo de emociones a sus hijos. Ellos no eran culpables de su infelicidad. Ese sería su propósito para el nuevo año. Disfrutar de las pequeñas cosas, aferrarse al lado más firme de la vida, compuesto siempre por los milagros cotidianos.

Caminó durante algo más de veinte minutos bajo la lluvia de estrellas de agua, tenía la mente en blanco, la mirada perdida y la sensación de que comenzaba todo de nuevo; de que se daría otra oportunidad para ser feliz, pero Salomón sabía que la felicidad no depende únicamente de nuestras buenas intenciones y deseos; que los demonios personales se resisten a salir de los corazones afligidos y las circunstancias terminan arrastrando a los hombres hacia su destino.

# 4 NOCHE DE PAZ

Margaret se quedó muy sorprendida cuando su marido comentó que ese día no acudiría a la oficina y que se quedaría en casa trabajando. No era algo muy usual en él. Siempre tenía algo que hacer y alguna buena razón para no estar en casa. Ella había sacrificado su vida profesional, se había pasado los últimos años en un país horrible, como era la India, encerrada en una jaula de oro, criando a sus hijos, sin mucha vocación ni deseo. Ahora que estaban de nuevo en Inglaterra y podían comenzar de nuevo, Salomón parecía más frío y distante que nunca. Margaret sabía que a su marido no le gustaba el clima de la isla, tampoco el carácter de los ingleses, pero al fin y al cabo habían regresado a Inglaterra por una oferta de trabajo suya y para salvar su carrera profesional. Sus hijos Mike y Sara eran demasiado dependientes y no la dejaban respirar, solamente descansaba cuando estaban dormidos y la única manera que tenía de relajarse era asistir al gimnasio del pueblo o colaborar con la Iglesia Anglicana en el reparto de comida a los pocos pobres que vivían en esa zona de los alrededores de Londres. Aunque lo que realmente apreciaba era visitar a los ancianos que la parroquia atendía en sus domicilios.

La organización de la cena le había vuelto medio loca. Le gustaba cocinar, sobre todo en las comidas especiales, pero con los niños en casa todo el día se sentía agotada, de mal humor e irritable. Margaret había pensado que Salomón le ayudaría aquella tarde, pero llevaba varias horas encerrado en el despacho del último piso sin dar señales de vida ni atender los gritos de los niños. La mujer decidió subir al "sacrosanto" lugar y pedir a su esposo que ejerciera un poco más como padre.

Abrió la puerta del despacho y miró al final de la sala. Su marido estaba frente al ordenador, tan enfrascado que apenas notó su presencia. Se acercó sigilosamente y le miró por encima del hombro. A veces pensaba que él le engañaba con otra mujer, pero en ocasiones las cosas son más complicadas.

— Salomón, ¿no escuchas los gritos de los niños? — preguntó Margaret con el ceño fruncido.
— Claro que los escucho, ¿podrías pedirles que hicieran menos ruido?

— contestó enfadado.
— Será mejor que bajes y se lo digas tú mismo. Yo llevo aguantándoles desde que les dieron las vacaciones — refunfuñó la mujer.
— Estoy trabajando, Margaret. ¿Todavía no entiendes porque no trabajo más en casa? Esto es un infierno — dijo Salomón dándose la vuelta y mirando a su esposa por primera vez en toda la conversación.

La mujer estaba elegantemente vestida con un traje negro, llevaba por encima un delantal blanco con cerezas dibujadas y el pelo recogido en un moño. Él la observó detenidamente, seguía teniendo un atractivo natural, casi salvaje. Lo mismo que le había atraído desde su época de estudiante, pero el estrés cotidiano estaba terminando con su brillante luz interior, ahogando los mejores años de su vida. Por un momento se sintió culpable, como si la vida familiar que le ofrecía fuera un castigo inmerecido, más que el esfuerzo de todo su trabajo.

— Lo siento cariño, pero este caso me tiene totalmente obsesionado. John Osborne me aconsejó que me olvidase de él, pero no puedo. He estado mirando por internet unos casos de suicidio del año 2007 y 2008 que parecen tener relación, pero no encuentro las causas. Esa gente se mató sin más — dijo Salomón, abriéndose por primera vez a su mujer en mucho tiempo. Antes siempre le hablaba de sus casos más complicados y ella le daba su punto de vista, pero ahora apenas hablaban de otra cosa que no fueran los niños, los horarios de las actividades extraescolares o las compras.

Margaret relajó las facciones de la cara e instintivamente se sentó sobre su regazo. Aquel gesto era una verdadera declaración de paz. Lo curioso de su relación era que a pesar de los gritos y las discusiones seguían amándose, sintiéndose atraídos el uno por el otro y disfrutando en la cama como el primer día.

— Por fin estás de nuevo en casa — dijo la mujer jugueteando con los rizos del hombre. Salomón tenía unas entradas que le despejaban la frente, pero mantenía el pelo rizado algo largo.
— Lo siento, cariño — dijo el hombre en tono de disculpa.
— Cuando todos se vayan recuperaremos el tiempo perdido — dijo la mujer mordiendo el labio inferior de su marido.

Un sonido estridente salió del busca de su esposo. Tomó el aparato de encima del escritorio y miró a su esposa extrañado.

— Es del centro.
— ¿Del centro a estas horas? Son las seis, dentro de dos horas cenaremos con la familia — le advirtió la mujer.

— Déjame que llame — comentó Salomón tomando su móvil.
— ¿Qué estás investigando? — preguntó la mujer después de mirar por primera vez el monitor de Mac.
— Es largo de contar. Una de mis pacientes lleva sin hablar varios años, tiene algún tipo de neurosis que nadie ha sabido tratar — dijo Salomón mientras se colocaba el teléfono en el oído.
— Pero esas páginas son de la bolsa de Londres — comentó la mujer.
— Sí, ella era bróker de la bolsa. Perdona …Hola, soy Salomón Lewis, me ha llegado un aviso por el busca.

Margaret permaneció callada unos minutos. La cara de su esposo estaba cambiando por momentos. Primero sorpresa, después nerviosismo y angustia, para terminar en puro frenesí. Cuando el hombre colgó, miró a su mujer y le dijo:

— Tengo que ir al centro. Volveré pronto, esperarme para cenar.
— Por Dios, Salomón. Es Nochebuena y está nevando. Las carreteras pueden estar cortadas. No llegarás a tiempo de la cena. Toda mi familia estará aquí — dijo la mujer perdiendo la calma.
— Lo haré, no te preocupes. Maryam ha tenido una crisis aguda y ha intentado suicidarse. Un enfermero está herido y la policía acaba de llegar al centro. Mi paciente recibió una visita, una joven que decía ser su hermana, después de que la joven se fuera perdió el control e intentó cortarse las venas con un trozo de hierro que arrancó de la cama. El enfermero que intentó detenerla recibió un corte profundo en el cuello y casi muere desangrado Tuvo una crisis parecida el fin de semana anterior — le explicó Salomón. Sabía que era la única manera de que Margaret comprendiera la gravedad del asunto.
— Está bien, pero llámame cuando llegues al centro y cuando salgas para regresar a casa. No quiero que te pase nada — dijo abrazándole.
— Cuando regrese celebraremos la fiesta a nuestra manera — dijo Salomón más relajado. Habían conectado de nuevo después de semanas enfrentados. No sabía que había pasado en el centro, pero en ese momento lo vivía como algo secundario, casi una molestia.

Se puso en pie y bajó con su mujer por las escaleras. Cinco minutos más tarde estaba al volante de su Citroën Grand C4Picasso de color rojo. No estaba acostumbrado a conducir sobre la nieve, aunque el que le había vendido el coche tres semanas antes le había asegurado que los neumáticos de invierno que tenía el vehículo eran

excepcionales. Aquella noche era la mejor para comprobarlo. La gran tormenta de nieve se aproximaba a Inglaterra después de aislar a la mitad de los estados de los Estados Unidos. La previsión mejoraría para finales de semana, pero aquel martes por la noche, parecía que toda la furia del cielo se desataba sobre Londres. Salió por el final de la calle desierta y llegó hasta la autopista sin cruzarse con un solo coche. Por unos momentos dudó que los padres de Margaret cogieran su viejo Volvo y se dirigieran hasta su casa en una noche como aquella, tendrían una noche tranquila, si no fuera por su maldita salida a la City. Había elegido ser Psiquiatra y no doctor, porque supuestamente los Psiquiatras no salían a mitad de la noche para atender a un paciente. Cuando su vehículo patinó al incorporarse a la solitaria autopista, maldijo a todos los vendedores de coches del mundo y cruzó los dedos. No quería morir una noche como aquella, tirado en la cuneta helada de la autopista que llevaba al viejo Londres.

# 5 NOCHE DE AMOR

No veía nada. El limpiaparabrisas no daba abasto. Los copos de nieve eran tan grandes como mandarinas y lo cubrían todo. Apenas veía algo a más de un metro de distancia, pero afortunadamente no había vehículos en la carretera. Se mantenía en el carril más de la izquierda. Aquellos ingleses seguían conduciendo al revés que el resto del mundo, lo que añadía una dificultad más a la conducción aquella noche.

La cabeza de Salomón no dejaba de dar vueltas a lo que había descubierto aquella tarde. La famosa compañía General Society no había perdido tanto dinero en el 2007, al revés, era una de las que había salido más beneficiada de la crisis financiera. Curiosamente estaba prácticamente limpia de productos tóxicos cuando se corrió el rumor que el banco inversor Bear Stearns estaba en la ruina.

En Estados Unidos la American Home Mortgage quebró el 6 de agosto del 2007, y todos los bancos comenzaron a perder dinero y los bancos centrales a inyectar capital, pero General Society ya no tenía productos tóxicos no hipotecas subprime. Se había desecho de todas ellas antes del verano. No había razones financieras para que los bróker y ejecutivos de la compañía comenzaran a suicidarse y para que su paciente perdiera la cabeza. John no había hecho bien su trabajo y aquello era lo más extraño de todo. Su viejo profesor no cometía errores de ese tipo. Maryam no había enfermado por estrés postraumático producido por la ruina de su empresa, tampoco por el consumo de drogas. Entonces, ¿qué era lo que aterrorizaba a la mujer?

La llamada de aquella noche le había dejado boquiabierto. La paciente no tenía familia. Entonces, ¿quién era la joven que había ido a visitarla como si fuera su hermana? ¿Por qué le había producido una crisis tan severa? Una paciente que no había recibido visitas en años, había recibido dos en los últimos días.

Salomón sacaba algo positivo de todo esto. Si Maryam había reaccionado tan violentamente, era posible que en cierto sentido estuviera reviviendo el temor que le había llevado a enfermar. Las próximas horas eran cruciales, la paciente había regresado de su estado de aislamiento y podría recordar algunos detalles de su pasado. Si no lograba que volviera en sí aquella noche, podrían pasar años

antes de tener otra oportunidad. Lo único que temía era que los enfermeros la hubieran inflado a tranquilizantes, aunque él había dado la orden de que no le administraran medicinas. Que la mantuviesen con la camisa de fuerza, pero sin drogas.

La entrada a la ciudad estaba despejada. Los quitanieves parecían más eficaces en las calles de Londres que en la autopista, aunque en las aceras se acumulaban verdaderas montañas de nieve. Enfiló Great Tower St. Después entró en Ido Ln, para dejar el coche en el aparcamiento. Caminó por la nieve helada hasta la entrada principal y observó la fachada de la iglesia cubierta de nieve. La estampa no parecía ser más tenebrosa. Salomón se imaginó a Jack el destripador caminando por aquellas calles ciento cincuenta años antes, buscando su próxima víctima. Lo único que contrastaba en aquel escenario victoriano eran los brillantes rascacielos de colorines del fondo.

Cuando entró por la puerta no encontró a nadie en recepción. Seguramente los auxiliares y el enfermero estaban en la habitación de Maryam, pero nadie atendía en ese momento las alarmas ni las cámaras, tampoco el teléfono, que parpadeaba en el mostrador. No había rastro de policía, seguramente en una noche como aquella se habían dado prisa para hacer el informe e irse con su familia a cenar.

Salomón subió de dos en dos las escaleras de madera y llegó a la última planta. Corrió por el pasillo en penumbra y sintió un escalofrió en la espalda. Aquello estaba demasiado tranquilo. Después pensó en la voz femenina que le había hablado por teléfono, no le sonaba a la de ninguna empleada del centro, podía tratarse de una sustitución, pero no recordaba haber firmado ningún contrato esa semana.

Se aproximó con cautela a la habitación. La puerta estaba entornada, pero no se veía nada. Movió con el brazo extendido la puerta, esta chirrió levemente. Sus ojos intentaron acostumbrase a la oscuridad, pero lo único que vio fueron figuras brumosas, que parecían fantasmas imaginarios. Tomó el móvil y conectó la función de linterna. Apuntó al interruptor, pero no había luz en la habitación. Su corazón comenzó a palpitar con fuerza. Aquello era muy irregular. ¿Dónde estaba todo el mundo? Al menos había tres personas de guardia aquel día. Dio un paso y enfocó la cama de la paciente. Un cuerpo parecía descansar en un revoltijo de mantas y sábanas. Se acercó lentamente y tiró de la ropa de cama. El cuerpo de una mujer yacía bocabajo, tenía el pelo recogido en un moño pelirrojo, vestía de blanco, aunque el cuello estaba cubierto de sangre. Aquella mujer no era Maryam.

— Dios mío — dijo en voz baja y en griego. Apenas hablaba el idioma de sus padres, pero cuando el inconsciente tomaba el control de su mente, surgía aquella lengua como un recuerdo ancestral de su pasado. Ya ni siquiera soñaba en griego.

Intentó pensar con claridad, pero estaba bloqueado. Sus sentidos parecían lentos y embotados por el pánico. El que hubiera hecho aquello podía encontrarse oculto entre las sombras. Observándole desde el lado oscuro, con un arma en la mano. Se giró lentamente y enfocó al suelo. Un segundo cuerpo yacía cubierto de sangre. Era de un hombre negro, el enfermero del turno de noche. Realmente tenía el cuello ensangrentado, como le habían dicho por teléfono, pero por la pérdida de sangre parecía muerto.

Se adelantó dos pasos. No comprendía lo que había pasado, pero buscaba a su paciente. Tal vez no fuera una buena idea, aquellas víctimas parecían el resultado de un perturbado, su paciente podía hacer algo así. Enfocó a los dos rincones del cuarto, pero no había ni rastro de ella. Sabía que era mejor salir corriendo y llamar a la policía, pero temía que el asesino o asesinos estuvieran justo a su espalda. Escuchó un ruido en el pasillo, después unos pasos. El vello de la nuca se le erizó por completo. No tenía nada con que defenderse y no había otra salida. Necesitaba pensar en algo. Se colocó detrás de la puerta y aguantó la respiración. Si tenía algo de suerte, nadie sabría que había llegado, aunque aquella idea le pareciera infantil, prefería no pensar en otra cosa. Al fin y al cabo, al llegar había usado su llave de seguridad y apenas había hablado. Entonces escuchó una voz, era de mujer y parecía asustada.

— ¿Doctor Salomón?

Aquella mujer estaba pronunciando su nombre. No sabía qué hacer, pero si se trataba de Maryam, debía intentar protegerla, era su obligación. Salió de detrás de la puerta y contempló a su paciente con el camisón empapado en sangre. Cuando la mujer notó la luz del móvil sobre el rostro se tapó los ojos. Sus pupilas brillaron de una manera especial. Ya no parecía la joven ausente y adormecida por las pastillas que había conocido.

— ¿Doctor Salomón?
— Maryam. ¿Se encuentra bien? — dijo el hombre aturdido por el miedo.

La mujer se abalanzó sobre él. Su primera reacción fue protegerse, pero enseguida comprendió que lo que quería la mujer era acurrucarse

en sus brazos.

— ¡Ha sido horrible, ha sido horrible! El Círculo, doctor El Círculo — dijo la mujer entre sollozos.

Salomón sintió como la sangre del camisón penetraba por su camisa limpia, una sensación de lástima y asco le invadieron al mismo tiempo. No estaba seguro si estaba abrazando a una asesina o a una víctima, pero en aquel momento era un doctor protegiendo a una enferma. Aquellos segundos le parecieron eternos. La mujer había vuelto en sí, él podría saciar su curiosidad y buscar un remedio para ella, aunque tal vez todo lo que había pasado demostrara que su enfermedad no tenía cura. Por unos instantes pensó en su familia reunida ante la mesa, imaginó la cena de Nochebuena, anodina pero entrañable. Después le pasó por la mente la terrible tormenta que se cernía sobre Londres y la nieve cubriendo con su blancura las calles de la ciudad. Aquel abrazo frío, casi cadavérico, que ponía sus almas en contacto, pero que a él le alejaba cada vez más de la vida cotidiana. Pensó en huir en ese momento y pedir a la policía que detuviera a aquella mujer, pero entonces nunca sabría lo que realmente había pasado. En el fondo prefería estar allí que en su casa.

Algunos hombres son tentados con la fama o el dinero, Salomón Lewin tenía el impulso de saber, de conocer la raíz de todas las cosas. Un conocimiento que le atrapaba como una tela de araña y le conducía a su propia destrucción. Tiró del hilo de Ariadna, pero este no le sacaba del laberinto del Minotauro, le introducía hasta su misma presencia.

# 6 EL LABERINTO

La joven apenas recordaba nada de lo sucedido. Todo era confusión en su mente. Tenía la confusa imagen de alguien entrando en su habitación por la tarde. Ella estaba dormida, pero el intruso la zarandeó, después todo era borroso, como una película muy usada de VHS.

Cuando Maryam abrió los ojos se encontraba enfrente de Salomón. Tenía las piernas encogidas sobre la silla y las aferraba con los dos brazos mientras sostenía una taza de té caliente. Miraba al infinito y canturreaba algo, que parecía una vieja canción del Phil Collins. Tenía el pelo recogido en una pequeña coleta hacia atrás, un hematoma en cara y llevaba una camiseta limpia, unos pantalones vaqueros y una chaqueta de lana gris que le caía por los lados. Salomón la miraba inquieto. Había pasado media hora, tiempo suficiente para que la policía pudiera acusarle de cómplice de asesinato o de encubrimiento. La mujer parecía hundirse de nuevo en su letargo y él estar más confundido que antes.

Sonó el móvil y el Psiquiatra tardó en reaccionar, como si estuviera en un profundo trance que le aislara del resto del mundo. Al final sacó el teléfono vibrante del abrigo y miró a la pantalla. Ponía Margaret, titubeó unos instantes, pero al final contestó.

— ¿Salomón, estás bien? — preguntó su mujer inquieta. Se escuchaba mucho ruido de fondo, lo que significaba que al final su familia había acudido a la cena. A esas alturas, los niños estarían jugando en el salón con los regalos de Papa Noel, mientras los adultos terminaban el postre.
— Sí, estoy bien — respondió escuetamente.
— No me has llamado. ¿Tuviste problemas en la carretera? — preguntó Margaret intentando disimular su enfado.
— Perdona, pero cuando he llegado esto era un verdadero desastre. La carretera estaba mal, pero en Londres las calles se encuentran despejadas — contestó con voz anodina. No tuvo que disimular mucho, era la voz que empleaba siempre que hablaba con su esposa por teléfono.
— ¿Cuál era la emergencia? — preguntó la mujer.
— Nada importante, un accidente, pero el personal se puso nervioso

— dijo Salomón.
— ¿Nada importante y te llaman en plena Nochebuena? — gruño Margaret.
— Gajes del oficio. Espero regresar pronto — dijo Salomón intentando terminar la conversación.
— Todos están aquí y preguntan por ti. Por favor, intenta venir lo antes posible. Ten cuidado con la carretera y llámame cuando salgas — dijo la mujer.
— Está bien, lo haré — dijo Salomón.
— Un beso, cariño.
— Un beso.

Salomón colgó el teléfono y observó a Maryam, que le miraba fijamente. En ese momento supo que ella intentaba mostrarse más confusa de lo que realmente estaba. Aquello le enfureció, la miró directamente a los ojos y dijo:

— No juegues conmigo. Dentro de un minuto llamaré a la policía si no me cuentas todo lo que sabes. ¿Qué recuerdas de esta noche? ¿Sabes por qué estás aquí?
— Sé quién soy y que hago en este centro, pero apenas tengo algunos pequeños flash de todo este tiempo. No sé en qué año estamos, tampoco lo que ha pasado esta noche … — dijo la mujer con una voz totalmente neutra.
— ¿Por qué no te han hecho daño a ti? ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? — preguntó Salomón impaciente.
— Si supiera todas esas cosas, no estaría encerrada en un psiquiátrico, ni estaría frente a un loquero. Cada vez que intento recordar siento un fuerte dolor de cabeza y mi mente se pone en blanco, como un ordenador que se ha quedado colgado — dijo la paciente.
— Amnesia postraumática — dijo Salomón.
— Llámelo como quiera.
— ¿Qué es lo último que recuerdas antes de que te ingresaran? — preguntó Salomón. Pensó que si empezaba desde el principio, tal vez ella tirara del hilo que necesitaba para salir del laberinto.
— Estaba en mi apartamento. Era por la mañana, aquella noche me había corrido una buena juerga. En los últimos años estaba un poco descontrolada, me imagino que tener tanto dinero tan joven y sin nadie que te aconseje, termina por convertirte en una especie de esponja. Lo absorbes todo, quieres experimentar todo. No me criaron con normas establecidas. Los orfanatos en los que estuve se limitaban a alimentarme, tratarme psicológicamente y educarme, pero imagino que hay algo en la familia que te enseña otro tipo de

cosas. Yo apenas recuerdo a mis padres — contestó con una seguridad que impresionó a Salomón.
— Estás hablando como una persona totalmente sana. ¿Por qué has estado tantos años pronunciando una sola palabra?
— ¿Qué palabra? — preguntó la joven frunciendo el ceño.
— ¿No la recuerdas?
— No, ya le he dicho que no recuerdo nada.
— El Círculo; la has pronunciado hace un momento, cuando me has abrazado — dijo Salomón intentando disimular su desconfianza. Todo aquello le parecía muy extraño. Tenía la sensación de que ella quería simular una especie de desdoblamiento de la personalidad, pero nunca antes había mostrado esos síntomas.
— Hasta el momento en el que le abracé no recuerdo prácticamente nada. Tengo la sensación de haber estado dormida todo este tiempo — dijo la joven.
— ¿Dormida? ¿Qué estabas haciendo esa semana? ¿Te enteraste de la crisis bursátil? ¿Sabías que varios compañeros tuyos se suicidaron? — preguntó Salomón.
— La última mañana que recuerdo estaban hablando de ello en las noticias, nosotros llevábamos semanas intentando deshacernos de todos los activos tóxicos, aquella noche habíamos celebrado que no quedaba ni uno solo en nuestras cuentas — dijo la joven.
— Entonces, ¿por qué intentaron suicidarse tus compañeros?

Se produjo un silencio largo e incómodo. Después ella bebió un sorbo de té, levantó la vista y le dijo:

— No lo sé doctor.
— ¿Por qué intentaste suicidarte tú?

En ese momento el rostro de Maryam se transformó. Sus ojos parecían encendidos y sus labios se abrieron como si estuviera a punto de lanzarse sobre él. Salomón reaccionó empujando su silla hacia detrás.

— El Círculo, El Círculo — dijo la joven.

Maryam parecía haberse ido de nuevo. La mujer que le miraba era otra persona. Un ser débil, indefenso y atemorizado. Salomón se puso en pie, se sentó al borde de la mesa e intentó aclarar sus ideas. En ese momento estaba casi convencido que aquella mujer había matado al enfermero y al auxiliar. Aunque le asaltaban algunas dudas: ¿Dónde estaba la tercera persona que estaba de guardia aquella noche? ¿Quién le había llamado? Aquella mujer no parecía en condiciones de buscar su ficha y simular ser otra persona. Tampoco entendía que le había

llevado a la enferma a matar a aquellas personas. ¿Un ataque de ira? ¿Por qué no le había hecho daño a él?

— Maryam, ¿qué has hecho con la otra persona?

Justo en ese momento se escuchó un estruendo en la planta baja. Los enfermos se despertaron y comenzaron a pegar gritos, que parecían aullidos en mitad de la noche. Salomón notó como el corazón se le aceleraba de repente. Le asaltaron de nuevo las dudas. ¿Qué sucedería si realmente Maryam era inocente? ¿Quién venía en mitad de la noche? El rostro de la joven parecía aterrorizado, como el de una presa que está a punto de ser cazada.

# 7 CONFUSIÓN

El tiempo es relativo cuando el peligro acecha. Salomón escuchó los pasos en el piso inferior y calculó que tenía unos cinco minutos antes de que llegaran a su despacho. Tomó a la joven del brazo y corrieron por el pasillo hasta la parte posterior. Una puerta comunicaba con la antigua capilla de la iglesia, normalmente la sala no se usaba, pero la mantenían en perfecto estado. Hacía mucho tiempo que no había servicios religiosos y el lugar era el escondite de los empleados para salir a fumar. Salomón buscó las llaves con nerviosismo, se le cayeron al suelo y tardó unos segundos en atinar con la correcta. Los pasos se acercaban, sin duda aquella gente ya se encontraba al fondo del pasillo. Afortunadamente no podían verles, pero no tardarían en dar con ellos.

— Malditas llaves — murmuró el hombre mientras la puerta cedía por fin. Después los dos se introdujeron en la oscuridad, cerrando la puerta tras de sí.

Corrieron por una sala pequeña y después bajaron una escalara a toda prisa hasta desembocar en la capilla. Las grandes vidrieras góticas dejaban pasar la escasa luz de la calle y los bancos se intuían a los lados. Salieron junto al altar mayor, corrieron por el pasillo central y cuando estaban llegando a la puerta principal, escucharon el estruendo de unos pies que descendían por la escalinata a toda velocidad. Salomón miró instintivamente hacia atrás. Dilucidó dos sombras, eran corpulentas y parecían tener el brazo extendido. Dedujo que lo que empuñaban eran armas de fuego. Metió la llave en la cerradura y la giró, después tiró del portalón con todas sus fuerzas. Le costó mover la hoja de madera maciza, pero al final cedió.

— ¡Alto, policía! — gritó uno de los perseguidores.

Salomón dudó unos instantes. Si se trataba de la policía, él era un prófugo, pero, ¿quién los había llamado? ¿Tal vez la persona que faltaba del turno de noche les había llamado tras escapar de su paciente? Paró en seco y miró de nuevo a su espalda. Después escuchó el zumbido de una pistola con silenciador. Ya no tenía dudas. Tomó a la joven del brazo y los dos corrieron sobre la nieve, mientras una ventisca les golpeaba la cara con copos helados. Aquella era la peor noche del siglo, pero apenas sintieron el frío ni el molesto viento.

Tenían que salvar la vida.

Una vez en la calle podían optar por correr hasta el garaje e intentar sacar su coche o tomar al metro. Eran cerca de las once de la noche, pero había servicios mínimos en suburbano. Al final corrieron hacia el metro. Los túneles podían convertirse en una ratonera, pero si llegaban justo con el tren partía de la estación, sus perseguidores no podrían alcanzarlos. Después se dirigirían a su casa. Desde allí llamaría a la policía. Les hablaría de los hombres que habían disparado en la capilla y la pesadilla de aquella noche terminaría por fin.

Cuando salieron a Lower Thames St la sensación de frío se intensificó. Salomón notó como la cara se le apelmazaba y comenzaban a helársele las manos. La Torre de Londres les sirvió de faro en mitad de la ventisca. Apenas se veía nada y las farolas parecían luciérnagas enfermas, a punto de sucumbir. Maryam corría aturdida, pero mantenía el paso. Un par de veces perdió el equilibrio, pero él logró sujetarla. Sus zapatos planos no eran muy adecuados para correr por la nieve ni su chaqueta de lana suficiente para protegerla del frío. La joven temblaba y sus labios comenzaban a amoratarse. El hombre aceleró el paso y cuando llegaron a Trinity Square Gardens miró de nuevo hacia atrás. Los dos hombres se aproximaban cada vez más. No lograba distinguirlos bien con la ventisca, pero sin duda eran profesionales bien entrenados. Bajaron las escaleras del metro a toda prisa, procurando no escurrirse. Salomón sacó su billete y los dos entraron a la vez. La estación estaba completamente vacía. La gente seguramente se encontraba refugiada en sus casas o disfrutando de la cena de Nochebuena, parecían los únicos locos capaces de salir con una tormenta de nieve como aquella. Tenían la opción de ir hacia Richmond o hacia Upminster, Salomón tomó la primera opción, porque el tren llegaba primero, en apenas dos minutos.

Corrieron por el largo pasillo, bajaron las escaleras y llegaron al andén vacío. Salomón confiaba en haber despistado a los dos matones. Al fondo del túnel se escuchó el silbido del tren y el sonido metálico de las ruedas sobre los raíles. El hombre miró por unos segundos a la joven. Estaba con la cara amoratada por el frío, su rostro reflejaba una mezclar de temor y angustia, pero parecía tranquila. Cuando el tren comenzó a entrar en la estación, los dos matones estaban bajando las escaleras. Salomón entró en cuanto las puertas se abrieron. Apenas un par de personas bajaron, pero el tren se veía vacío. Los dos matones entraron en el último vagón, se escuchó el pitido que advertía que las puertas se cerraban y Salomón tiró de la mujer, volviendo al andén. El

tren comenzó a salir de la estación, mientras los dos corrían de nuevo hasta la calle. Tenía algo más de quince minutos de tiempo. Mientras los matones lograran regresar y salir a la calle, ellos estarían en el coche camino a su casa.

Salomón arrastró a Maryam hasta la salida. La noche parecía aún más fría cuando regresaron a las calles de Londres. El viento se había intensificado y la nieve caía con intensidad. Él no sentía mucho frío, pero la joven comenzaba a tener síntomas de hipotermia. Cinco minutos más tarde se encontraban en el aparcamiento subterráneo. Salomón apretó el botón del llavero y el Citroën parpadeó en la oscuridad. Subieron a toda prisa, se aproximaron a la rampa y la puerta comenzó a abrirse lentamente. El hombre situó el coche al filo mismo de la puerta, después aceleró, pero notó un fuerte golpe en el capó. Un individuo le miró directamente a los ojos con una pistola en la mano. Tenía la cara completamente tapada, llevaba una capucha puesta y un chaleco de plumas. Salomón apretó el acelerador con fuerza y el coche salió como un torbellino, dando un salto sobre el asfalto. Derrapó un poco por la nieve, pero el Psiquiatra logró hacerse con el control y enfilar la estrecha calle. Escucharon el eco de varias balas en mitad de la ventisca, pero ninguna les alcanzó.

Mientras el coche corría las solitarias calles de la City, Salomón intentó poner en orden sus ideas. Aquellos individuos no parecían policías, lo que convertía por el momento a Maryam en inocente, pero abría nuevas incógnitas: ¿Quién estaba interesado en matar a su paciente? ¿Por qué le habían llamado? ¿Pensaban que él podía saber algo?

— Tenemos que ir a mi apartamento — dijo la mujer.
— ¿Qué? — preguntó Salomón, sorprendido de que la mujer reaccionara de nuevo.
— Mi apartamento. No recuerdo nada, pero tengo un diario y la agenda, puede que allí encuentre respuestas — dijo Maryam.
— ¿No lo cogieron cuando te ingresaron en el centro? — preguntó Salomón extrañado.
— No, siempre lo guardaba en mi caja fuerte. Tengo muchos datos de importancia en esos libros. Datos personales de clientes … — le explicó Maryam.
— ¿Dónde está su apartamento? — preguntó Salomón, intentando disimular sus dudas. Había pensado que era mejor llevarla a su casa y llamar a la policía.
— En Bezier building, esos edificios gemelos que parecen dos barriles de cristal — dijo la joven.

Salomón giró el volante y se dirigió hacia los exclusivos edificios de apartamentos para ejecutivos y empresarios de la City. Tomo la A10 hasta Shoreditch y después la A1202. En diez minutos estaban a los pies de los dos edificios de cristal y hormigón. Entraron en el inmenso recibidor. Una mujer se encontraba sentada en una especie de recepción circular. Miraba aburrida los dos monitores que tenía delante. La conserje se giró cuando escuchó el leve pitido de las puertas automáticas. Maryam pasó con decisión y saludó a la joven. Después se dirigieron al ascensor, y la joven introdujo una clave, después puso su ojo en una pequeña cámara. Una voz robótica le saludó, se cerraron las puertas y subieron a la última planta del edificio.

— ¿Sigue manteniendo el alquiler del apartamento? — pregunté extrañado.
— Imagino que el dinero de mis cuentas continúa produciendo beneficios y pagando las facturas — dijo la mujer encogiéndose de hombros.

El ascensor abrió sus puertas y aparecieron directamente en el apartamento. Estaba decorado con tonos blancos y negros, muebles de líneas rectas y funcionales. Parecía una de las casas de revista, impersonales, prácticas y ostentosas. La cocina estaba integrada en el gran salón. Sus muebles blancos, lisos y geométricos se asemejaban a los módulos de una nave espacial. Una mesa redonda de cristal con cuatro sillas a un lado, debajo de una gran fotografía de Maryam semidesnuda en actitud provocativa, era el único toque personal del apartamento. Salomón se quedó mirando unos segundos la fotografía y la joven comentó:

— ¿Te gusta?

Salomón apartó la vista azorado.

— Será mejor que se dé prisa, esos matones se presentarán aquí de inmediato — comentó el hombre.
— Es solo un segundo.

La mujer comenzó a quitarse la ropa de camino a su cuarto. Cuando llegó a la puerta, tenía la espalda desnuda y llevaba únicamente los vaqueros.

— ¿Se va a cambiar? — preguntó Salomón.
— Necesito ponerme mi ropa, llevo años con la del centro — dijo la

mujer.

Salomón resopló, miró el reloj: eran las once y media de la noche. Sacó el móvil del bolsillo y mandó un mensaje a su mujer, diciéndolo que ya salía para allí.

Maryam entró de nuevo en el salón, estaba deslumbrante. Vestía un pantalón negro ajustado, un amplio jersey sin mangas que parecía un poncho, una chaqueta de color plata y un sombrero de nieve gris, tenía una bufanda en el cuello y una pequeño agenda electrónica en las manos. Un cacharro que había quedado totalmente desfasado. También un libro de tapas rosas.

— Creía que era un diario y agenda — comentó Salomón.
— Eso es — dijo la joven —, pero estamos en el siglo XXI.

Salomón en ese sentido era más convencional. Tenía un Samsung que le ayudaba a ver el correo electrónico y a estar comunicado con su mujer por medio de mensajes de texto, pero prefería el papel y los bolígrafos a las pantallas. En el trabajo utilizaba el iPad de la empresa, todo estaba informatizado y no tenían archivos en papel, pero él seguía escribiendo a mano.

— Lo único es que está descargado, tendré que enchufarlo a algún lado — dijo la joven.

— La tecnología ha cambiado mucho, creo que te sorprenderá cuando veas …

El hombre no pudo terminar la frase. Una especie de alarma saltó y se encendió en la pantalla de la televisión. Se veía el recibidor del edificio, la recepcionista estaba tumbada sobre el mostrador teñido de sangre.

— ¡Dios mío! — gritó la joven.
— ¿Pueden subir? — preguntó Salomón nervioso.
— Sí le han sacado el ojo a la recepcionista y les ha dicho la clave, si pueden hacerlo — dijo la joven con voz temblorosa. Parecía que iba bloquearse de nuevo.
— Tranquila — dijo Salomón tomándola por los hombros. ¿Hay otra manera de salir?

La mujer se quedó pensativa por unos momentos. Notaba que su mente trabajaba con dificultad. Después miró al hombre y logró decir.

— Si subimos al gimnasio, desde allí hay un ascensor auxiliar. Desde

allí vamos hasta el aparcamiento donde podemos usar mi Porsche.

Corrieron por unas escaleras de caracol hasta el gimnasio. La sala era diáfana y muy amplia, repleta de todo tipo de aparatos de entrenamiento. La luz estaba apagada, pero las bombillas de emergencia eran suficientes para ver. Llegaron al otro extremo de la sala, apretaron el botón del ascensor y esperaron. Escucharon un ruido, los matones se acercaban. Después las puertas se abrieron, Maryam introdujo la clave y el ascensor comenzó a descender a toda velocidad. Unos minuto más tarde estaban en el aparcamiento del edificio. No había muchos vehículos, la mayoría de los ejecutivos y bróker pasaban las vacaciones de Navidad en algún sitio cálido del Caribe y dejaban sus coches en el aeropuerto, pero los que permanecían allí eran algunos de los coches más caros del mundo. Un Bugatti Veyron Super Sport, un Ferrari 599XX y un Koenigsegg Agera R eran algunos de los super deportivos que Salomón llegó a ver. Él era un apasionado de ese tipo de vehículos, aunque sabía que nunca tendría un coche como aquellos.

Maryam se detuvo frente a su Porsche 911 3. A Carrera. Estaba algo anticuado, pero seguía siendo una máquina magistral.

— Será mejor que conduzcas tú — dijo la mujer entrando en el asiento del copiloto.

Salomón pisó el acelerador y el motor rugió. Nadie hubiera dicho que ese vehículo llevaba más de siete años parado. El vehículo salió a toda velocidad de la plaza, después subió las dos plantas del aparcamiento hasta la rampa y salió disparado a la calle.

— Ahora nos dirigiremos a mi casa — comentó Salomón.
— ¿Estás seguro? — preguntó Maryam.

Lo cierto era que no lo estaba. Tal vez era mejor dirigirse a la comisaría más cercana y esperar que la policía resolviera todo el asunto.

— Le llevaré a la comisaría, allí nos dirán qué tenemos que hacer — comentó Salomón, cambiando de opinión.
— Está bien — dijo Maryam. Después se hundió en el asiento y se quedó callada.

Salomón sabía que de alguna manera la joven había despertado gracias al estrés de las últimas horas, pero en cualquier momento su

estado podía empeorar. Él seguía sin saber la causa de su neurosis y amnesia, aunque ahora estaba seguro de que no era una casualidad que varios compañeros de su paciente se hubieran suicidado. Recordó las palabras de su viejo profesor, no era buena idea que se inmiscuyera en aquel asunto. Si había hombres de negocios o empresas importantes involucradas, lo mejor sería enterrar el caso y mirar para otro lado. No le entusiasmaba su trabajo, tampoco estaba muy contento con el hecho de vivir en Inglaterra, pero perderlo todo y terminar marginado dentro de su profesión, no mejoraría mucho las cosas. Cuando has superado los treinta y cinco, es mucho mejor adaptarte al mundo, aunque este no guste, pensó Salomón. Aunque él sabía que no era de ese tipo de personas. Al final siempre terminaba haciendo y diciendo lo que consideraba que era lo correcto.

Mientras el coche rugía por las calles desiertas y su acompañante se quedaba dormida, Salomón deseaba con toda su alma regresar a casa, abrazar a su esposa y sus hijos, pasar esa Nochebuena en familia y brindar por una vida larga y tranquila.

El teléfono vibró en su bolsillo. Salomón tanteó en su abrigo hasta sacar el móvil. La pantalla estaba iluminada, el número de su casa brillaba dentro del coche. Dudó un segundo en contestar, prefería mantener a Margaret al margen de todo, pero al final desplazó el dedo sobre el cristal y escuchó una voz al otro lado de la línea que no era la de su mujer.

# 8 DECISIONES

La voz era de mujer. La misma que había contactado con Salomón aquella noche para advertirle que regresara al centro. Su voz era clara y precisa, hablaba despacio, como si no le importara el tiempo. Salomón escucho atentamente las instrucciones de la mujer sin contestar. La simple idea de que pudieran estar en su casa le aterrorizaba. ¿Estarían los niños dormidos? ¿Se encontraría bien Margaret? A esa hora ya debía estar sola. Sus padres solían irse pronto y también el resto de la familia.

— Salomón Lewin, estamos en su casa. Cuando le llamamos esta noche no pensamos que se fueran a complicar tanto las cosas. Lleva a su lado a una enferma peligrosa. Hemos intentado detenerle, pero usted se ha resistido. Somos miembros del departamento Specialist Firearms Command, de Scotland Yard. Maryam Batool es muy peligrosa. Ha matado a dos enfermeros, como ya sabrá, también intentó matar a una tercera y dos agentes nuestros. Oculta alguna información bursátil muy importante, creemos que tiene también información comprometida de algunos empresarios y políticos. Le está utilizando. Venga a su casa, de esa manera ella no sospechará. Una vez aquí, nosotros la detendremos. Si colabora, no presentaremos cargos contra usted. ¿Lo ha entendido bien?

Salomón se quedó en silencio durante unos minutos. No sabía qué pensar ni a quién creer. Conocía que su paciente no era un alma de la caridad, pero la forma de actuar de la policía no era muy ortodoxa.

— ¿Mi mujer se encuentra bien? — preguntó por fin.
— Naturalmente, ¿quiere hablar con ella? — preguntó la mujer.
— Si, por favor — dijo Salomón con la boca seca. Estaba aterrorizado, el corazón le latía a toda velocidad y tenía un fuerte dolor en la nuca.
— Hola cariño, ¿estás bien? — se escuchó la voz de Margaret al otro lado de la línea.

Salomón respiró hondo, el sonido de la voz de su esposa le tranquilizó por unos instantes.

— Por favor, ten cuidado y vuele pronto a casa. Sabes que te echamos

de menos — dijo Margaret.
— Estaré allí lo antes posible — contestó Salomón.

La persona que había hablado con él volvió a tomar el teléfono y le dijo:

— Tenga mucho cuidado, esa mujer puede ser muy peligrosa. Será mejor que venga aquí directamente.

— De acuerdo — contestó escuetamente Salomón. No quería que Maryam pudiera oírle.

Cuando el Psiquiatra colgó el teléfono, miró discretamente a la joven. Estaba con la cabeza a un lado y completamente dormida. Cambió el rumbo y se dirigió a la autopista, si Maryam seguía dormida media hora más, llegarían hasta su casa sin que ella se enterara.

La mujer con la que había hablado decía ser del departamento de policía dedicado a delitos fiscales, pero le había insistido en que su paciente era una peligrosa psicópata capaz de realizar los más crueles crímenes, pero aquello no coincidía con el perfil psicológico que él había creado. Tampoco entendía la extraña manera de proceder de la policía. ¿Por qué habían ido a su casa e involucrado a su familia? Salomón era para ellos sospechoso de encubrimiento y cómplice de su paciente, pero acudir a su casa en plena Nochebuena, le parecía excesivo. Pero lo que menos le encajaba era, que ellos prefirieran que acudiera a su casa en lugar de acercarse simplemente a una comisaría. Luego estaba lo que creía haber visto en el monitor, a aquella conserje muerta. Ahora dudaba de todo y se sentía confuso.

Tenía un fuerte dolor de cabeza, la boca seca y la sensación de que la habían dado una paliza, pensó Maryam mientras intentaba descansar al lado de su médico. Notaba como su mente se ponía a trabajar y de repente colapsaba y se quedaba en blanco, como un ordenador que no tuviera suficiente memoria para realizar sus operaciones. A veces recordaba escenas o imágenes de lo que había sucedido en los últimos años, pero eran muy difusas y entrecortadas para poder sacar conclusiones. Tampoco recordaba bien lo que había sucedido aquella noche. La auxiliar le había dicho que tenía una visita. Después una mujer había entrado en la habitación. Su mente se bloqueaba en ese punto, cuando volvía a estar consciente, ya no estaba en su cuarto, se encontraba en un rincón oscuro del pasillo temblando de frío. En ese momento vio la figura del Psiquiatra acercándose por el pasillo y le siguió hasta la habitación. A partir de

ese momento todo estaba más claro en su mente.

Su vida había sido siempre una mezcla de esfuerzo y locura. Hasta conseguir su puesto en el banco había dedicado casi las veinticuatro horas del día a estudiar. El primer año en el banco también había sido muy duro, pero una joven huérfana como ella, tampoco tenía mucha vida fuera del trabajo. Apenas tenía amigos ni ningún familiar cercano, sus compañeros de trabajo vivían tan afanados como ella por alcanzar los puestos de dirección y a pesar de tener veintiún años nunca había tenido pareja.

En el orfanato la habían educado como musulmana al tener un origen pakistaní, pero ella nunca se había sentido atraída por la religión. No creía en un dios que había permitido que se criara sola, sin nadie que le amara en el mundo, por eso siempre estaba buscando reconocimiento, amor o simplemente atención. Los dos últimos años antes de caer enferma los había dedicado a ganar mucho dinero, dejar atrás los últimos escrúpulos que la quedaban y experimentar con el sexo y las drogas. Los dueños de la compañía no aprobaban ese tipo de comportamientos. Todos los ejecutivos debían tener de cara a la sociedad un comportamiento moral ejemplar, aunque en los negocios fueran capaces de hacer cualquier cosa por aumentar sus beneficios y comisiones.

Tal vez, su mente hubiera simplemente dejado de funcionar, como una máquina forzada hasta el máximo que se quema y se convierte en insensible, pero ella creía que había algo más. Que su obsesión con El Círculo tenía una conexión con su vida anterior que a ella se le escapaba en ese momento. No estaba segura de que Salomón Lewin fuera el tipo de hombre que necesitaba para descubrir qué se ocultaba tras esa enigmática palabra, pero era el único peón que le había regalado el destino en esa partida de ajedrez en la que se había convertido su vida. Maryam estaba en un peligroso jaque, a punto de perderlo todo una vez más. La respuesta a sus preguntas y la única manera de salvar su vida se encontraba en ese diario y en la agenda. Tenía que leerlos y sacar sus propias conclusiones.

Cuando Maryam escuchó el teléfono salió de su ensimismamiento. Desconocía con quién estaba hablando Salomón, pero tuvo miedo de que fueran las mismas personas que habían intentado matarla en el centro. Sus sospechas se confirmaron cuando el hombre giró el volante y se dirigió hacia la autopista. En ese momento pensó que debía actuar antes de que el doctor la entregara a sus asesinos.

La mujer sacó de entre sus ropas un punzón. Era largo y con un mango de madera desgastado. Se lo había robado a un carpintero un par de meses antes. No sabía por qué lo había hecho, simplemente sintió el impulso de robarlo y esconderlo. Tal vez, ya temía por su vida en ese momento, aunque no pudiera recordar nada.

Colocó el punzón en el cuello de Salomón, el hombre giró los ojos sin mover el cuello. Sentía la presión del arma debajo del mentón. La punta se le estaba hincando y unas gotas de sangre comenzaron a chorrear por el metal. Sus dudas se disiparon de repente. Estaba sentado al lado una psicópata, a la que además había ayudado a escapar.

— Cambia la dirección. Nos dirigimos a Queen St — dijo la mujer.

Salomón giró de nuevo el volante. Se alejaba de su casa, sentía temor por lo que pudiera suceder a Margaret, aunque por otro lado también alivio. No era una buena idea llevar a una psicópata a su casa.

Cuando dieron las doce de la noche, el vehículo paró enfrente de un edificio de apartamentos de la City. Habían regresado de nuevo al corazón de Londres. La nevada aumentaba por momentos y se hacía más difícil circular. Las calles desiertas y el viento resoplando entre los viejos edificios de ladrillo y las nuevas torres de cristal, recordaron a Salomón que la muerte acecha a todos en cada oportunidad, pero no se sentía preparado para morir. Deseaba tomar de nuevo las riendas de su vida y recordar que esta era la única oportunidad que tenía para ser feliz.

# 9 ROMÁN

La mente funciona de maneras misteriosas. Mientras hincaba el punzón en el cuello de Salomón el único nombre que le vino a la mente fue el de Román. Un bróker italiano que llevaba más de veinticinco años sobreviviendo en la City, algo insólito en los tiempos que corrían. Román había sido su instructor al llegar al banco, aunque poco después montó una agencia particular en la que asesoraba a clientes en fondos de inversión, evasión de impuestos y otras maneras de engañar al fisco. Maryam ni siquiera estaba segura de que su viejo amigo siguiera viviendo allí. Podía haberse retirado para cumplir su sueño de jubilarse en una isla del Caribe. Por eso cuando Román contestó al otro lado del telefonillo, el rostro de Maryam brilló por unos instantes.

Salomón notaba el punzón en la espalda. Justo al lado de las costillas. No le hubiera costado mucho empujar a la chica y salir corriendo, pero se arriesgaba a que ella fuera más rápida y lograra hincarle el arma. Tenía la esperanza que en el sitio al que se dirigían, hubiera personas juiciosas que pudieran ayudarle.

Entraron en el recibidor a oscuras. Maryam evitó encender la luz, para no aparecer en las cámaras de seguridad. Después subieron en el ascensor hasta la octava planta. Salieron al pasillo. Una de las puertas estaba entornada. Entraron sin llamar. Caminaron por la mullida moqueta, hasta llegar a un gran salón decorado al estilo de los años setenta. Se escuchaba una música suave y la luz atenuada parecía invitar a relajarse, pero Salomón seguía con el punzón en las costillas y la angustia de un hombre que se siente superado por las circunstancias y ya no sabe qué hacer.

— ¡Que sorpresa, Maryam! Hace años que no te veo. Creía que seguías ingresada en el loquero — comentó jocoso el italiano.

Salomón observó al obeso y calvo bróker. Su aspecto no le dio mucha confianza, le parecía el tipo de personas sin escrúpulos, que únicamente piensa en sacar beneficio y vivir la vida intensamente.

— Este es el doctor Salomón Lewin. Es mi loquero, como dices tú — comentó la joven.

— No me digas que estás liada con el loquero. En la última etapa de tu vida en la City se te fue un poco la mano. Ya sabes que no soy precisamente un mojigato, pero nena, a veces hay que saber parar — comentó Román, mientras se anudaba un albornoz granate.

El hombre les invitó a que se sentaran en el sillón morado. Las paredes negras y las luces le daban a aquel lugar un ambiente de disco-bar cutre y anticuado. Román les ofreció una copa y mientras abría la ginebra y las tónicas, Maryam comenzó a hablarle.

La mujer parecía más relajada, había guardado su arma y actuaba como si fueran tres viejos conocidos que se han rencontrado de repente.

— ¿Sigues en el mundo de la bolsa y los fondos de inversión? — preguntó Maryam.
— Se puede decir que sí, aunque espero retirarme muy pronto. Esto no es vida, ya lo sabes. El estrés me va a matar — dijo el hombre, frotándose los ojos con las manos.
— Estoy en un apuro. No quiero asustarte, pero me persiguen para matarme — dijo la joven, después esperó la reacción de su amigo.

El hombre no parecía impresionado. Salomón intuyó que estaba tan drogado, que no hubiera reaccionado ante ninguna cosa que pudieran decirle o hacerle.

— ¿Debes pasta? — preguntó Román.
— No, simplemente me quieren matar. Debe ser por algo que sucedió antes de que me ingresaran, pero esta maldita cabeza no funciona bien — dijo la joven mientras se golpeaba las sienes.
— Lo que no entiendo es en qué puedo ayudarte. Soy un viejo bróker, cínico y gordo — bromeó el hombre.
— Esa gente cree que tengo algo, que sé algo o simplemente les estorbo. Estamos huyendo y, sinceramente, eres de las pocas personas que conozco y pueda fiarme en la City — dijo la joven.

El hombre se quedó pensativo y después de dar un largo sorbo a su copa de Gin-tonic le dijo con una sonrisa en los labios:

— En la City ya no queda mucha gente de la que fiarse. Cuando yo llegue a esta ciudad hace más de veinticinco años, Londres era lo más parecido a un estercolero. El Reino Unido se había convertido en un mercado secundario y todo el mundo pensaba que el imperio estaba acabado, pero la “Dama de Hierro” enderezó la City y le dio

el régimen financiero especial que tiene ahora. Ahora esto es un río repleto de pirañas esperando para devorarte — comentó Román.
— ¿Qué régimen especial? — preguntó Salomón, al que el Gin-Tonic le había relajado un poco.
— La explicación es muy compleja, pero creo que lo entenderá si le digo que desde los años sesenta del siglo pasado y el año 1986, la City dependía de la City London Corporation, pero Margaret Thatcher cambio la forma de gobierno de la ciudad para que la City tuviera una jurisdicción aparte y no tributara como el resto del Reino Unido. Podríamos decir que es como la Ciudad del Vaticano de las finanzas. Al fin y al cabo adoramos al otro dios, el becerro de oro que construyeron los israelitas en el desierto — dijo Román.
— Sabía que el centro de Londres tiene cierta autonomía, pero no pensé que fuera hasta ese punto — dijo Salomón.
— Margaret Thatcher americanizó el sistema con la ayuda de su gran amigo Ronald Reagan, imagino que los dos intuían que el Mercado Común Europeo y la moneda única terminarían convirtiéndose en un gran negocio para los fondos de especulación norteamericanos y británicos. Desde aquí se gestionan el medio centenar de paraísos fiscales de Gran Bretaña. Desde la isla de Man, Jersey, Bermudas, Gibraltar o las Caimán hasta otras menos conocidas. Se cree que en estos paraísos fiscales, los defraudadores tienen en sus cuentas opacas más de 9,5 billones de euros, solo de dinero negro en Europa — dijo Román.
— Es increíble — dijo Salomón.
— ¿Ahora comprendes el verdadero trabajo de los bancos de inversión? Escondemos o blanqueamos el dinero de nuestros clientes — dijo Maryam interviniendo por primera vez en la conversación.
— ¿Entonces piensas que quieren matarte por alguno de esos turbulentos asuntos? — preguntó Salomón a la mujer.

Maryam no contestó en ese momento, aunque su silencio le pareció a Salomón más elocuente que sus palabras. El Psiquiatra recordó de nuevo los consejos de su viejo profesor, aquel caso era mucho más que una paciente irrecuperable o un caso perdido, aquella mujer guardaba un enigma que muchos querían ocultar, manteniéndolo en la sombra para siempre.

— ¿Puedo enchufar mi agenda en algún lado? — preguntó Maryam poniéndose en pie.
— Sí, tienes un enchufe en la mesita — contestó Román.

Salomón no quería hacer conclusiones precipitadas. Ahora entendía las altas dosis de medicación que tenía la paciente. Por alguna razón la habían tenido drogada todo ese tiempo. Tal vez la

muerte de varios ejecutivos de General Society había puesto en sobre aviso a las autoridades y alguien decidió que ella no muriera o, simplemente al ver que su mente se trastornaba, pensaron que no les daría problemas, el caso es que Maryam se había despertado y eso debía preocupar a mucha gente en la City.

— No creo que quieran matarme por algún caso de corrupción o blanqueo de dinero. Esas operaciones las hacíamos todos los días. Tienen miedo por otra cosa que debo conocer, pero no sé qué es — dijo la joven.
— Podéis quedaros a dormir aquí, con este tiempo no llegaréis muy lejos — dijo Román.
— No, yo tengo que ir a mi casa. Mi esposa y mis hijos me esperan — dijo Salomón poniéndose en pie.
— Lo siento, pero no puedes irte todavía — dijo la mujer.
— ¿Qué? ¡Nadie me impedirá salir por esa puerta! — grito el hombre caminando hasta la salida.
— No permitiré que los avises. Ellos no son quienes dicen ser. Tu familia está en peligro. Escuché la conversación que tuviste en el coche. La única manera de mantenerlos con vida es que ellos no me encuentren. Cuando lo hagan, nos matarán a todos nosotros.
— Yo tenía otro plan de jubilación pensado — dijo Román.
— Siento haberte involucrado en esto — comentó Maryam acercándose a su amigo.
— Si te soy sincero, esta gente lleva años tocándome las pelotas. Los anglosajones se creen superiores a todo el mundo. Es hora de que alguien cuente la mierda que se esconde detrás de las fachadas victorianas, los palacios góticos y los rascacielos de cristal. Antes pensaba dejarlo todo y retirarme, pero he dedicado toda mi vida a esta ciudad y a esos ladrones, he vendido mi alma al Diablo por las migajas que ellos me daban. ¿Todo para qué? Hace un año me diagnosticaron un cáncer incurable y no creo que llegue al verano — dijo Román.
— Lo siento — dijo Maryam acercándose a su amigo.

El hombre la miró con una sonrisa. Después los dos se abrazaron por unos segundos.

— Tengo que irme — insistió Salomón.
— Me parece que el loquero no ha entendido nada — bromeó Román.
— Si no descubrimos antes de que amanezca qué es lo que buscan y que demonios significa El Circulo, no tendrás familia a la que ir. La única manera de que nos dejen en paz es que le entreguemos lo que buscan o lo hagamos público. Conociendo a esta gente, será mejor que hagamos lo segundo — dijo la joven.

— Esto es una locura. Yo no sé nada, no creo que la gente vaya por ahí matando a una familia por una información o sea lo que sea, lo que signifique ese maldito Círculo — dijo Salomón furioso. En el fondo sabía que Maryam tenía razón. Esa gente no se conformaría con que él se quedara al margen.
— Tú me despertaste. Alguien debió ponerles sobre aviso y pensaron que era mejor eliminarnos a los dos. Algo salió mal y escapé, pero te aseguro que quieren matarnos a los dos — dijo la joven.

Salomón no lo había visto de esa manera. ¿Por qué la habían hecho ir en mitad de la noche? ¿No tenía sentido lo que decía la paciente? Pero, tampoco olvidaba que ella estaba desequilibrada y que había dos cadáveres en el centro.

— ¡Maldita sea! ¿Cómo podemos averiguar qué es lo que buscan? — preguntó al fin Salomón.
— Tú tienes que ayudarme. ¿Crees que serviría de algo que me hipnotizaras? Me han dicho que algunos pensamientos reprimidos salen a la luz bajo hipnosis –dijo Maryam.
— Podríamos intentarlo — dijo Salomón.
— Después leeré ese diario y la agenda. En alguna parte de mi cerebro está lo que buscan, pero tenemos que encontrarlo antes de que ellos nos encuentren a nosotros — comentó Maryam.

La noche avanzaba sobre Londres. La tormenta azotaba la City, mientras Salomón deseó con todas sus fuerzas no haber vuelto a Inglaterra. Su familia estaba en peligro, su vida no valía un centavo y estaba intentando confiar en una neurótica peligrosa, con crisis psicopáticas. Respiró hondo e intentó relajarse, tenía que concentrarse para la sesión de hipnosis. Colocó una silla enfrente del sillón, después le pidió a su paciente que se sentara. Apenas habían empezado a relajarse, cuando escucharon una especie de pitido. Los dos miraron a Román, este corrió torpemente hasta el control de seguridad y unos segundos después se giró con la cara desencajada.

— Han entrado en el edificio — dijo Román.
— ¿Cómo han dado con nosotros? — preguntó Maryam.
— Él teléfono, han localizado mi móvil — contestó Salomón sacándolo del bolsillo.

La mujer corrió hasta la agenda y la desenchufó, después tomó el diario y abrió la puerta.

— ¿A qué esperáis? Tenemos que salir de aquí.

— Por la parte de atrás hay una escalera de incendios, pero no creo que yo pueda escapar por allí. Los entretendré todo lo que pueda. Hoy termina mi viaje. Adiós — dijo Román abrazando a la chica.

Salomón nunca pensó que aquel aparente narcisista pudiera sacrificarse por nadie, pero todos los seres humanos ante las puertas de la muerte por un segundo se cuestionan cómo han vivido y por qué merece la pena morir. Salomón y Maryam corrieron hasta la puerta del fondo del pasillo. El Psiquiatra notaba su corazón acelerado y lo único que pudo hacer antes de abrir la puerta fue rezar para que el Dios en el que no creía les ayudara a volver a ver con vida a su familia.

# SEGUNDA PARTE

## 10 BUSCANDO EN EL PASADO

Un golpe de frío le hizo reaccionar de nuevo. En los últimos minutos había actuado como un autómata, dejando que su instinto tomara las riendas, pero ahora los pensamientos comenzaban a agolparse en su mente. La primera idea era muy básica, pero preocupante: ¿dónde iban a ir en mitad de la noche con una tormenta de nieve que parecía empeorar por momentos? Los transportes públicos debían estar suspendidos a excepción del metro, aunque éste tampoco estaría toda la noche activo. Además su familia estaba en manos de la policía, aunque él realmente sospechara que aquellos tipos no eran quienes decían ser. La segunda idea que le atormentaba era si estaba ayudando a una loca psicópata a cometer más crímenes, para que dejara en plena noche de Nochebuena, un reguero de sangre que terminara implicándole a él. Salomón había estado en varia ocasiones en la cárcel, pero siempre al otro lado de los barrotes. Recién licenciado en psiquiatría, antes de casarse y trabajar para varías organizaciones benéficas, había realizado sus prácticas en un centro penitenciario próximo a la universidad. Su viejo profesor John Osborne, le había recomendado para aquel puesto. Al principio no fue fácil tratar con lo peor de la sociedad inglesa, pero poco a poco se fue acostumbrando. Entre los reclusos a los que tenía que ver, para realizar informes psiquiátricos para la fiscalía y los jueces, había un buen número de psicópatas, pedófilos, paranoicos y maltratadores. Aunque lo que más le sorprendió de aquella etapa de su vida, fue descubrir la humanidad que se escondía detrás de todos esos aparentes monstruos. Muchos de ellos eran capaces de actuar de la manera más altruista y a él todo aquello le desconcertaba como psiquiatra. El origen del mal parecía claramente definido por la psiquiatría como una simple enfermedad psicológica, pero él creía haber visto mucho más allá. Todo el mundo era capaz de los crímenes más atroces si en su vida se producían las circunstancias adecuadas y tomaba las decisiones erróneas. Personas que aparentemente no tenían una enfermedad psiquiátrica se convertían en asesinos de la noche a la mañana. Él mismo se veía capaz de ser uno de ellos. Matar para salvar a su familia, asesinar con tal de ver de nuevo el rostro de Margaret y sus hijos.

La nieve caía sobre la escalera de incendios metálica y la convertía en una peligrosa atracción de feria. Maryam Batool corría

delante de él. Tenía el sombrero gris ladeado y por la nuca le colgaban algunos tirabuzones negros. Su cuello parecía erizado por el frío y el miedo.

La mujer intentaba quitarse de la mente el rostro de su viejo amigo Román. El bróker descarado y burlón que había conocido todos esos años, ya seguramente estaba muerto. Todo era culpa suya. Al menos eso era lo que sentía Maryam mientras sus botas intentaban adherirse al suelo y sus manos enguantadas aferraban con fuerza la baranda fría.

Escucharon un fuerte golpe más arriba y después dos disparos que chocaron contra la barandilla metálica aumentando el eco del impacto. Maryam intentaba recordar todo lo que había pasado antes de su ingreso en el centro, pero cada vez que su mente se concentraba en un pensamiento, sentía un fuerte dolor en la sien, como si su cerebro estuviera todavía bloqueado. Durante años había vivido totalmente ida, estaba segura que las drogas habían ayudado a esa especie de válvula de escape en la que se había convertido su enfermedad, pero la única manera de curarse era recordar, aún más, la única forma de sobrevivir era descubrir quién la perseguía, qué era el Círculo y por qué había llegado a esa situación.

Salomón pegó un salto de un par de metros antes de caer sobre la nieve. Intentó ponerse rápidamente de pie, pero se escurrió un par de veces antes de conseguirlo. Cuando Maryam aterrizó a sus pies, la tomó de las manos para que se incorporara y los dos corrieron por el callejón. El suelo parecía una pista de patinaje, la nieve estaba comenzando a congelarse y el frío penetraba su ropa congelando el sudor que había provocado la carrera y el miedo.

Salieron a la calle principal. Las farolas estaban opacadas por los grandes copos de nieve que cubrían hasta medio metro de espesor la acera y les hacían moverse con dificultad. Salomón era consciente de que no aguatarían mucho bajo el temporal, con las piernas caladas y el temporal arreciando. Por eso se paró un instante e intentó ver una luz encendida en algún local próximo. Albergaba la esperanza de que algún local se atreviera a abrir en una noche como aquella. Logró divisar al fondo de la calle una luz tenue de color rojizo. Señaló el lugar con el dedo y después tiró de la mano de Maryam, mientras ésta intentaba seguirle torpemente. A pesar de ser más joven que él, la joven sentía que todos aquellos años de encierro habían mermado su resistencia y fuerza. Ella era una deportista nata. Su cuerpo delgado y esbelto parecía especialmente creado para el ejercicio. Sus piernas y

brazos eran puro musculo y aún conservaba intactos sus abdominales. Aunque tal vez estaba demasiado delgada y sus músculos se habían acostumbrado a las interminables horas en las que estaba tumbada sobre la cama de su habitación.

El pánico es el catalizador de energía más eficiente que existe. Por eso, a pesar del cansancio, los dos sacaron fuerzas de algún lugar y llegaron a la luz roja antes de que sus perseguidores pudieran verles. Sabían que éstos no tardarían en buscarles por toda la zona, aunque confiaban en haberles despistado.

Al acercarse vieron que el local no era otra cosa que un destartalado restaurante chino. Las puertas pintadas de rojo y oro simbolizaban dos dragones lanzando su aliento de fuego, uno contra el otro. En el interior había un pequeño puente que cruzaba un riachuelo artificial con peces anaranjados y carpas grises. A la derecha, una pequeña cascada intentaba crear una atmósfera relajada, pero el frío de la calle se colaba por la puerta helando en parte el agua salpicada a los costados del puente.

Al cruzar el umbral sonó sobre sus cabezas el tintineo metálico de un móvil, que avisó a los dueños de que alguien había entrado al solitario local. Una mujer china algo regordeta y vestida con un pantalón negro y una blusa blanca algo ajustada y sucia, les sonrió y después le entregó dos menús ajados de cartón, pidiéndoles que la siguieran en un inglés ininteligible. Ambos la siguieron dócilmente, mientras intentaban recuperar el aliento, pero sin dejar de mirar a sus espaldas. Salomón le pidió que les sentara en el lugar más discreto del salón; una mesa situada en una esquina, junto a la que había una gran pecera con una docena de peces de diferentes formas y colores.

Cuando se quedaron solos Salomón miró a Maryam. El Psiquiatra tenía la respiración agitada y sus ojos muy abiertos no lograban disimular su pánico, pero al menos intentó que su voz pareciera calmada.

— Tiene que recordar. Esa gente nos encontrará tarde o temprano y parecen dispuestos a cualquier cosa para hacernos hablar. ¿Qué es El Círculo? ¿Se trata quizás de una organización, una persona …? — preguntó Salomón angustiado.

— Llevo toda la noche intentando recordar, pero no lo sé. Me gustaría responderte otra cosa, pero no recuerdo nada — dijo Maryam con la cabeza gacha.

El Psiquiatra no sabía que creer. La mujer parecía mucho más consciente que unas horas antes y sus pequeñas crisis de ensimismamiento estaban desapareciendo poco a poco. Aunque en cuanto el calor del local y la bajada de la presión comenzaron a relajar a Maryam, su mirada volvió a perderse en el horizonte.

— Recuerda Maryam — le pidió por primera vez Salomón a la mujer repitiendo su nombre. Ella le miró, parecía que aquel gesto de cercanía había conseguido más que todos los años anteriores de terapia y drogas.

Maryam, su propio nombre le parecía extraño al oírlo en labios de otro. Únicamente lo había escuchado aquellos años en boca de los celadores, que aprovechaban la noche para intentar manosearla y lanzarle sus asquerosas babas por todo el cuerpo. También lo había escuchado alguna vez en el tono frío de sus psiquiatras, para los que no era más que un caso perdido, una ficha o un expediente que cumplir. Pero él había pronunciado su nombre como si ella fuera una persona.

La mujer recordó por unos segundos su infancia. Apenas había tres o cuatro detalles que habían logrado traspasar la niebla del pasado, como la imagen de su madre llevándole el desayuno a la cama una vez que estuvo enferma. O la de su padre llegando del trabajo, con su característico olor a tabaco, grasa de coche y sudor. También recordaba los dulces que su madre preparaba para el Ramadán y que inundaban su casa del olor a canela. El mismo aroma que desprendían los postres que su madre preparaba muchos sábados por la tarde. Todos aquellos eran retazos de memoria que se clavaban en su corazón, como espinas de una rosa en la palma de una mano.

— Mi trabajo consistía en analizar el mercado y la negociación con las grandes carteras de mi compañía, ya fueran empresas o multimillonarios. Nosotros comprábamos compañías en apuros, las recapitalizábamos, a veces de forma artificial, y después las vendíamos por cinco veces su coste real. Yo trataba directamente con los clientes, pero mi jefe era el que firmaba los contratos. Se llamaba Jack Prince, un galés de formas bastas y acento atildado, que intentaba pasar por inglés. Jack me pedía informes de las compañías en crisis, yo me pasaba días indagando en balances, cotizaciones y mercados para encontrar nuestra próxima víctima. Al principio me parecía un trabajo emocionante, pero al segundo año de trabajar para la compañía los objetivos cambiaron. No queríamos ser únicamente carroñeros, lo que la compañía buscaba era producir

cambios en el mercado. Los socios crearon una especie de sistema, pero no recuerdo cómo funcionaba, que ponía a muchas empresas bajo su merced. Lo siento, pero tengo muchas lagunas cuando intento pensar en todo aquello — dijo Maryam haciendo un gran esfuerzo por recordar.

Salomón agarró la mano de la mujer y dio un gran suspiro, después con tono suave le dijo:

— No te preocupes Maryam, a veces los recuerdos vuelven poco a poco, cuando menos lo esperamos. ¿Por qué no echamos un vistazo a tu agenda electrónica y a tu diario?

La joven observó durante unos segundos los ojos azules y pequeños de Salomón. Su frente despejada estaba todavía enfundada por el gorro de invierno, pero no ocultaba sus rasgos finos y atractivos. Aquel hombre era guapo, aunque llevara sobre sus hombros el velo gris de la cotidianidad y su rostro pareciera cansado de escrutar el mundo, aún conservaba su belleza natural. Maryam pensó que le hubiera gustado conocerle en otras circunstancias. Aunque, tal vez esas circunstancias nunca se hubieran dado, porque en su última etapa en la compañía su “gen” de autodestrucción se había activado como en el resto de los chicos y chicas que habían entrado con ella unos años antes. En el fondo sabía que ella tenía que estar muerta, pero su locura la había mantenido a salvo hasta aquella noche.

# 11 DESESPERADA

En cuanto colgó el teléfono supo que algo iba muy mal. Sus sospechas comenzaron a los pocos minutos de dejar entrar a los agentes. La mujer le había enseñado un carnet con una placa metálica de color dorado. Ella había visto el reflejo de las luces de Navidad que había colocado en el porche parpadear en el metal, pero apenas le había dado tiempo a leer lo que ponía la placa. Aún recordaba las palabras de la agente en un correcto inglés, pero con un acento que hasta ese momento no había logrado identificar, pero que ahora le sonaba de algún país del Este: Departamento Specialist Firearms Command, de Scotland Yard. Margaret no había oído hablar de que existiera algo así, aunque tampoco de un millón de cosas más. Los niños ocupaban tres cuartas partes de su vida y el poco tiempo que restaba lo destinaba a dormir o nadar en el polideportivo del pueblo. No siempre había sido así, la vida antes de los niños era muy distinta. Ella y su marido trabajaban en una ONG, primero en las oficinas en Creta, después durante un tiempo en Palestina y desde antes de que nacieran los niños en la India. Precisamente Margaret recordaba la India como la peor etapa de su vida. Allí había tenido a Mike y Sara, en medio de aquel caos, siempre temerosa que sufrieran alguna infección, que alguien les secuestrara al salir de la escuela o simplemente, de no poder criarles en el lugar en el que ella había nacido, cerca de los suyos.

Margaret nunca había echado tanto de menos Inglaterra como desde que era madre. Al principio la vida era una aventura emocionante. Ella y Salomón recorrían culturas increíbles, aprendían a cocinar platos exóticos y se perdían entre los viejos edificios de los mercados de una vieja ciudad de Oriente Próximo o en las frondosas selvas de Tailandia. En otro tiempo, Salomón y ella eran amigos, amantes, compañeros y protagonistas de su propia historia, pero ahora todo eso había cambiado. Salomón se había centrado en su trabajo, siempre estaba ocupado y de mal humor, dejándole a ella el cuidado de los niños. Al final, Margaret había desempeñado un rol que odiaba, no por el hecho de ser madre, cosa que en el fondo le fascinaba, sino por el hecho de volverse una pareja convencional, como los miles de matrimonios que había visto durante su infancia y juventud. Aún les quedaba algo del halo de aventura que suponía trabajar para una ONG, pero al final las organizaciones humanitarias no dejan de ser

empresas, que se mueven por intereses, en muchos casos, muy alejados de los fines humanitarios que dicen defender.

Durante su estancia en la India, Salomón era el encargado de supervisar el estado de centros psiquiátricos por toda la India y denunciar la situación en la que se encontraban la mayoría de los pacientes. Los hindúes no dedicaban mucho dinero a cuidar a los enfermos mentales, casi siempre les hacían vivir en la miseria más absoluta, dejando que murieran de hambre y enfermedades. Cuando Salomón era informado de un centro que no cumplía con el mínimo de control, calidad y medidas de higiene, acudía con un equipo para realizar un informe y denunciar la situación. Al principio ella le acompañaba en sus viajes por toda la India. En la universidad Margaret había estudiado derecho, especializándose en derecho internacional, con la intención de buscar trabajo en algún organismo internacional para poder viajar y ayuda a los más desfavorecidos, pero tras el nacimiento de Mike tuvo que limitarse al trabajo administrativo de la ONG y después, cuando nació Sara, su vida se centró en dar de comer, ayudar a dormir y llevar a sus hijos de un lado para el otro.

Margaret recordaba toda esa etapa de su recién estrenada maternidad con miedo, verdadero pánico, el mismo que sentía en ese momento con esos dos extraños en su casa en mitad de la noche, sobre todo ahora que su instinto le decía que algo no iba bien. Que no era normal que pidieran a su marido que saliera de casa una noche como esa, que tampoco tenía lógica que dos agentes de un departamento de finanzas de Scotland Yard entraran en su casa y le ordenaran que les ayudara a localizar a su marido, que al parecer podía encontrarse en manos de una peligrosa psicópata.

La mujer intentó recordar la cara de la paciente. Había visto vagamente su foto en la ficha que su marido tenía en el ordenador. Después repasó los pocos detalles que él le había contado. Por lo que recordaba, la paciente era una bróker de la bolsa de Londres, que al parecer sufría una neurosis severa, una especie de autismo o ensimismamiento producido por algún tipo de estrés. Todo aquello parecía coincidir con lo que le habían contado los agentes, pero sentía que había algo que no terminaba de encajar en sus explicaciones.

Los dos agentes estaban sentados en la mesa de la cocina con una taza de café en la mano. El humo de las tazas brillaba bajo la lámpara que colgaba sobre la mesa. Los dos iban vestidos de paisano, con abrigos negros, guantes de cuero y lo que parecía un pantalón de vestir y unos zapatos de charol. Unas prendas poco cómodas para una noche como aquella. El hombre era rubio, con el pelo corto y una

gorra de tela a cuadros. Ella, una atractiva treintañera de pelo liso y castaño, con la cara ovalada, de labios gruesos y ojos marrones muy grandes. Los dos parecían estar en forma y su pose marcial, les hacía parecer ex miembros del ejército más que policías de Londres.

Margaret se estiró la bata negra y dio un paso hasta los dos agentes.

— Necesito ir a ver cómo están los niños — dijo con la voz algo temblorosa.
— Claro, puede ir donde quiera, ésta es su casa — le contestó la mujer con una medio sonrisa.

Margaret no supo cómo tomarse el comentario sarcástico, pero se encaminó hasta el salón y subió despacio las escaleras hasta la planta de arriba. Notaba como el corazón le latía a mil por hora. No lograba quitarse ese mal presentimiento de la cabeza.

Su plan era acercarse hasta el despacho de la buhardilla, llamar con su móvil a Salomón e intentar aclarar las cosas. Se acercó hasta la puerta entornada del cuarto de Mike y miró por la rendija. Su hijo estaba totalmente destapado. Entró en la habitación y le cubrió de nuevo con el edredón. Después fue al cuarto de su hija. Sara parecía respirar con más dificultad, en los últimos días había cogido algo de frío. El clima de Inglaterra era demasiado desapacible para sus hijos acostumbrados al calor de la India, pero ella pensaba que no tardarían mucho en acostumbrarse.

Después cerró la puerta despacio, pisó la moqueta con cuidado y se dirigió a la buhardilla. Los escalones de madera chirriaron levemente, pero Margaret sabía que aquel leve crujido era prácticamente imperceptible dos plantas más abajo. Entró en el despacho. Todas las luces estaban apagadas y la poca claridad que entraba por la ventana parecía detenerse en las cortinas. El frío en aquella parte de la casa era menos intenso. El calor de la calefacción tendía a subir, pero al tener apagada la caldera a esas horas, el cuarto estaba completamente helado.

Tanteó la mesa del escritorio en busca del móvil, pero no logró dar con él. Pensó en qué lugar podría estar. Cuando había hablado con Salomón había utilizado el fijo de la cocina, pero estaba casi segura que el móvil lo había dejado en esa planta cuando había llamado por última vez a su esposo.

— ¿Dónde estás? — susurró la mujer, como si el teléfono fuera a contestar su desesperada pregunta.

Al tocar el teclado del ordenador el monitor se encendió. En la pantalla apareció el rostro de Maryam Batool. Sus grandes ojos verdes parecían mirarle directamente y por unos segundos recordó haber visto esa cara unas horas antes, aquella era la paciente de su marido.

— ¿Necesita algo? — preguntó una voz a sus espalda.

La mujer dio un respingo y notó como literalmente el corazón se le subía a la garganta. Cuando giró la silla de ruedas, frente a ella estaba la agente. No recordaba su nombre, aunque posiblemente no se lo hubiera dicho.

— Estaba buscando mi móvil — le contestó. Sabía que en estos casos era mejor parecer lo más sincera posible.
— ¿Es este su teléfono? — preguntó la mujer alargando el brazo.

El Samsung se iluminó y reconoció enseguida la foto de sus hijos en la pantalla.

— Sí, quería ver si Salomón había enviado algún mensaje — dijo la mujer.
— No lo he abierto, desconozco su clave, pero puede mirarlo usted misma — dijo la agente.

— Gracias — contestó Margaret y tomó el teléfono con la mano temblorosa.

Intentó pasar disimuladamente sus dedos por la pantalla para evitar que la mujer mirara la clave, pero sabía que ella le observaba atentamente. Miró los mensajes, pero lo único que apareció en la pantalla fue una docena de felicitaciones de Navidad. Se le había olvidado que aquella noche era Nochebuena. Apenas recordaba nada de la cena con su familia unas horas antes, como si aquel incidente se hubiera convertido en lo más importante de su anodina vida.

— No hay mensajes — le contestó Margaret.
— Hace mucho que no sabemos nada de su marido. Ha tenido tiempo de acercarse hasta aquí, a pesar del estado de la carretera, creo que tendremos que entrar en una segunda fase — dijo la mujer.

Margaret no entendió a qué se refería la agente con entrar en una “segunda fase” hasta que ésta la agarró del pelo con todas sus fuerzas y comenzó a arrastrarla por el cuarto y después escaleras abajo. Sus

rodillas desnudas golpeaban con el suelo, su bata se abrió hasta dejar a la vista las bragas negras que se había puesto para su esposo aquella noche, pero la mujer no se quejó ni una sola vez a pesar del dolor. Ante todo era madre y no quería que sus hijos entraran en escena y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para evitarlo. Aunque tuviera que sufrir y morir por ellos. Mike y Sara eran lo único que importaba en ese momento.

## 12 LICOR DE ARROZ

Durante unos segundos Maryam se quedó callada y el temió que su mente estuviera muy lejos de allí, en el mismo lugar en el que había estado todos aquellos años. Salomón a veces pensaba en las deficiencias mentales como territorios inexplorados que unos pocos aventureros se habían arriesgado a atravesar. Algunos psicólogos y psiquiatras de comienzos del siglo XX habían estudiado el comportamiento de neuróticos, paranoicos y otros enfermos mentales, como posibles enviados de los dioses. Al fin y al cabo, durante mucho tiempo se había creído que la locura tenía un halo divino o demoniaco. Naturalmente, él no creía eso, pero no le dejaba de dar vueltas a la idea de que apenas usábamos una pequeña parte de nuestro cerebro. No mucho más de un 10% de nuestro cerebro, según decían los expertos. El pediatra británico John Lorber, le dio la vuelta a esa idea cuando afirmó que aunque pensáramos únicamente con el 10 % de nuestro cerebro, el otro 90% ayudaba a pensar. Salomón se preguntaba si los enfermos mentales simplemente tenían otra forma de ver las cosas.

La camarera china se acercó hasta ellos y les preguntó qué iban a comer. Salomón no tenía hambre, pero pidió un par de platos para que la mujer les dejara en paz y algo de licor de arroz. Necesitaba templar los nervios y ver las cosas con más distancia. Después se centró de nuevo en la joven, tomó sus manos y las apretó levemente. Sabía que esa forma de contacto personal era capaz de despertar en las personas emociones que rompieran su aislamiento.

— ¿Por qué no lees el diario? — le preguntó.

La mujer sacó de dentro de su chaqueta el diario. Era un pequeño cuaderno con las tapas de piel rosa y las hojas de color hueso. Abrió la primera página y tardó unos segundos en levantar la vista.

— Las anotaciones son del año 2007, empiezan en enero de ese año — después miró al final del diario y dijo —, terminan un par de días antes de mi ingreso en el centro.

— Pues en esas páginas está la respuesta a todas nuestras preguntas — contestó Salomón. Intentando animar a la paciente.

— Eso espero — dijo la joven.

Maryam revisó las primeras páginas pero sin leer en alto, como si estuviera leyendo por primera vez la historia de su propia vida y eso le avergonzara en cierto sentido.

— Por favor, lee en alto — dijo Salomón.

Una ola de pudor invadió de repente a la mujer. Una sensación que creía haber perdido hacía muchos años, aunque en el fondo creía que aquella timidez tenía que ver más con lo que comenzaba a sentir por Salomón, que por lo que pudiera desvelar el diario.

— Día 1 de enero del 2007. “Es lunes y acabo de levantarme después de toda la noche de fiesta. En el último año he comenzado a salir demasiado. Prácticamente ninguna noche me quedo en casa, aunque eso hace que me sienta menos sola. Pero la sensación de vacío no desaparece. ¿Para qué vivo? ¿Merece la pena seguir existiendo si nadie se preocupa por ti? Román me ha dicho muchas veces que lo único que tenemos es a nosotros mismos. Para él, el amor no existe, simplemente es una invención de la mente para negar la soledad que a todos nos invade desde que nacemos. Cada vez me acuerdo más de mis padres, aunque esa no sea posible, ya que apenas puedo dibujar su rostro en mi mente, tampoco me queda ningún recuerdo suyo ni nada más que añoranza. Ellos fueron los únicos que me amaron. Después de ellos no hubo más caricias, besos ni felicidad”.

La voz de Maryam fue suavizándose hasta convertirse en un murmullo. Cuando Salomón la miró, sus grandes ojos verdes estaban brillantes. Dos lágrimas corrían por sus mejillas, como si su pasado le produjera un dolor insoportable.

— ¿Está bien? — preguntó Salomón, volviendo a un trato más formal.

Ella le miró, como si en sus ojos le suplicara que la abrazase, él estuvo tentado de hacerlo, pero la imagen de Margaret vino tan nítida a su mente, que se limitó a apretarle la mano.

— Siempre es doloroso — dijo Salomón, como si el mismo recordara lo triste que es perder a unos padres. Del sentimiento de orfandad que acompaña su ausencia hasta el miedo que siempre acompaña a la muerte. El psiquiatra recordaba perfectamente lo vulnerable que se sintió después de la muerte de sus padres. La vida se le hizo cuesta arriba y todo dejó de tener sentido. Pero él, al menos, había

tenido padres. Podía echar mano de sus recuerdos, pero Maryam estaba completamente sola en el mundo. Sin pasado, sin presente y, en cierto sentido, sin futuro.

Maryam agachó la cabeza e intentó continuar la lectura. Pasó por las primeras hojas del diario aplicando un duro castigo a su alma, hasta que los últimos días de agosto se acercaron. A sus reflexiones existenciales se unieron las preocupaciones de la oficina y la presión para deshacerse de todas las hipotecas subprime, también mencionaba dos cosas que a Salomón le llamaron mucho la atención.

— ¿Qué quieres decir con “compañeros de lucha”? Tampoco entiendo la expresión “los observadores” — dijo el Psiquiatra.

Ella no supo que contestar. Aquellas expresiones le resultaban familiares, pero desconocía su significado.

— Puede que sea la manera en la que llamábamos a algunos miembros del equipo, jerga de empleados de bolsa — dijo Maryam, sin mucho convencimiento.
— ¿Y lo de “observadores”? — le preguntó Salomón.
— Los que vigilaban a los clientes o las compañías sobre las que poníamos nuestras garras — dijo Maryam.

En ese momento sonó el teléfono de Salomón. El hombre notó la vibración en su pantalón y sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Después tardó unos segundos en lograr sacar el móvil del bolsillo. Cuando miró la pantalla antes de deslizar el dedo, el número que aparecía era el de su casa.

— ¿Margaret? — preguntó Salomón.

Durante unos segundos se escuchó únicamente la respiración entrecortada al otro lado. Después una voz de mujer gritó:

— ¡Salomón!

Era su esposa, no le cabía la más mínima duda. Salomón sintió un acceso de vómito que comenzó a subir por su esófago, pero logró contenerse y respirar hondo. Tenía que tener la mente lo más fría posible y recuperar el dominio de sí mismo.

En ese momento la camarera china apareció con varios platos en una bandeja, una botella de licor de arroz y dos vasos.

— ¿Estás bien? ¿Qué sucede? — preguntó Salomón en griego, pero antes de que su esposa contestara, la agente tiró del pelo de Margaret y le quitó el teléfono de la mano.

Maryam observó el rostro descompuesto del Psiquiatra y supo que algo iba mal. Le pasó por su mente la idea de salir corriendo y escapar, pero sabía que no iría muy lejos ella sola. Tal vez era mejor que cada uno tomara su propio camino. Él ya había hecho suficiente para ayudarla. Salomón estaba dispuesta a descubrir que había oculto en su mente, aunque ella sabía que una vez que lo descubriera, él no dudaría en entregarla para salvar a su familia. Aquella idea le hizo desear que los dos matones que estaban en casa de Salomón cortaran el cuello de su hermosa mujer y terminaran con sus hijos. De esa forma él no tendría más preocupaciones y se centraría en cuidarla a ella.

— Su mujer es cómplice de conspiración para el asesinato, fraude y delitos fiscales. Le prometo que terminará en la cárcel, sabemos todos los asuntos de Maryam y no permitiremos que se escape. Le damos siete horas para que regrese a su casa con todo lo que tenga en su posesión Maryam. Si ella está aquí antes de esa hora, usted y su mujer podrán continuar con su vida, pero si no lo hace, aplicaremos a su esposa el Código de Emergencia. No imagina la libertad que nos dan las nuevas leyes antiterroristas o en las que se vulnera la seguridad del Estado — dijo la agente.

— Pero, no entiendo. ¿Qué tiene que ver mi paciente con todo eso? — preguntó Salomón aturdido y desesperado.

— Será mejor que esas preguntas se las haga a ella, doctor Salomón — dijo la agente mientras soltaba a Margaret. La mujer se quedó tumbada en el suelo. Tenía todo el cuerpo dolorido y el frío comenzaba a calarle los huesos.

— Por favor, no hagan daño a mi familia — le suplicó Salomón.

— No pretendemos hacer daño a nadie, pero los secretos que esconde su paciente, pueden poner en peligro la seguridad nacional — dijo la agente.

El teléfono comenzó a comunicar. Salomón dejó el teléfono sobre la mesa y agarró la botella que la camarera estaba usando para llenar sus vasos. Acercó la botella a los labios y dio tres tragos seguidos. Notó el licor quemando su garganta y después el esófago, pero por unos segundos su mente pudo relajarse. Maryam era su moneda de cambio, pensó mientras la miraba directamente a los ojos. No dejaría que se escabullera. Tenían que descubrir la verdad antes del amanecer o no volvería a pasar unas Navidades con su familia.

# 13 EL VIEJO AMIGO

Toda la sala desapareció de repente delante de sus ojos. Lo único que veía era su apartamento en la City, su cuerpo húmedo y desnudo frente al gran ventanal. De repente un gran abismo se abría a sus pies. Estaba delante de un gran precipicio que parecía dar a los riscos del sur de Inglaterra. Las olas golpeaban en el fondo del abismo, llevando hasta su rostro el frescor del agua y el estrepitoso rugido del mar contra las rocas. Ella parecía inquieta, atraída por el abismo, pero temerosa de caer en él. Cerraba los ojos y veía un gran Círculo que parecía crecer en interminables ondas hasta cubrir toda la superficie del agua.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó Salomón, que había logrado recuperar su compostura después de la llamada telefónica que había recibido.

— ¿Qué dices? — contestó Maryam como si saliera de un profundo sueño.

— Parecía que estabas a punto de irte de nuevo. Necesito que me ayudes. Tenemos que descubrir que es El Círculo. Esa gente no me ha dado muchas horas y temo por la vida de mi familia. ¿Lo entiendes? — preguntó Salomón intentando poner todas las cartas sobre la mesa. Él prefería que ella fuera consciente de lo que estaba en juego.

La camarera china se acercó de nuevo hasta ellos para llevarse la botella de licor de arroz. Salomón había bebido más de la mitad de su contenido. La camarera frunció el ceño y dijo algo en chino, que ninguno de los dos comprendió.

— Necesito que mires que tiene la agenda — dijo Salomón.

Maryam sacó la agenda y apretó el botón de encendido, pero una lucecita indicó que no tenía suficiente batería. Al parecer no le había bastado el tiempo que había estado conectada en casa de Román.

— No funciona — dijo la mujer, mostrándole la agenda.

Salomón buscó por las paredes de la sala un enchufe, pero no había ninguno a la vista.

En ese momento el sonido del móvil metálico de la puerta les hizo quedarse totalmente quietos. Después Salomón se puso en pie y miró brevemente por la esquina de la pared.

Dos hombres entraron en el salón. Llevaban los abrigos totalmente calados y no dejaban de mirar a un lado y al otro. La camarera china salió a recibirles con su sonrisa de plástico.

Salomón estaba seguro de que eran sus perseguidores. Miró al otro lado de la sala. Un biombo chino de madera, desconchada y renegrido ocultaba la puerta de los baños y la cocina.

— ¡Vamos! — dijo Salomón a la joven, mientras la tiraba del brazo.

Corrieron lo más rápidamente que pudieron hasta los biombos, después entraron en la cocina. Estaba iluminada con fluorescentes, los azulejos blancos estaban amarillentos por la grasa y la encimera de acero inoxidable tenía un color pajizo y un aspecto pegajoso. El olor a aceite refrito les revolvió las tripas, pero siguieron por el estrecho lateral de la cocina sin hacer mucho caso a los gritos de los dos cocineros que comenzaron a hablarles en chino.

La puerta del fondo llevaba hasta una despensa, después un pasillo corto repleto de sacos de arroz y al fondo una puerta roja de emergencia. Empujaron, pero la puerta no cedió.

— Parece bloqueada — dijo Salomón, girándose hacia Maryam.

Salomón levantó su pierna y dio una patada a la puerta y esta se abrió al final con un fuerte portazo contra la pared. El callejón estaba repleto de basura y el frescor de la noche no disimulaba el olor a podrido. Se taparon la nariz y corrieron hasta la esquina. Vieron centellear la entrada del metro y corrieron hasta la estación. Tenían que salir de la City cuanto antes.

Bajaron con cuidado las escaleras cubiertas de nieve. Afortunadamente las puertas estaban abiertas. Entraron en el pasillo, pasaron los tornos y descendieron hasta la estación.

— ¿A dónde vamos? — preguntó Maryam, que parecía más despierta que unos momentos antes.

— La única persona que conozco en Londres, a excepción de la familia

de mi esposa, es mi viejo profesor John Osborne. Su casa está a las afueras, pero hay una estación de metro que deja a poco más de dos kilómetros de la casa — contestó Salomón.

El tren entró en la estación y Salomón miró el fondo del túnel esperando que sus perseguidores se entretuvieran un poco más. Cuando el convoy se detuvo totalmente, entraron en el vagón vacío. Se sentaron y Salomón respiró hondo, después echó un último vistazo al escuchar el sonido metálico de las puertas cerrándose. No había nadie en el andén. Estaban a salvo, pensó mientras se apoyaba en el asiento del tren.

La normalidad del vagón pareció serenarle, como si las certezas diarias cubrieran su mente de una especial tranquilidad, tan irreal como infantil. Después pensó en Margaret y sus hijos, deseó con todas sus fuerzas verlos de nuevo y pasar el día de Navidad junto a ellos.

Descendieron en la estación de Highgate. Maryam había pasado la mayor parte del tiempo dormida, pero él no había podido dejar de dar vueltas a todo lo que estaba sucediendo. Cada vez estaba más convencido que su paciente no le contaba todo lo que sabía.

Las neurosis severas no solían solucionarse de la noche a la mañana, tampoco era normal que se produjera un despertar repentino a la realidad como el que parecía haber sufrido la paciente, por eso Salomón dudaba de Maryam. Tal vez, la mujer había disimulado su locura para escapar de algo o alguien, pero por alguna razón esa persona u organización había decidido encontrar lo que ella había ocultado o algo que sabía. Él simplemente se había inmiscuido en el peor momento y ahora toda su familia estaba en peligro.

Miró el rostro de Maryam. Dormida parecía una persona distinta. Una niña que luchaba por sobrevivir en un mundo difícil. No podía ni imaginar el temor y ansiedad que le pudo ocasionar la muerte de sus padres y vivir en un internado, tampoco el hecho de no tener a nadie en el mundo a quién acudir. Ese tipo de soledad podía acabar con cualquiera.

La última idea que le pasó por la cabeza antes de llegar a la estación fue la posibilidad de que ella estuviera realmente loca y resultara ser la autora de los dos asesinatos que había presenciado. Salomón sintió un escalofrío cuando ella le miró con sus grandes ojos verdes, como si pudiera escuchar sus pensamientos.

Salieron de la estación y contemplaron las casas que rodeaban el ferrocarril, después de ellas un gran desierto blanco se extendía interminable. Salpicado por arboles peludos o vallas de piedra que delimitaban las inmensas parcelas.

— ¿Está muy lejos la casa? — preguntó Maryam con preocupación. No habían dado dos pasos y el frío ya le calaba todos los huesos.
— Algo más de veinte minutos, pero con esta nieve puede que nos lleve más de cuarenta legar hasta la casa — contestó Salomón.
— La temperatura aquí es mucho más baja, no creo que consigamos llegar vivos a la casa de su profesor — dijo la joven.
— No podemos llamar a un taxi, tampoco hay autobuses a estas horas, La nieve ha paralizado todo Londres. Creo que no tenemos otra opción — le contestó el Psiquiatra.
— Quedémonos en la estación hasta el amanecer — propuso Maryam.
— Quedan cinco o seis horas para que amanezca, pero ya le he comentado que esa gente tiene a mi familia y que tenemos que entregarle lo que quieren antes de que termine el plazo — contestó el Psiquiatra indignado.
— No les harán nada. Estoy segura. Únicamente es una manera de presionarte. Ellos me quieren a mí, cuando me tengan, puede que sea el momento en el que tu familia esté realmente en peligro — comentó Maryam.

— ¿Ha recordado algo nuevo? — preguntó Salomón ansioso.
— En las últimas horas he recuperado buena parte de mi memoria, pero no sé nada sobre El Círculo ni sobre lo que me hizo caer enferma — contestó la joven.

Salomón observó con detenimiento la farola. Los copos de nieve caían espesos alrededor de la luz, como si alguien estuviera lanzando trozos de algodón desde el cielo. Bajó las escaleras de la estación y comenzó a caminar en la nieve. Sus piernas se hundieron casi hasta las rodillas cuando dio el primer paso, pero eso no le impidió avanzar.

Maryam terminó por entrar en la nieve y seguirle refunfuñando. En su fuero interno sabía que no podía hacer nada para que el doctor cambiara de opinión. Era angustioso intentar pesar en algo y que tu mente comenzara a divagar o se quedara de repente en blanco, pero tenía que intentar recordarlo todo.

Mientras caminaban en la nieve, con el frío calado hasta los huesos y la sensación de fatiga que poco a poco les invadía, Maryam tuvo dos flashes rápidos en su mente. Eran como dos sacudidas eléctricas que le hizo parar de repente y agacharse hacia delante como

si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. El primer flash era de la última fiesta en la que había estado. Maryam se encontraban en una especie de discoteca con un joven jeque y sus amantes. Ella había consumido algunas rayas de coca y se sentía totalmente eufórica. Las luces parpadeaban, la música se escuchaba a todo volumen y ella parecía estar en trance. Aquella parte del local era un reservado con un gigantesco cristal. Desde aquel lugar podían ver toda la pista de baile, las barras y a las gogos bailando en sus jaulas de oro, pero nadie podía verlos a ellos. Cuando volvió la vista al jeque esté ya no sonreía ni acariciaba a sus dos amiguitas. Simplemente la contemplaba con los ojos desorbitados, como si observara algo que tuviera en la mano, pero cuando Maryam miraba su propia mano, el recuerdo se disolvía.

El segundo flash era de aquella misma noche cuando llegó el enfermero y abrió la puerta de su habitación. Se acercó silencioso para inyectarle algo, lo mismo que solía hacer todas las noches, pero se escucharon voces a su espalda. Ella le empujó, tomó una especie de tijera de la bandeja con ruedas. Después se hizo la confusión, sangre por todas partes. Entonces ella saltó de la cama, corriendo por el pasillo a toda velocidad.

— ¿Se encuentra bien? — preguntó Salomón apoyando su mano en el hombro de la joven.

Maryam sentía que le faltaba el aliento, pero levantó la cabeza para señalar afirmativamente. Intentó incorporarse, pero no pudo evitar vomitar sobre la nieve blanca. Después se derrumbó al suelo. Mientras su cuerpo se retorcía en mitad de la nieve, Salomón intentó que respirara hondo y se calmara.

— Cálmese, dentro de un momento se encontrará bien — dijo Salomón. Después levantó los brazos de Maryam e intentó que la joven respirara hondo.

La mujer notó que su mente se nublaba y sintió un acceso de furia. Se aferró al cuello de Salomón y comenzó a apretarle. El Psicólogo agarró las manos de la joven para intentar liberarse, pero parecía tener una fuerza sobre humana. Él sabía que las personas en momentos de ira incontenida podían experimentar una fuerza hercúlea, pero que cuando volvían a su estado normal se convertían en personas agotadas y débiles.

El hombre comenzó a perder la consciencia a medida que el oxígeno dejaba de llegar a su mente. Con los ojos muy abiertos intentó decir algo, pero su voz no le respondía. La mirada de Maryam

desprendía un odio irracional como si tratara de una verdadera lunática.

Una luz al fondo de la calle les iluminó de repente, Maryam se giró y el resplandor la cegó por completo. Instintivamente la mujer se llevó las manos a la cara y Salomón logró recuperar el aliento, empujarla a un lado y ponerse en pie. El vehículo que se acercaba lentamente hacia ellos era un camión quitanieves. Paró a su lado y el hombre bajó la ventanilla.

— ¿Necesitan ayuda? — preguntó el conductor. Su turbante azul desentonaba con la chaqueta reflectante naranja, su barba negra y rizada cubría parte del pecho.
— Sí, por favor. Vamos a una casa cera de aquí — dijo Salomón aún en el cuello. Aun le costaba respirar con normalidad.

Maryam se encontraba tirada en el suelo. Salomón la ayudó a ponerse en pie y entrar en el vehículo. El calor de la cabina del camión logró que ambos recuperaran en parte las fuerzas. El conductor les miró de reojo, mientras una música hindú sonaba en la radio, pero no les hizo más preguntas.

Cuando llegaron frente a la verja de la casa del profesor Osborne, pidieron al hombre que se detuviera. Bajaron del camión y Salomón pulsó el botón del portero automático. Esperaron unos minutos, pero no hubo respuesta. Eran más de las 2 de la madrugada y lo más seguro era que el profesor debía estar metido en la cama a esas horas, pensó Salomón, después de insistir por segunda vez.

— ¿Quieren que les espere? — preguntó el conductor.
— No, hay luz en la casa. No tardarán en abrirnos — comentó Salomón a la vez que volvía a insistir por tercera vez con el telefonillo.

Un sonido metálico comenzó a abrir el portalón y los dos entraron en el jardín, mientras el camión se alejaba por el camino principal. Dentro de la finca la nieve estaba aún más alta, pero en unos cinco minutos estuvieron debajo del gran pórtico. La puerta de la casa se abrió y dejó que una pequeña corriente de calor y luz les recibiese.

— ¿Qué les trae por aquí en mitad de una noche como ésta? — preguntó el viejo profesor, pero al ver el rostro desencajado de su amigo y Maryam abrió la puerta y les pidió que entraran para calentarse.

Mientras Salomón y Maryam se cambiaban de ropa, por otra más

seca y cálida. El viejo profesor encendió la gran chimenea estilo francés y preparó un té caliente.

Salomón fue el primero en llegar al salón. Las ropas de su profesor le quedaban algo grandes, pero era muy agradable llevar un traje seco y entrar en calor después de varias horas con el frío metido en el cuerpo. Osborne le ofreció el té caliente y ambos se sentaron al lado del fuego.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué has sacado a una paciente del centro? — reprochó a su viejo alumno el profesor, como si ya no pudiera aguantar más la tensión.

Salomón le contó brevemente todo lo sucedido, después dio varios sorbos al té. El profesor le miró directamente a los ojos. El brillo del fuego sobre sus pupilas parecía encender aún más su mirada.

— Te dije que no te metieras en líos. Ésta paciente tiene contactos muy importantes. Al despertarla, lo que has conseguido es que su monstruo interior se desate y creo que has comprobado por ti mismo los resultados — dijo el profesor al observar el cuello amoratado de Salomón.
— No le entiendo — contestó Salomón.
— ¿Todavía crees que ella no mató a esas personas? Su comportamiento esta noche, lo que tienes en el cuello. Maryam tiene un brote psicótico y es muy peligrosa.

Apenas el profesor había pronunciado las últimas palabras, cuando Maryam apareció en el quicio de la puerta. Los dos hombres la miraron fijamente. El rostro de la joven parecía centellear con los claro oscuros del fuego, pero su mirada parecía fría como aquella noche de invierno.

# 14 HIPNOTIZADA

Todo su cuerpo temblaba. Margaret sentía una mezcla de miedo, vergüenza y angustia. La única idea que se repetía en su cabeza una y otra vez era que tenía que poner a salvo a sus hijos. Margaret era consciente que aquellas dos personas eran capaces de cualquier cosa. No le importaba demasiado si lo hacían en nombre de un gobierno o de una organización, los dos matones que había dejado pasar a su casa en plena Nochebuena estaban entrenados para matar.

Margaret ya no estaba tendida en el suelo de la cocina. Todos habían ido al salón. La mujer y el hombre permanecían en pie, dando vueltas de un lado para el otro y francamente nerviosos, mientras que ella estaba sentada en el sofá. Hacía mucho frío y su liviana bata apenas le templaba el cuerpo. El hombre de vez en cuando la desnudaba con la mirada y ella pensaba que sería incapaz de soportar aquello ni un minuto más.

Entonces recordó uno de los cursos que le impartía la ONG para la que trabajaban cuando hicieron su primer viaje a África. Los voluntarios y profesionales de las Organizaciones No Gubernamentales se exponían muchas veces al peligro cuando salían a hacer su voluntariado. La mayoría de las intervenciones se realizaban en países en conflicto, durante alguna emergencia humanitaria o en situaciones de extrema pobreza. Era algo habitual en estos lugares los intentos de secuestro, los robos y las violaciones, por eso su organización les proporcionaba un breve curso de defensa personal y de cómo actuar en una situación peligrosa.

El primer consejo del curso era mantener la calma y no dejarse llevar por el pánico. Ella sabía que tenía que recuperar el control, lo tenía que hacer por sus hijos. No confiaba en que una vez que aquella gente tuviera lo que buscaba los dejara a su familia y a ella con vida.

El segundo consejo consistía en intentar conocer a sus secuestradores o atacantes. Sus puntos débiles, cuál era la relación entre ellos y que fallas podía encontrar.

El tercer consejo parecía mucho más difícil de cumplir, simplemente consistía en intentar ponerse en contacto secretamente

con las autoridades y esperar que ellas actuaran.

El cuarto y último consejo, únicamente debía emplearse en momentos desesperados. Este consistía en enfrentarse abiertamente a los secuestradores o agresores. Buscar un arma y defenderse, buscar un lugar seguro y encerrarse hasta que llegara ayuda.

Margaret temía las consecuencias de enfrentarse a sus dos guardas. Ya había experimentado el dolor, al intentar llamar a la policía y su mente le suplicaba que no hiciera nada, pero su corazón le decía justo lo contrario.

Margaret sabía que las únicas armas que guardaba en la casa eran los cuchillos de cocina y una vieja escopeta de caza que habían descubierto en el garaje, cuando estaban haciendo la mudanza. No era mucho, pero al menos podría defenderse. Aunque antes tendría que lograr huir, tomar las armas y encerrarse con sus hijos en una de las habitaciones.

— ¿Qué piensas, zorra? — preguntó el hombre mientras le daba un fuerte golpe en el hombro. Margaret dio un pequeño grito y después se acurrucó en el sofá.

— Deja a la mujer — dijo la chica. Después le sonrió, pero aquel gesto no reflejaba acercamiento ni empatía, Margaret lo tomó más bien como burla.

Margaret levantó las piernas y las aferró con los brazos. Después agachó la cabeza, para intentar calmarse de nuevo. Ellos jugaban con su miedo, pero ella era la dueña de sus sentimientos y reacciones.

— Espero que su esposo cumpla su parte. No me gustaría que nadie sufriera daño. Tiene unos hijos encantadores — la mujer parecía disfrutar con todo aquello. Se quitó el gorro que cubría su pelo castaño. Tenía una coleta que recogía su pelo liso y endurecía aún más sus facciones.

El teléfono sonó de repente y Margaret se sobresaltó. La mujer se dio la vuelta y comenzó a hablar:

— Se os han escapado otra vez. ¡Maltita sea! ¡Únicamente son una loca y un psiquiatra cuarentón! — dijo la mujer furiosa, después ordenó —. El tiempo está agotándose. Pensad en qué sitio ha podido refugiarse. Tuvo que tomar el tren o el metro. No tienen coche ni funcionan los autobuses. ¿A quién acudiría alguien como Salomón Lewin en plena noche y con una tormenta como esta? Pensad, joder

…

El escuchar el nombre de su marido le trajo a la mente un recuerdo fugaz. Pensó en aquella noche y la última vez que se besaron en la puerta de la casa, como si fuera un día cualquiera. Ahora era consciente de lo mucho que lo amaba y que todo lo demás tenía solución.

El profesor Osborne se sobresaltó al ver a Maryam. La conocía perfectamente, pero siempre la había visto con la ropa del centro, que consistía en un camisón rosado con un lazo en el cuello. Entonces se dio cuenta de que isíla había visto una vez vestida de calle: el primer día que la habían traído del Hospital Saint Thomas en una ambulancia. Su belleza le había deslumbrado, como la de un diamante hecho pedazos, pero en cuanto comenzó a tratarla, indagó en su pasado y en las personas para las que trabajaba, supo que era mejor apartarse del caso.

— Maryam, creo que ya conoce al doctor Osborne — dijo Salomón.

La mujer no contestó, se acordaba perfectamente del doctor, pero no hizo el menor gesto de saludo.

— Creo que el doctor Osborne podría hipnotizarle mejor que yo — comentó Salomón.
— No, prefiero que lo hagas tú — contestó la joven secamente.
— Pero él tiene más experiencia — insistió Salomón.
— Es mejor que la paciente, … perdón, Maryam, se sienta cómoda. Si ella prefiere que lo hagas tú, yo simplemente observaré.
— Pero antes miremos que hay en la agenda — dijo Salomón.
— No, es mejor que nada contamine sus recuerdos — contestó Osborne.

El Psiquiatra se sintió un poco azorado, al cometer un error tan claro. La hipnosis era más efectiva cuando el paciente se encontraba relajado emocional y psicológicamente. La hipnosis regresiva necesitaba de una larga preparación, ya que los recuerdos del paciente no regresaban a él de manera inmediata, pero en aquel momento lo único que podían hacer era intentar llegar a la mente de la enferma y rescatar algunos recuerdos.

— Será mejor que se ponga cómoda, señorita Batool — dijo Osborne señalando el sillón.

Salomón se situó en una silla justo enfrente y miró a la mujer directamente a los ojos. Después apoyó los brazos en las rodillas y con las palmas hacia arriba le dijo:

— Si lo desea puede aferrar mis manos.

La mujer bajó sus brazos y apoyó la palma de las manos sobre las del Psiquiatra. Por unos instantes sus miradas se cruzaron. Ella recordaba vagamente lo que había sucedido en la nieve. No lograba retener los detalles, pero sabía que le había intentado agredir.

— Lo siento Salomón … — comenzó a decir.
— No te preocupes, ahora simplemente relájate — dijo el hombre con un tono de voz muy suave.
— Está bien — contestó ella relajando al instante las manos. El contacto con la piel de Salomón le azoró. No estaba acostumbrada a sentir la proximidad de otra piel.
— Cuando te sientas preparada cierra los ojos — dijo Salomón.

Maryam tardó un minuto en cerrar los párpados e intentar relajarse. No le gustaba el doctor Osborne, tampoco se sentía muy segura dejando que alguien hurgara en su mente, pero de alguna manera tenía que sacar de su cerebro aquellos recuerdos.

— Ahora piensa en algún momento feliz de tu infancia, en el último día que viste a tus padres — escuchó Maryam la voz de Salomón, que parecía llevarle de la mano hacia lo más profundo de su ser —. ¿Los ves?

La joven no contestó, en ese momento su mente estaba muy lejos. Justo en su pequeña casa en los arrabales de Londres. Maryam sentía el tintineo la tubería de la cocina y el olor de la canela, también el aroma de los platos de su madre.

— ¿Qué ves? — dijo una voz que parecía venir desde muy lejos.
— Mi casa, es pequeña, tiene dos plantas y un patio trasero donde juego en verano. Casi todos mis vecinos son pakistaníes. Las calles son viejas y feas, pero huelen a especias y brillan con los colores de los saris de las mujeres y los turbantes de los hombres.
— Avancemos, ¿cómo era el internado al que fuiste?

— Era un edificio de ladrillo rojo cerca de Cambridge. Tenía unos amplios jardines alrededor, pero estaban medio abandonados lo que daba al lugar un aspecto fantasmagórico. Las normas eran muy

estrictas y nos exigían tener una media de notas altísima. Nuestros cuidadores nunca nos mostraron el más mínimo sentimiento, tampoco cercanía o aprobación. Yo me centré en los libros, era mi única manera de sobrevivir y escapar de mi propia vida. Allí hice una única amiga, Agatha, una niña inglesa que llevaba en el centro un año más que yo. Ella me ayudó enseñándome los pequeños trucos para hacer mi vida un poco más agradable.

La joven parecía relajada mientras recordaba aquella parte de su vida, pero en cuanto Salomón le mencionó la beca del Chartered International Institute, concedida por la General Society, tensó la espalda y comenzó a tener convulsiones.

— ¿Estás bien? — preguntó Salomón asustado. Estaba a punto de interrumpir la sesión cuando la joven comenzó a hablar.
— La beca era muy importante, me abría las puertas a una nueva vida. Tenía dieciocho años, una sola amiga y era profundamente infeliz. Creí que el éxito me ayudaría, que las personas terminarían amándome cuando descubrieran quién era, pero las cosas no sucedieron de esa manera. Salí del internado y me instalé en un apartamento en el Campus. La vida allí era muy distinta, nadie me decía lo que tenía que hacer. Únicamente teníamos que reunirnos todos los becados en el despacho del profesor Morgan Kahn, uno de los más eminentes maestros en economía y negocios. Kahn nos hablaba de la General Society, de cuáles eran sus principios, valores e inspiración. Nosotros no hacíamos mucho caso, éramos muy jóvenes. En el grupo estaba Mark Peterson, Philip Pikaza y Gore Newman, yo era la única chica — dijo Maryam.
— ¿Cómo fue el primer año de universidad? — preguntó Salomón.
— Descontrol, experimentación y alcohol son las tres cosas que aprendí el primer año. Nunca había estado con un hombre y aquel año perdí la virginidad. Cambridge puede ser un sitio muy sórdido si te relacionas con cierta gente, pero el segundo año todo cambió — dijo repentinamente Maryam.
— ¿Por qué? — preguntó Salomón.
— Bajaron nuestros rendimientos académicos. El profesor Kahn me citó en su despacho. Me comentó que yo y el resto de los becados iríamos al centro de descanso de la compañía. Él lo explicó de una manera que en aquel momento me pareció normal, pero que después comprendí: "Tenéis que entender que no es fácil entrar en El Círculo" — dijo la joven.

Por unos instantes se hizo el silencio. Parecía que por fin se acercaban al punto clave. Salomón respiró hondo, no quería que todo se echara a perder por una pregunta precipitada.

— ¿Qué pasó en esos años en el centro de descanso? — dijo el Psiquiatra con cautela.
— Teníamos una vida monacal. Nos levantábamos a las seis de la mañana, hacíamos una hora de deporte. Después el desayuno y estudio en la biblioteca. Íbamos a la Universidad en parejas, nunca solos. Si alguno hacía algo indebido, el otro era responsable y debía informar al director del centro de descanso. Después regresábamos por la tarde al centro, estudiábamos, cenábamos y nos íbamos a dormir. No podíamos tener teléfonos, ver la televisión, leer prensa ni hablar con nadie — dijo Maryam.
— ¿Cómo te sentías?
— Liberada. Ya no tenía que agradar a nadie ni mendigar su atención. Si sacábamos buenas notas y cumplíamos las normas, en nuestra cuenta corriente se hacía un ingreso de 20 mil libras, pero no podíamos usarlas hasta que termináramos la carrera y nos incorporáramos a la General Society — comentó Maryam.
— ¿Qué sucedió cuando terminaste la carrera? — preguntó Salomón.
— Entré en la compañía como ayudante de uno de los bróker más importantes y socio honorífico: Peter Schätzing. Ya vivía en mi propio modesto apartamento en el Soho de Londres, pero únicamente lo usaba para dormir. Realmente vivía para la empresa …
— ¿Qué era El Círculo? — preguntó impaciente Salomón. Sabía que no podría prolongar mucho más la sesión. Llevaban casi veinte minutos y la capacidad de concentración de una persona es limitada. Cualquier cosa podía sacar a la paciente del trance.

La joven comenzó a convulsionar de nuevo, como si entrara en otra fase más profunda de concentración. Después tardó un buen rato en hablar, pero cuando lo hizo su rostro pareció transformarse y abrió los ojos:

— “El ojo de Londres lo ve todo”

Salomón se sobresaltó un poco, pero intentó seguir con las preguntas.

— ¿Qué quieres decir?

En ese momento Osborne entró en el salón. Salomón no le prestó mucha atención, estaba esperando la respuesta de su paciente. El profesor se acercó a la espalda de la joven y con un golpe rápido sacó un cuchillo y lo colocó en el cuello moreno de Maryam.

— ¿Qué hace profesor? — preguntó Salomón con los ojos muy abiertos.
— Esta mujer es peligrosa. Te está manipulando, será mejor que esperemos a que vengan a recogerla — dijo Osborne, apretando el filo del cuchillo contra el cuello de la joven.
— ¿Quién tiene que venir a recogerla? — preguntó Salomón sorprendido.
— No me obligues a hacerla daño. Llegarán en cinco minutos y después podrás irte con tu familia — contestó el profesor.

Salomón se quedó muy quieto. Afortunadamente, la joven parecía seguir en trance, pero no sabía cuánto tiempo aguantaría en aquel estado. Tenía que pensar algo rápido. Era consciente de que el profesor no estaba muy en forma, si lograba lanzarse sobre él, podría arrebatarle el cuchillo antes de que le hiciera ningún daño a la joven. Lo que no comprendía era el comportamiento de una persona como Osborne.

— ¿Por qué lo hace? Esa no es forma de tratar a una paciente — se quejó Salomón.

— Sabía que Maryam terminaría dando problemas. Intenté que no vieras el expediente, te desanimé para que no investigases más, pero tenías que hacerte el héroe. Siempre buscando nuevos retos. Has puesto en peligro a tu familia. Ahora no sé qué sucederá con todos nosotros — dijo el profesor.
— Deje que nos marchemos, podrá decir que le obligamos, que le arrebatamos el arma — dijo Salomón.
— ¿Piensas que esta casa sale del sueldo de un director de un centro psiquiátrico? Esa gente de la City puede darte muchas cosas, pero a cambio tienes que mirar para otro lado y no meterte en sus asuntos — dijo Osborne con un gesto de tristeza

Las palabras de su viejo profesor le dejaron perplejo, para él era un referente de profesionalidad y ética, pero había sucumbido como todos a las pequeñas ambiciones cotidianas que arruinan el espíritu de los hombres. Aunque era consciente de que la vida era muy dura para muchos profesionales, que a pesar de realizar un gran trabajo veían como gente sin escrúpulos se enriquecía, Salomón abominaba de aquella hipocresía generalizada.

Esa había sido la dinámica de la mayor parte de la sociedad en los últimos años. Al fin y al cabo la crisis bursátil y financiera era el reflejo de una crisis moral y ética más profunda. Muchos habían calificado a la crisis como la “crisis de la avaricia”. Salomón era

plenamente consciente de que el ser humano no había evolucionado mucho en ese aspecto, aunque gracias a los medios tecnológicos estaban consiguiendo algo que durante siglos habían soñado los poderosos: globalizar la economía, lo que hacía que unos pocos pudieran quedarse con la riqueza de la mayoría de una manera rápida y legal, a pesar de que fuera inmoral. El monstruo de la avaricia había hecho posible la paradoja de que el 1% de la población poseyera el 50% de la riqueza mundial. "En cierto sentido —, pensó Salomón —, si no elegías servir a los poderosos, tendrías que pertenecer a los famélicos".

— Profesor, baje el arma y hablemos tranquilamente — dijo Salomón quitando las palmas de las manos de las manos de Maryam.

La joven reaccionó de inmediato, como si estuviera dirigida por un resorte. Aferró la mano del profesor, tiró de ella hacia delante, lo que logró desestabilizar al hombre y, cuando este cayó entre Salomón y ella, simplemente le hincó el cuchillo en la garganta. Osborne se aferró el cuello con la cara desencajada, intentó respirar, pero notó como rápidamente sus pulmones se anegaban con la sangre que brotaba de su garganta. Salomón le tumbó en la alfombra. No sabía qué hacer. Si extraía el cuchillo la hemorragia terminaría con su viejo profesor en unos segundos, pero si lo dejaba incrustado en su cuello, el hombre terminaría asfixiado por su propia sangre. Osborne comenzó a temblar y después se quedó quieto, inerte.

— ¿Por qué lo ha hecho? — preguntó Salomón a la mujer con el anciano todavía entre sus brazos. La sangre le recorría las mangas de camisa y le empapaba las manos.
— Al despertar he visto un cuchillo sobre mi cuello, ¿qué querías que hiciera? — preguntó Maryam. Ella no confiaba en el profesor. Cuando le veía aparecer en su habitación o iba a su despacho tenía la misma sensación que cuando tenía que rendir cuentas ante sus jefes. Aquel hombre no quería ayudarla, únicamente controlarla. Asegurarse de que nunca lograra recuperarse de su estado.

Salomón estaba paralizado. Los ojos de la mujer eran fríos como los de una psicópata. Había matado a su viejo amigo delante de él. Que él supiera era la tercera persona que aquella mujer ejecutaba aquella noche, por no hablar de la agresión que él mismo había sufrido en la nieve.

La cara de Maryam no expresaba ningún tipo de remordimiento, como si matar fuera la cosa más natural del mundo. El Psiquiatra dejó con cuidado la cabeza del profesor sobre la alfombra empapada en su

sangre y se puso en pie. Sabía que tenían que escapar de allí antes de que llegaran aquellos hombres, pero en su fuero interno deseaba que los capturaran. Tal vez de esa manera volvería a ver a su esposa con vida.

— Deja que me lave las manos. Tomaremos el coche de … — Salomón no se atrevió a pronunciar su nombre.

Corrió hasta el aseo de la entrada. Abrió el agua y comenzó a frotar sus manos. Le costó limpiarse la sangre. Por más que frotaba, lo único que conseguía era mancharlo todo, pero sus manos seguían muy rojas. Por un instante se miró en el espejo. Tenía unas ojeras profundas que empequeñecían sus ojos azules. El pelo rizado estaba despeinado y su expresión parecía ausente, como si actuara como un autómata.

Después de salir del aseo, Salomón corrió hasta la entrada y hurgó en una cesta de madera repleta de llaves hasta que dio con las del Jeep de Osborne. Al menos aquel vehículo les permitiría circular por las carreteras cubiertas de nieve. Cuando acudió al salón, Maryam seguía mirando fascinada el cadáver del viejo profesor, pero sin mostrar el menor sentimiento de culpa.

— Vámonos antes de que aparezcan — dijo Salomón dirigiéndose al garaje. Abrió la puerta metálica anti fuegos y las luces se encendieron automáticamente. El hermoso Jeep Grand Cherokee de color verde brilló bajo los fluorescentes.

Entraron en el vehículo a toda velocidad. Salomón apretó el mando a distancia de la puerta del garaje y pisó el acelerador. El coche salió en medio de un estruendo al camino y derrapó levantando nieve mezclada con barro. Después Salomón condujo a toda velocidad hasta la verja. Antes de llegar a la entrada, observaron las luces de un coche que les venía de frente. Salomón no aminoró la marcha. Apretó el acelerador y mantuvo la dirección, como si tuviera la intención de envestir al otro vehículo. Durante unos segundos, el Psiquiatra tuvo la sensación de que sus perseguidores no se apartarían, pero no dudó. Simplemente se aferró al volante con todas sus fuerzas, como si aquello le asegurara sobrevivir a un choque frontal. En el último momento, el otro vehículo dio un volantazo y se metió directamente contra el seto y sus ruedas se hundieron en la nieve. Salomón giró un poco el volante y después salió al camino principal. Torció a la derecha y estuvo diez minutos conduciendo sin hablar ni cruzar una palabra con Maryam. Su mente estaba literalmente en blanco, como si hubiera decidido no pensar. Cuando el coche se aproximó a la

autopista y vio los carteles azulados con letras blancas reflectantes, durante un segundo dudó si dirigirse a casa o regresar a Londres. Salomón sabía que tomara la decisión que tomara, el resultado era imprevisible. Llegar a su casa con las manos vacías o enfrentarse al reto de intentar confiar en una persona tan profundamente trastornada como su paciente, parecían dos opciones igualmente descabelladas. Aunque aún abrigaba la esperanza de descubrir que era El Círculo y que aquel descubrimiento le diera una oportunidad de salvar a su familia.

Maryam miraba a la carretera semi cubierta de nieve. No hizo el más mínimo gesto cuando entraron en la rotonda ni cuando Salomón regresó a la ciudad. Su mente repasaba una y otra vez las escenas que se mezclaban en su mente. Presente y pasado se mantenían desordenados en su cerebro, como si alguien los hubiera revuelto hasta que ya nada tuviera sentido. Tampoco lograba distinguir la realidad de las imágenes y escenas creadas por su mente. Notaba como poco a poco perdía el control de sí misma y que dentro de poco ya no quedaría nada de Maryam Batool dentro de ella.

## 15 EL ENIGMA

Sentía como su vejiga estaba a punto de explotar, ya no podía aguantar más. Sus dos secuestradores se habían sentado por fin, agotados de tanto esperar. Miró el reloj del salón, un anticuado reloj de cuco que le había regalado su abuela el día de su boda. Aquel hermoso reloj hecho a mano había estado en cuarto trastero al sur de Londres casi una década, pero cuando desembaló las cosas que no se quiso llevar tras su primer destino fuera de Inglaterra, le parecía perfecto para su nueva vida. Aquella era la prueba inequívoca que la Margaret estudiante, aventurera y deportista había dejado paso a la Margaret madre, esposa burguesa, que veía cada día frente al espejo.

Tal vez uno de los problemas que Salomón y ella tenían consistía en que, en el fondo, ninguno de los dos quería crecer y madurar. La vida ya no era esa aventura estimulante repletas de novedades, más bien era la tediosa monotonía de la madurez.

Su cuerpo también daba signos de envejecimiento. Sus firmes y grandes pechos parecían ceder ante la fuerza invencible de los años y sus carnes se aflojaban por todos lados. Salomón parecía estar encantado con aquel cuerpo de matrona inglesa, pero ella lo odiaba. Aunque había algo más grande que todo aquello, más importante que su vida que parecía escapársele tan rápido entre los dedos, esa cosa era sin duda sus dos hijos. En cierto sentido, ahora vivía la vida de ellos y sus propios deseos pasaban a un segundo plano, por eso tenía que hacer algo.

— Tengo que ir al baño — comentó Margaret temerosa.
— ¿La vaca tiene que ir a mear? — dijo el hombre en tono de burla.
— No seas burro, llévala al baño, pero no cometas una estupidez — dijo la mujer.

Llevaba un par de horas con las manos atadas con una sencilla cuerda de tender de color verde, que debían haber encontrado en el garaje. Margaret sentía un agudo dolor en las muñecas.

El secuestrador la levantó con brusquedad y la llevó a empujones hasta el aseo que había en la planta de abajo. Empujó la puerta y después a la mujer.

— Será mejor que te portes bien — dijo el secuestrador. Se frotó el pelo rubio y le hizo un gesto obsceno.
— Necesito que me liberes las manos — comentó Margaret con voz temblorosa.
— Ni lo sueñes, ¿piensas que soy un estúpido?
— No puedo orinar con las manos atadas — suplicó la mujer levantando las muñecas.
— Ese es tu problema cerda — después cerró la puerta y la mujer quedó a oscuras.

Tenía que actuar con rapidez, los secuestradores no habían caído en que la ventana del aseo daba al garaje. Aquel detalle no le había hecho mucha gracia cuando alquilaron la casa. Su marido había comentado que no era tan grave, pero ella había dicho que no quería que al dejar el coche le viniera el olor a heces o pis del aseo. Nunca hubiera podido imaginar que aquel fallo de diseño pudiera salvarle la vida.

Margaret abrió un cajón y sacó las tijeras que guardaba para las uñas, no eran muy grandes, pero en menos de veinte segundo había logrado cortar la cuerda. Se frotó las muñecas mientras miraba la ventana y pensaba cuál sería su próximo paso.

— ¿Te queda mucho? No voy a estar toda la noche esperándote.
— Ya voy — contestó Margaret.

Al fondo del aseo había un plato de ducha, puso sus pies descalzos sobre el plato y se encaramó a la ventana. Estaba más alta de lo que recordaba, pero logró dar un pequeño salto y sacar medio cuerpo fuera. Escuchó de nuevo la voz del hombre, pero esta vez no le contestó. Dio otro pequeño impulso y cuando estaba a punto de caer al otro lado, sintió como algo se aferraba a su pierna izquierda.

— ¿Dónde crees que vas, zorra? — escuchó a su espalda y después notó una sacudida fuerte en la pierna. Estuvo a punto de caerse, pero reaccionó dando una patada al hombre en plena cara.

Cuando notó que el secuestrador le había soltado la pierna, con las dos manos a la vez se impulsó hacia delante y cayó ruidosamente sobre las latas de aceite y gasoil que había al otro lado. No tardó más de un segundo en ponerse en pie y aproximarse al gran baúl del fondo. Buscó dentro la escopeta, pero ya no estaba allí. Entonces cayó en la cuenta de que su marido le había dicho el día antes que dejaría el arma en la buhardilla. Salomón pensaba que allí estaría más segura y menos al alcance de los niños.

— ¡Maldita sea, Salomón! — dijo la mujer aturdida e indecisa.

Miró al fondo del baúl y vio un hacha. No le había prestado mucha atención la última vez que había ordenado aquello, pero ahora le parecía un sustituto perfecto del rifle. La tomó con una mano. Nunca hubiera imaginado que una cosa de esas pesara tanto, pensó mientras la movía de un lado al otro.

El pomo de la puerta que daba al garaje comenzó a girar. Margaret aferró el hacha con las dos manos, pero sabía que aquella arma era del todo inútil para enfrentarse con dos personas con pistolas. La puerta se abrió lentamente y ella reaccionó saltando de nuevo por la ventana al aseo.

— ¡Se escapa! — gritó a la mujer, después de observar la sombra escurridiza de Margaret saliendo por la ventana.

Margaret se estrelló contra el suelo del aseo. El hacha golpeó el lavabo y lo partió en dos. Se incorporó y corrió escaleras arriba. Mientras subía por las escaleras escuchó dos zumbidos a su espalda que no identificó con tiros, pero sí lo eran. Entró en la habitación de su hijo, pero antes de tomarlo en sus brazos pensó que era mejor volver a la buhardilla. Aquellas décimas de segundo fueron suficientes para que el hombre de pelo rubio llegara casi hasta el rellano de la primera planta y volviera a disparar. La mujer sintió un dolor en el hombro, lo miró instintivamente y vio la sangre. Parecía que apenas le había rozado, pero el dolor era agudo, como el de mil agujas pinchándote a la vez. El hombre se puso justo enfrente, con los brazos extendidos y con las manos aferrando el arma. Ella se giró por completo, mientras tomaba fuerza y giró el hacha. Notó que la hoja cortaba una de las manos del secuestrador y éste soltaba el arma, para aferrarse el muñón sangrente. El hombre la miró sorprendido, como si no esperase una reacción así de ella. Entonces Margaret aprovechó su aturdimiento y con un giro de muñecas volteó el hacha y con todas sus fuerzas se la hincó en el cuello. Un chorro de sangre le salpicó la cara. El secuestrador abrió los ojos y se desplomó escaleras abajo.

Aquel Jeep era una máquina increíble, circulaba sobre la nieve sin apenas perder adherencia a la carretera. Salomón apretó el acelerador y observó a lo lejos la ciudad de Londres iluminada. Por fin la nieve parecía dejar una tregua y algunos vehículos se movían lentamente por la autopista, muchos de ellos eran de protección civil, ambulancias y la policía. Las fuerzas de seguridad y los bomberos habían esperado a aquel respiro para ir a atender los cientos de casos de emergencia

que la tempestad había causado en la capital del Reino Unido. Salomón había escuchado que a aquel fenómeno los meteorólogos le denominaban ciclogénesis explosiva y no era otra cosa que aire helado del polo norte en altura que al humedecerse provocaba una terrible borrasca. El suroeste de Inglaterra llevaba varios días inundado y los Estados Unidos sufrían el invierno más duro de los últimos cien años. Muchos achacaban aquel fenómeno tan agresivo al efecto invernadero, aunque Salomón simplemente pensaba que el mundo era muchos más complejo y que la naturaleza no estaba tan domesticada como a veces creía la gente.

Maryam estaba adormecida a su lado, aunque se mantenía alerta de todo lo que pasaba. No sabía adónde se dirigía Salomón. Seguramente ella había dicho o hecho algo en el momento de hipnosis que había propiciado que él tomara la decisión de regresar a la City.

— ¡Maryam! — dijo Salomón zarandeando suavemente a la joven.
— ¿Qué sucede? — preguntó la paciente, más adormilada de lo que ella mismo creía. En algunas ocasiones su estado de conciencia era confuso, haciendo que perdiera el sentido de la realidad.

— ¿Recuerda lo que dijo cuando estaba en trance? — peguntó Salomón.

La joven se sentía confusa. Sabía que entre los recuerdos evocados estaban sus diferentes etapas de estudio, pero apenas se acordaba de los detalles o las palabras exactas que había pronunciado.

— No mucho — contestó al fin.
— En la última parte, cuando le pregunté directamente por El Círculo, comentó algo de un ojo. “El ojo de Londres” creo que era el nombre. ¿Le dice algo ese nombre? — preguntó Salomón sin quitar la mirada de la autopista.
— ¿Tu vienes todos los días a trabajar a Londres? — dijo la joven.
— Sí, claro que vengo todos los días — contestó confuso Salomón.
— ¿Cómo puede ser que no conozcas “El ojo de Londres”? — dijo la joven sorprendida.
— Pues no lo sé, he estado casi diez años viviendo en otros países — dijo Salomón frunciendo el ceño.
— ¡El ojo de Londres es la gigantesca noria que hay a la orilla del Támesis! — dijo Maryam.
— Se refiere al Milennium Wheel[1]. ¿Ese es El Círculo? ¿Cómo no había caído antes? — se dijo Salomón, después de darse un leve golpe en la frente.
— Creo que lo inauguraron el 31 de diciembre del 1999 y para

muchos es el verdadero símbolo de la ciudad — comentó Maryam.

— He estado una vez en la noria. Llevamos a los niños el año pasado, cuando venimos en vacaciones. Creo que su construcción fue espectacular, leí un artículo hace años. Cuando estás en una de esas cápsulas en medio del vacío, Londres parece muy pequeño — dijo Salomón.
— Puede que tenga que ver con el "London Eye", pero todavía desconocemos que hay en esa noria que me haya tenido obsesionada todos estos años — dijo Maryam, intentando no emocionarse demasiado.
— Lo único que se me ocurre es que ocultara algo dentro de la noria, pero ¿cómo vamos a buscar sea lo que sea que ocultó allí, en una estructura inmensa o las más de treinta cápsulas que tiene? Podríamos estar días o semanas desmontando la noria entera antes de encontrar algo — comentó desesperado Salomón.
— Suponiendo que me refiriera a ese "Ojo de Londres" y que guardara algo allí — contestó la joven.
— Lo único que me importa es que tenemos al menos una pista. Cruzaremos el río y nos dirigiremos directamente a la noria — dijo Salomón, determinado a indagar más de cerca el recuerdo de Maryam.

Aquella minúscula pista parecía devolverle un poco de esperanza, aunque si la paciente no recordaba algo más, sería inútil buscar algo en la noria. Aunque Salomón confiaba que cuando Maryam se viera de nuevo en aquel gigantesco aparato, su mente volviera a recordar. Salomón entró en la ciudad. Las calles parecían cobrar algo de vida, ya eran poco más de las 5 de la madrugada y el sol saldría en unas tres horas. Se preguntó en ese momento, cómo estarían Margaret y los niños. No sabía nada de ellos desde hacía horas. También le pasó por la mente cómo explicaría a la policía todo lo ocurrido si lograba sobrevivir a aquella noche, aunque prefirió centrarse en El Círculo. El primer enigma parecía resuelto, pero tenía la sensación de que aquel misterio apenas había comenzado a desvelarse. La última idea que se había quedado fija en la mente de su paciente era el lugar en el que guardaba su secreto, un secreto por el que mucha gente estaba dispuesta a matar, pero desconocían de qué se trataba. Salomón cruzó el Támesis a toda velocidad y observó a su derecha la inmensa noria de color blanco. El "London Eye" estaba iluminado y cubierto de nieve. Aquel amasijo de hierro y cristal se había convertido en el símbolo de Londres. Aquel Círculo flotaba sobre las aguas y era, en cierto modo, una representación del universo, sin principio ni final. Salomón miró su alianza, mientras sus nudillos aferraban el volante de

piel negro. Decían que aquel anillo simbolizaba exactamente lo mismo con respecto al amor.

# 16 EL CÍRCULO

El cuerpo del secuestrador rodó escaleras abajo, derrumbando a la mujer que intentaba subir las escaleras. Margaret aprovechó para entrar en la habitación de su hijo, tomarlo en brazos y correr hasta el otro cuarto. Mike ni se inmutó. Aquella noche los niños se habían dormido más tarde de lo habitual, por eso tenían un sueño tan profundo. Dejó al niño al lado de su hermana y atrancó la puerta con el pestillo. Después movió la cómoda hasta colocarla delante de la salida y puso encima las mesitas y una silla. No sabía cuánto podía aguantar todo aquello, pero esperaba que el amanecer hiciera desistir a esa zorra y dejara en paz a sus hijos. Margaret se sorprendió de sus propios pensamientos, pero ¿qué era aquel insulto comparado con el hecho que acababa de asesinar a un hombre? Naturalmente lo había hecho en defensa propia, pero nunca se hubiera imaginado ser capaz de hacer algo así.

Margaret se giró y miró por unos segundos como sus hijos dormían plácidamente. Se quedó ensimismada, aunque apenas intuía sus rostros angelicales, sabía perfectamente cómo eran. Los tenía grabados a fuego en la memoria. El niño se parecía más a ella, pero la niña era mucho más parecida a su padre. Cosas de la genética, pero para ella los dos eran iguales, partes de su propia carne.

Un fuerte golpe en la puerta consiguió asustarla, como si no supiera que la secuestradora iba a intentar abrir. Le siguieron otra media docena de golpes, pero afortunadamente el hombre estaba muerto y la mujer no parecía lo suficientemente fuerte para derribar el muro de objetos que ella había puesto delante de la puerta.

— ¡Abre ahora mismo o atente a las consecuencias! — gritó la mujer al otro lado, pero a ella apenas le llegó un lejano eco de sus palabras. Palabras que no le infundieron ningún temor.

La secuestradora sentía como su corazón palpitaba con fuerza. Su compañero había sido tan estúpido como para infravalorar a aquella mujer y había pagado por ello. Esa era exactamente el tipo de cosas que les enseñaban en la academia de policía, en especial en la sección de antiterrorismo, pero algunos no se tomaban en serio las

advertencias del instructor.

Aquella maldita noche, precisamente la de Nochebuena, habían recibido el aviso de la central. Una peligrosa terrorista encerrada en un psiquiátrico había escapado y posiblemente su médico y la mujer de este estaban involucrados. Sus superiores creían que se trataba de una célula durmiente. La psicópata era pakistaní, de religión musulmana y aquella aparente familia ideal, había vivido muchos años en la India. Una zona infectada, sobre todo en la frontera con Pakistán, de terroristas islámicos.

Lo que le preocupaba ahora eran los niños. Esa gente fanática era capaz de auto inmolarse por su fe, llevándose por delante al que hiciera falta. Para colmo, tenían la orden de no involucrar a la policía ni pedir refuerzos. Su jefe directo les había dicho que estaban solos en esto. Aquello era costumbre de la casa. Te hacían saltar tres o cuatro leyes y violar todos los derechos de los detenidos, pero si pasaba algo la culpa era tuya.

Aquella noche, al llegar a la casa, se habían presentado como agentes del departamento Specialist Firearms Command, de Scotlan Yard. La idea había sido de su jefe, que había pensado que como la mujer fugada era bróker, la esposa de Salomón Lewin les abriría la puerta con mayor facilidad.

Al principio la actitud de la mujer y su aspecto la habían engañado. Parecía una persona corriente de clase media, con unos kilos de más, viviendo en uno de los suburbios de Londres, pero hacía un rato había actuado como una profesional, llevándose por delante a su compañero a hachazos.

— ¡Salga inmediatamente! No le sucederá nada a sus hijos, se lo prometo — dijo la secuestradora, pero en el fondo sabía que la mujer no iba a hacerle caso. No había un instinto más feroz que el materno. Ella lo sabía muy bien, hubiera matado e incluso descuartizado a una anciana para salvar a su hijo Michel.
— ¡Váyase de mi casa! — gritó Margaret al otro lado.
— Traerán a su marido en cualquier momento, será mejor que no complique más las cosas — dijo la secuestradora.

Al otro lado no hubo respuesta. La mujer dudó por unos momentos y terminó marcando el número de su jefe. A muchos kilómetros de allí, en una zona residencial de Uxbridg, al oeste de Londres, el jefe antiterrorista Mark Chester tomó su teléfono de la mesilla. Sabía perfectamente de que se trataba y si le llamaban a esa

hora, sólo podía significar que algo estaba saliendo mal.

— Al habla, Mark Chester — dijo el hombre.
— Soy la agente Violet Preston, tenemos un código 367. La sospechosa está acorralada, pero mi compañero está muerto. Solicito que me mande refuerzos — dijo la secuestradora nerviosa.

— Ya le comentamos que no recibirán apoyo en esta misión. Nadie sabe lo que está pasando en esa casa, cuando todo acabe, el mundo creerá que unos asaltantes robaron y asesinaron a sus moradores — dijo el hombre.
— Pero Señor, en la casa hay dos niños pequeños — dijo la secuestradora.
— Los hijos de las serpientes se convierten en serpientes. Haga lo que se le ordenó. No vuelva a llamar. El otro equipo ha dado con el teléfono del sospechoso. Se dirigen otra vez a la City. Al parecer deben saber algo nuevo. Intente resistir un poco, antes del amanecer los limpiadores dejarán todo en su sitio — dijo el hombre. después colgó el teléfono, lo dejó sobre la mesilla y se echó a dormir.

La mujer se quedó escuchando unos segundos el tono del teléfono antes de apagarlo. Nunca había tenido que eliminar a niños pequeños. "¡Joder, — pensó —, somos acaso malditos chechenos!" Pero sabía que tenía que acatar las órdenes. Miró a la puerta del cuarto. Intentó tragar saliva para frenar las lágrimas que comenzaban a rodar por sus mejillas. Después dejó caer su espalda por la pared, hasta que se sentó en el suelo. En una mano seguía aferrando el móvil, mientras que en la otra acariciaba levemente el castillo de su pistola.

Salomón frenó y subió dos de las ruedas a la acera cubierta de nieve. Miró por la ventanilla el inmenso círculo lleno de radios y dio un fuerte suspiro. No se veía a nadie alrededor, pero él estaba seguro que aquel lugar tan emblemático debía tener seguridad las veinticuatro horas.

— ¿Cómo vamos a entrar en la noria en plena noche? Además no sabemos lo que buscamos — dijo Salomón desesperado.

La joven se agachó para ver la enorme rueda que desaparecía varios metros por encima de sus cabezas. En ese momento un recuerdo asaltó su mente. Sabía que había estado en aquel lugar en al menos dos ocasiones. La primera con unos clientes que habían reservado una visita privada, cerrando el "London Eye" para ellos solos. La segunda,

ahora lo veía con toda nitidez, para esconder algo en una de las cabinas.

— Está en las cabinas — dijo la joven, como si de repente verbalizara sus pensamientos.
— Ya imaginaba que estaba allí, pero ya le he comentado que hay más de treinta — señaló Salomón.
— Pero debí apuntar alguna referencia en alguna parte — dijo la joven.
— ¿Tiene la agenda? — preguntó Salomón recordando de pronto aquel maldito aparato.
— Sí, logré que se cargara en casa de … — Maryam no llegó a pronunciar el nombre del profesor.
— Por favor, ponga en marcha el aparato — dijo Salomón ofuscado.

La joven apretó un botón en el lateral. La agenda era de pequeño tamaño y se manejaba con un pequeño lápiz óptico que estaba incrustado en un lado. Un pequeño monitor grisáceo se iluminó y Salomón distinguió unas letras negras en inglés. La mujer estuvo un par de minutos repasando datos, fechas y citas, pero no encontraba nada que le diera una pista.

— Miré los últimos días que tenga anotados — dijo impaciente Salomón.
— Ya voy — se quejó la joven.
— Dos días antes de mi ingreso tengo tres anotaciones. Una comida en la City con mi jefe, después una reunión la oficina y algo personal por la noche. No veo nada. Pasemos al día anterior. Desayuno con el jeque en su suite, visita al … — la mujer se quedó muda por unos instantes.
— ¿A dónde? — peguntó impaciente Salomón.
— A … “London Eye”. Estuve con el jeque el día anterior. Por eso lo escondí allí — dijo la joven señalando la inmensa rueda.
— ¿Y alguna idea de que cabina puede ser? — preguntó de nuevo Salomón.

Maryam miró de nuevo la agenda. Sus ojos se entretuvieron un rato en el monitor hasta que levantó de nuevo la vista.

— Alquilamos una cápsula privada por 500 libras. Tengo la nota del coste y el número de referencia es 14.

## 17 LAS TRIPAS

Aquella información era suficiente para buscar lo que ocultara aquella maldita cápsula. Salomón bajó del coche y sin esperar a Maryam corrió hacia la noria. Ella le siguió de cerca, pero se encontraron cuando llegaron a la pared de cristal. No era muy alta. Salomón dio un brinco y pasó al otro lado, pero apenas había dado un par de pasos cuando apareció un guarda de seguridad negro con aspecto adormilado blandiendo una porra de metal.

— ¿Dónde cree que va? — preguntó el guarda.

Salomón miró a la inmensa mole de casi dos metros, espaldas anchas y una cara de pocos amigos y supo que no sería fácil convencerle. El guarda tomó su walkie talkie, para informar a la policía, pero Maryam aprovechó que a ella no le había visto para golpearle con una barra de hierro en la cabeza. El hombre se giró, la sangre le chorreaba por la cara hasta su mentón mal afeitado. El guarda miró furioso a la mujer, alargó el brazo con la porra, pero ésta le golpeó de nuevo y el guarda cayó al suelo.

Salomón y Maryam se dirigieron a la sala de mandos de la atracción. Probaron las llaves del guarda hasta que dieron con la correcta, después miraron en el panel que había justo al lado de una inmensa cristalera el número de su cabina.

— ¿Sabrás poner esto en marcha? — preguntó Maryam.
— Creo que sí — dijo Salomón mirando el panel de control, con una docena de luces parpadeantes.

Todo estaba informatizado. El Psiquiatra encendió la máquina y un monitor con el Círculo iluminado apareció ante ellos. Cada una de las cabinas tenía un número.

— La 14 está arriba — comentó Maryam señalando con el dedo el número.
— Si esto empieza a girar en un momento tendremos aquí a toda la policía de Londres — comentó Salomón.
— No creas, es Nochebuena. Pensarán que se trata de un pase especial

— dijo la joven.
— En una noche como está — comentó Salomón. Los dos miraron al frente. La nieve comenzaba a caer de nuevo con fuerza sobre la ciudad. Parecía que los elementos se habían dispuesto contra ellos.

El Psiquiatra apretó el botón y la gran noria se puso en marcha. Su movimiento fue muy lento, casi imperceptible, hasta que tomó un poco más de velocidad. Sus luces parpadearon ante sus ojos hasta que la cabina 14 estuvo a la altura del hall.

Salomón y la joven corrieron hasta el embarcadero. La noria estaba literalmente sobre el río Támesis. El embarcadero era de cristal y diáfano. El fondo estaba descubierto y lo único que les separaba del vacío era una gruesa línea amarilla pintada en el suelo. Abrieron la puerta de cristal y entraron en la cabina catorce. Una luz violeta alumbraba el interior. Al contemplar la cabina observaron que únicamente había en ella un gran banco central de madera y una máquina de aire acondicionado.

— No hay mucho donde buscar — dijo Salomón mirando la cabina.
— No, es cierto, pero tiene que estar aquí — comentó Maryam como si comenzara a recordar.
— Yo miraré en el banco, mire el aparato del aire — ordenó el Psiquiatra.

El hombre se agachó para examinar bien el banco. Encendió su móvil en función linterna. No le quedaba mucha batería, pero la poca luz de la cabina no daba para mucho.

Maryam abrió el lateral de la máquina, pero no encontró nada dentro del aparato. Salomón miró palmo a palmo la base del banco. Al final llegó a una especie de rejilla pegada con silicona. Hizo palanca con sus llaves y la tapa cedió. Miró dentro. Había pelusas y mucha suciedad acumulada. Tanteó con la mano y dio con algo alargado de pequeño tamaño.

— Creo que tengo algo — dijo Salomón, extrayendo el objeto.

Cuando Maryam se giró, vio en la mano del Psiquiatra un pendrive. Entonces lo recordó todo. Como había ido allí con el jeque, el miedo que sentía aquel día y donde había escondido el pendrive. Aunque lo que no recordaba era a qué temía realmente.

Salomón limpió el polvo con la mano y miró atentamente el

pequeño pendrive de color negro. Justo en el centro tenía un logo grabado. Un pequeño círculo. Salomón miró a la joven, ella le devolvió la mirada sin disimular su intriga.

— ¿El logo de la General Society es un círculo? — preguntó Salomón sorprendido.
— No sé cómo no pude recordarlo — dijo la joven, como si en ese momento El Círculo que le había obsesionado todo ese tiempo por fin tuviera sentido.

Escucharon unos pasos a su espalda. Cuando se giraron vieron a dos hombres que les apuntaban con sus armas. Salomón se guardó rápidamente el pendrive en el bolsillo pequeño de su pantalón y levantó los brazos.

— Ha sido una noche muy larga, pero ahora será mejor que nos acompañen. Su familia le espera señor Lewin, aunque creo que tendrá que dar muchas explicaciones al juez antes de volver a estar libre. Es usted cómplice de ayudar a una asesina peligrosa, que posee información que podría hacer peligrar la seguridad del Reino Unido.

Las palabras del agente apenas lograron romper la concentración de Salomón. La única idea que surcaba su mente en ese momento era ver de nuevo a su familia. Todo lo demás carecía de importancia, pero antes de entregarles el pendrive, tenía que asegurarse que Margaret y los niños estaban bien. No había otra cosa en el mundo que le preocupara más.

Las luces del Londone Eye brillaron sobre el río Támesis mientras Salomón y Maryam eran escoltados hasta una furgoneta oscura. La nieve les acariciaba el rostro con su aterciopelado tacto. El manto blanco con el que se cubría la City parecía ocultar las sucias cloacas de aquel centro financiero donde la ambición, el poder y el dinero eran la única ley. La ciudad milenaria de Londres estaba a punto de despertar, ya era Navidad en aquella parte del mundo, cuando la puerta de la furgoneta se cerró a sus espaldas. El "London Eye" apagó sus luces, mientras la furgoneta se alejaba de allí. Salomón regresaba por fin a casa.

# TERCERA PARTE

# 18 EN CAMINO

La furgoneta marchaba a toda velocidad por la autopista limpia de nieve, aunque a veces se bamboleaba de un lado al otro, como si algunos restos de hielo y nieve la hicieran deslizarse para los lados. Salomón Lewin sentía que su estómago comenzaba a revolverse y que no aguantaría mucho tiempo aquel movimiento continuo. En la parte de atrás de la furgoneta todo era oscuridad. Estaban sentados sobre una especie de poyete metálico pegado a la pared, pero tenían que hacer verdaderos esfuerzos para no salir despedidos continuamente. Salomón no podía ver a Maryam, pero notaba su respiración entrecortada y escuchó claramente como la chica vomitaba en el interior de la furgoneta. Un olor ácido invadió todo el habitáculo y el psiquiatra tuvo que contenerse para no imitar a su compañera.

Salomón intentó pensar con claridad. Aquellos individuos les habían atrapado en la cabina del London Eye, pero no se habían molestado en registrarles, como si su único objetivo fuera capturar a la mujer y salir corriendo hacia algún lugar. Eso les dejaba a ellos algo de ventaja. En el caso que lograran escapar, podrían mostrar a la policía lo que diablos fuera que ocultaba ese pendrive, pero lo que realmente le preocupaba en ese momento era como se encontraba su familia. Llevaba horas sin comunicar con Margaret y la incertidumbre era el peor antídoto contra la confusión.

Maryam pareció relajarse después de vomitar y apoyó su cabeza en el hombro de Salomón. Un repentino olor a ácido llegó de nuevo hasta el rostro del hombre cuando su paciente comenzó a hablar.

— Ya te dije que lo único que querían era capturarme — dijo Maryam, como si le estuviera leyendo los pensamientos.

— Puede que no sepan nada del pendrive — contestó Salomón.

— Para ellos, yo soy toda la información que necesitan y quieren eliminar. Pero antes, seguro que intentan interrogarnos.

— ¿Ha recordado algo nuevo? ¿Alguna cosa que nos pueda ayudar? Ya sabemos que es El Círculo, la famosa noria de Londres, pero lo que realmente importa es lo que escondió en esa cabina hace años y que le ha tenido atormentada todo este tiempo — dijo Salomón.

— No recuerdo por qué oculté ese pendrive en la noria, aunque sí

cuándo y cómo lo hice. Fue en la visita del príncipe árabe al London Eye, justo el día antes de que perdiera la cabeza. Aquella noche salí con el jeque y sus amantes. Aunque de eso tengo recuerdos difusos de la discoteca y todo lo que te comenté antes. Pero estoy segura que pasó algo al jeque. Puede que muriera — dijo la joven.
— ¿Qué muriera? ¿Se trata de un asesinato? — preguntó Salomón extrañado.
— Sí, aunque no sé cómo sucedió. Recuerdo su rostro de dolor y después tengo una imagen clara de mis manos, pero no veo que tengo en ellas — dijo la joven, volviéndose a angustiar, mientras los recuerdos se agolpaban en su cabeza.

Salomón temía que la mente de la joven estuviera simplemente borrando algunos dolorosos recuerdos, que su paciente se negaba a aceptar, como el hecho de que ella fuera la asesina.

En las últimas horas el Psiquiatra había presenciado el asesinato de varias personas a sangre fría, sin que eso pareciera inmutar a Maryam. Aunque lo que más le extrañaba a Salomón de todo aquel asunto era, que nada de eso hubiera trascendido a los medios de comunicación.

— No creo que muriera — comentó Salomón.
— ¿Por qué piensas eso? — preguntó Maryam.

Era extraño hablar en mitad de la oscuridad y con el ruido de las ruedas y el motor de fondo. Parecían estar en una especie de atracción de feria macabra, pero con la sensación de que ésta no iba a terminar rápidamente.

— Hubiera salido en las noticias. Le habrían acusado de asesinato, cumpliendo su pena en un centro penitenciario para enfermos mentales. Tendríamos algo tangible a lo que aferrarnos, pero lo que creo es que simplemente su mente se trastocó por otra cosa. Seguramente más traumática y difícil de asumir para su consciente, por eso se bloqueó y no recuerda nada — le explicó el psiquiatra.
— ¿Piensas que estoy loca? ¿Crees que he matado a toda esa gente por placer? Para ti lo único que soy es una psicópata peligrosa con la que te has cruzado en un mal momento, pero que dentro de unas horas te habrás librado de ella y reharás tu vida. ¿Sabes? Estás equivocado. Esa gente te matará a tu mujer y a ti, si es que no han matado ya a tu esposa — dijo Maryam con tal desprecio, que Salomón se revolvió en el asiento y se apartó de ella.

Durante unos minutos se hizo el silencio, aunque los ruidos del

exterior parecían ahora más vivos que nunca. El psiquiatra imaginó que ya habían salido de la autopista y que ahora circulaban por la carretera que conducía a su pueblo. El vehículo iba mucho más despacio, pero no dejaba de patinar, como si aquel tramo no estuviera tan despejado como el asfalto de la autopista. El hombre calculó mentalmente el tiempo que quedaba y se decidió a actuar.

Salomón se puso en pie, mientras encorvaba el cuello y aferrándose a los lados de la furgoneta pegó una fuerte patada a la puerta. El metal reverberó metálico, pero la puerta no cedió. El hombre golpeó varias veces hasta que al final una de las hojas traseras se abrió chocando con el lateral de la furgoneta. Una tímida luz entró por el hueco, todavía era de noche, pero las farolas de la calle parecían resistir la ventisca y los grandes copos de nieve flotaban por todas partes. El frío penetró en la parte trasera del vehículo antes de que el hombre se decidiera a saltar.

La velocidad de la furgoneta le sirvió de trampolín, ya que multiplicó por tres el salto, dejando que Salomón sintiera la ingravidez por unos segundos. Después su cuerpo cayó sobre la nieve sucia de la carretera, pero al menos ésta amortiguó el golpe.

Cuando el hombre se puso en pie notó que su hombro y la rodilla habían sufrido la peor parte de impacto, pero eso no le impidió correr hacia uno de los laterales y esconderse detrás de los árboles. Por unos segundos, Salomón siguió mirando la trayectoria de la furgoneta, como si pensara que en cualquier momento pararía y los dos hombres descenderían del vehículo para buscarle. También imaginó a Maryam saltando de la furgoneta en marcha, huyendo de lo que parecía una muerte segura, pero por alguna razón la joven decidió quedarse donde estaba, como si ya hubiera perdido las ganas de seguir luchando.

Salomón se internó en el bosque e intentó situarse, pero no era fácil orientarse en medio de la oscuridad y tampoco conocía bien esa zona. Aunque le gustaba pasear y caminar por el campo, desde su llegada a Inglaterra el tiempo había sido tan malo, que apenas habían salido de la casa.

El hombre miró a su alrededor para encontrar alguna referencia que le permitiera saber en dónde se encontraban, pero no había ninguna casa cercana, tampoco letreros o fincas que le sonaran de algo. Caminó por unos minutos al borde de la carretera, al fin y al cabo, de lo que si estaba convencido era que aquel camino llevaba hasta su pueblo.

Diez minutos más tarde, aparecieron algunas casas dispersas al fondo del camino. Sus pórticos iluminados le recordaron que se encontraba en el desvío hacia la urbanización en la que estaba su casa. Tomó el desvío a la derecha y decidió ir campo a través, para evitar ser visto por los secuestradores. Tropezó con un par de ramas ocultas entre la nieve antes de situarse enfrente de su casa.

La furgoneta estaba aparcada a unos metros de la entrada, el porche estaba iluminado, al igual que un par de ventanas de la planta baja. Cuando Salomón levantó la vista, observó que una de las habitaciones de los niños también estaba alumbrada y creyó ver la silueta de su esposa. Por primera vez, desde su llegada a Inglaterra, vio aquel lugar como un verdadero hogar, el lugar al que quería volver para pasar el resto de su vida con su familia.

# 19 ENCERRADA

Le parecía un milagro que los niños no se hubieran despertado todavía, aunque ella no creía en los milagros. Al menos de esos que suceden en Navidad. Siempre pensaba que la vida, con toda su complejidad y belleza, era sin duda un milagro, pero fuera de la naturaleza con su complejo sistema de cosas, la existencia era simple y llanamente el resultado de un millón de casualidades. Aunque Margaret deseó en ese momento con todas sus fuerzas que los milagros existiesen, que algunas de las historias que había escuchado en el colegio católico al que había asistido de niña fueran ciertas. Si Dios era capaz de abrir el Mar Rojo, hacer que el Sol se detuviese o que un hombre llamado Sansón destruyera a miles de sus enemigos, ¿por qué no podía hacer algo tan sencillo como enviar un coche patrulla por esa zona? Aunque, mientras eso sucedía, Margaret tenía que pensar en algo práctico que les sacara de aquella situación y salvara a su familia.

La mujer miró por la ventana, pero lo único que vio fue la oscuridad en la que estaba envuelto el bosque y la nieve que no cesaba de caer con fuerza. La maldita nieve era uno de los problemas. Nadie se movería el día Navidad de sus hogares con aquel tiempo y eso la dejaba aislada en su casa, a pesar que las casas de los vecinos estaban a pocos metros de distancia. Entonces se le ocurrió la idea, aunque sabía que aquello despertaría a sus hijos y les metería directamente en la misma pesadilla en la que ella se encontraba. Tenía que hacer mucho ruido, un ruido tan ensordecedor que nadie pudiera ignorarlo. Miró a su alrededor, pero con la luz apagada era incapaz de encontrar nada, todo eran sombras deformadas y sin sentido. Encendió la luz y comenzó a buscar como una desesperada dentro del armario. Recordaba una especie de bocina automática que hacía un ruido terrible. Salomón la había comprado durante el último mundial de futbol para celebrar los goles de Grecia, no la usó mucho, pero a los niños les hacía gracia el ruido.

Margaret revolvió entre calcetines, camisetas, juguetes y todo aquel caos que seguía siendo la casa. Parecía que aquella mudanza no terminaría nunca, pensó mientras se afanaba en buscar la bocina.

— ¿Dónde estás, maldita sea? — dijo la mujer en un susurro,

temiendo que la luz y el ruido que estaba haciendo terminara por despertar a sus hijos.

Entonces vio el pequeño recipiente plateado y la bocina de plástico color rosado. La aferró con la mano y se dirigió hacia la ventana. En ese momento escuchó el ruido de un coche. Se asomó y vio que una furgoneta aparcaba justo debajo de su casa. Parecía que Dios había escuchado sus oraciones, pensó mientras jugueteaba con el botón de la bocina. Pero cuando contempló como bajaban dos hombres de la parte delantera y después sacaban a una mujer de la parte de atrás, supo que la situación estaba empeorando por momentos.

Uno de los hombres levantó la vista por unos instantes y sus miradas se cruzaron. Margaret intentó calmarse, pero estaba volviendo a sentir como la ansiedad invadía todo su cuerpo, como si estuviera a punto de darle un ataque. Corrió hacia el interruptor y apagó la luz, como si con aquel simple gesto estuviera protegiéndose de aquellos hombres. Era una reacción infantil e irracional, pero de alguna manera la oscuridad le hacía sentirse más segura.

¿Qué debía hacer? Pensó mientras se acercaba de nuevo a la ventana. Al final abrió la hoja de madera y sacó el brazo para apretar el botón, pero creyó ver algo moverse entre los matorrales. Después un hombre se acercó hasta la parte baja de la ventana. Tardó un momento en reconocerle, pero luego supo que era él.

— ¡Salomón! — gritó instintivamente, pero él le hizo un gesto para que se callara.
— No lo hagas. Colabora con ellos, yo pensaré alguna manera de sacaros de la casa — dijo su marido.
— Pide ayuda — le suplicó su mujer.
— Métete dentro y haz todo lo que te digan. Yo estoy cerca — dijo Salomón. Después se ocultó en las sombras y desapareció de la vista de la mujer

El simple sonido de su voz la relajó por completo. Su marido estaba en casa, ya nada podía sucederles, se decía así misma, como si aquellas palabras fueran una especie de conjuro mágico.

Margaret aproximó su oído a la pared del pasillo, se escuchaban unas voces que discutían. Sin duda aquellos secuestradores estaban preocupados por algo. En una hora se haría de día y no podrían permanecer en la casa mucho tiempo.

La agente se quedó sorprendida cuando vio llegar a sus compañeros únicamente con la mujer. Sin duda Maryam Batool era su objetivo principal, pero Salomón Lewin era su cómplice y su esposa una colaboradora. Desde la agencia les habían advertido que no podían dejar cabos sueltos, pero aquel maldito asunto se complicaba por momentos, pensó la agente, que intentó disimular el enfado al ver a sus compañeros.

— Debió saltar en marcha cuando entramos en la carretera — se explicó uno de los agentes.
— Pero, ¿no le oísteis caer? ¿Cómo es posible que el hombre se escapara sin más? — preguntó molesta la agente.
— Son terroristas profesionales — comentó el otro agente, que no había soltado las manos de Maryam desde que habían entrado en la casa.
— Está bien. Esperemos que se haya roto la crisma. De todas formas, no creo que esté muy lejos. Su familia se encuentra en la planta de arriba, es posible que venga a por ellos — dijo la agente.
— ¿Cuáles son las órdenes? — preguntó uno de sus hombres.
— Esperar a la llegada de nuestro superior. Le he enviado un mensaje hace un rato, comentándole que la mujer ya está aquí — dijo la mujer, mientras examinaba detenidamente el rostro de la joven.

Los dos hombres llevaron a Maryam hasta el salón y la arrojaron sobre el sofá. La mujer agradeció recostarse sobre algo blando y suave. Tenía magulladuras por todo el cuerpo, principio de hipotermia y se encontraba profundamente mareada. Durante algo más de cinco minutos la puerta de la furgoneta se había quedado abierta y el viento helado de la noche la había dejado totalmente fuera de juego. Maryam miró a los tres agentes, como si intentara evaluar la situación y ver sus posibilidades. Sabía que su superior no tardaría en llegar y aquello sólo podía significar una cosa: su muerte.

Después de una noche de infarto, escapando de un sitio para otro, ahora estaba encerrada en casa del doctor Salomón Lewin. El psiquiatra se había arrojado de la furgoneta en marcha y, si no se había roto la cabeza, no tardaría en aparecer para salvar a su familia. Él tenía el pendrive, aunque a ella ya no le hacía falta, recordaba perfectamente lo que había dentro. Lo único que era incapaz de procesar en su mente era lo sucedido aquella última noche de cordura.

La joven se incorporó un poco y observó el salón en mitad de la penumbra. Todo el mobiliario desprendía vulgaridad pequeño burguesa, pero debía reconocer que también parecía un sitio hogareño. El lugar ideal para criar a una familia. Por unos segundos

envidió a la esposa de Salomón. Aquella mujer tenía lo que ella nunca conseguiría. Una vida normal.

Se escuchó un ruido en la planta superior y los agentes miraron al techo de la casa. Mientras uno de los hombres y la mujer subían escaleras arriba, el otro agente se quedó al lado de la joven. Maryam pudo observarle con detenimiento por primera vez. Era un hombre de poco más de treinta años, pelirrojo y con la cara cubierta de pecas. Su aspecto infantil contrastaba con su brutalidad. Aquellos tipos eran duros de verdad. Por unos momentos la joven buscó el punto flaco del hombre, hasta que al final lo encontró.

El agente sacó del bolsillo del abrigo un paquete de Marlboro y extrajo con los dientes un pitillo, después buscó en los bolsillos del pantalón un mechero y encendió un cigarrillo.

— Me da un cigarro, por favor — dijo Maryam. Sabía que los fumadores formaban una gran comunidad solidaria y que no le negaría algo así a ella, aunque la considerase una persona peligrosa.

El hombre dejó su pequeña ametralladora sobre el otro sofá, sacó un nuevo pitillo y lo puso en los labios de la mujer. Después tomó el encendedor y lo aproximó al cigarrillo. Maryam actuó rápidamente. Dio una patada con todas sus fuerzas en la entrepierna del agente, que se dobló hacia delante, posición que aprovechó la mujer para rodearle el cuello con las esposas y empezar a ahogarle. El agente se aferró a las manos de la mujer, pero Maryam tenía mucha fuerza, era puro músculo a pesar de su delgadez. Apretó con más fuerza hasta que las manos del agente comenzaron a aflojar, después el cuerpo cayó sobre ella como un saco lleno y la mujer lo depositó con cuidado en el sofá. Buscó las llaves de las esposas, logró desatarse, después de un salto llegó hasta el otro sofá y tomó el arma. Comprobó que estaba el seguro quitado, echó un último vistazo al muerto y se escabulló entre las sombras de la casa.

Salomón dio varias zancadas sobre la nieve antes de acercarse al garaje. Dentro de la casa se escuchaban voces. No sabía cuántos hombres podía encontrarse dentro, pero calculó que al menos otros dos supuestos agentes. Por unos instantes pensó que estaba loco si creía que podía reducir a cuatro policías profesionales. Él no era nada más que un psiquiatra cuarentón. Aunque por otro lado sabía que las situaciones límites eran tremendos catalizadores de fuerza y concentración. Aquellos hombres podían estar más preparados, pero

no tenían una familia que proteger.

La idea de matar a otra persona se le antojaba como algo demasiado abstracto para lograr asumirlo del todo. Salomón imaginaba que, en cierto sentido, matar era una manera más de demostrar el instinto de supervivencia que tenía todo ser humano.

Abrió la puerta del garaje con cuidado y buscó entre las herramientas algo que pudiera utilizar como arma. Se acordó de un viejo fusil del anterior inquilino, revolvió uno de los grandes arcones antes de recordar que el arma estaba en la buhardilla, a buen recaudo, donde él mismo la había colocado unos días antes para alejarla lo más posible de sus hijos. Tampoco veía por ninguna parte el hacha, por eso al final tomó un par de destornilladores afilados y se dirigió a la puerta que daba al interior de la casa. No había dado ni un paso cuando escuchó el ruido de un motor que se detenía justo enfrente de su casa. Buscó por todos lados donde ocultarse y al final se metió dentro del arcón. Apenas tenía espacio para moverse y notaba como el resto de herramientas le pinchaban brazos y piernas, pero al menos se sentía a salvo.

Unos pasos en la nieve y después el sonido de la puerta al abrirse hicieron que su corazón se acelerara. Salomón aguantó la respiración, como si aquellos intrusos pudieran escucharle en el interior del arcón. Después la puerta se cerró y unos pasos sobre el suelo enmoquetado recorrieron el salón, hasta pararse por completo.

Margaret se movía inquieta de un lado para el otro de la habitación. Los minutos parecían interminables y, a pesar de ser las 6 de la madrugada, la oscuridad era tan profunda como unas horas antes. El cielo estaba completamente nublado, la nieve caía copiosamente y no parecía que las tinieblas estuvieran dispuestas a abandonar el cielo plomizo de Londres en las próximas horas.

La mujer aferraba con fuerza el hacha. Lo tenía levantado, dispuesta a atacar a cualquier que intentara traspasar aquella puerta, pero la fatiga de la noche en vela, el estado de tensión y el agotamiento comenzaban a hacer mella en ella poco a poco. La mujer se giró levemente y miró a sus hijos, que seguían durmiendo como si nada en la cama. Sus vidas eran tan valiosas para ella, que hubiera hecho cualquier cosa para protegerles. Nunca pensó que se pudiera amar tanto a alguien y al mismo tiempo desear que las cosas fueran diferentes. Se sentía agotada, superada por las circunstancias y sabía

que sus hijos tardarían aún varios años en ser plenamente independientes, pero a pesar de todo los quería con toda su alma.

Escuchó el motor de un nuevo coche, se asomó con cuidado a la ventana y vio como tres hombres descendían del vehículo. Aquello elevaba el número de secuestradores a seis, se dijo mientras daba pasos cortos hacia la puerta. ¿Dónde se habría metido Salomón? Estaba segura que ya habían transcurrido algo más de quince minutos y todo estaba exactamente igual. Entonces unos pasos la alertaron. Alguien estaba al otro lado de la puerta.

— Será mejor que la derrumbemos. ¿No has oído el motor? Ese es el jefe y se enfadará si descubre que todavía no tenemos a la mujer — dijo la agente.
— La única que nos has hecho bien el trabajo has sido tú. Nosotros hemos traído a la loca, pero una simple ama de casa se os ha resistido, matando a un compañero — dijo el otro agente.
— Sí, pero habéis perdido al psiquiatra — dijo la mujer ofuscada.
— Deja que intente abrir la puerta — comentó el hombre acercándose a la hoja de madera, pero apenas había comenzado a empujar con el hombro la puerta, cuando unas voces les reclamaron de nuevo en la planta baja.

Los agentes corrieron por las escaleras. Cuando llegaron al salón, miraron con asombro el cadáver de su compañero. No había ni rastro de la joven, al parecer se había esfumado.

— ¡Maldita sea! ¿Se puede saber qué estaban haciendo ahí arriba mientras se escapaba la sospechosa? — bramó su jefe.
— No hemos escuchado nada — se excusó la agente.
— Se les ha escapado el hombre, ahora Maryam y, por lo que veo tampoco tienen a la esposa del psiquiatra — dijo de nuevo el jefe ofuscado.

Se hizo un silencio, antes que unos ruidos en la planta superior les alertasen de nuevo. Corrieron con sus armas en la mano, no sabían lo que estaba sucediendo, pero lo último que podían permitirse era un nuevo error.

## 20 DESCUBRIMIENTO

El único pensamiento que parecía controlar la mente de Maryam era huir, pero por otro lado sabía que ellos nunca dejarían de buscarla. Observó la discusión de los agentes cuando encontraron el cuerpo de su compañero y creyó reconocer al que todos llamaban “el jefe”. Maryam le conocía, aunque no lograba recordar dónde le había visto antes.

Cuando los agentes corrieron al piso de arriba, la joven aprovechó para salir de las sombras y dirigirse a las escaleras, pero antes de que las alcanzara, Salomón se cruzó con ella.

— Maryam, no subas — dijo el hombre tomándola por el brazo. Después la llevó directamente a una pequeña sala que utilizaban como cuarto de estar.
— ¿Tu familia está arriba? — preguntó Maryam, conociendo perfectamente la respuesta.
— Sí, pero antes de enfrentarme a ellos debo saber que hay aquí — dijo Salomón sujetando con los dedos el pendrive.

La mujer estuvo tentada de arrebatárselo, pero se contuvo en el último momento. Si quería que él la ayudara, no debía cuestionar sus decisiones. Aunque, en cierto sentido, Maryam temiera que Salomón descubriera la verdad.

El Psiquiatra abrió un pequeño portátil que estaba sobre la mesita y conectó el pendrive sin esperar a que el aparato se encendiera. Los dos miraron al monitor, impacientes, sabiendo que cada segundo que perdían podía ser el último. Al final, la luz de la pantalla brilló ante sus ojos y el mini ordenador comenzó a leer la información del pendrive. Cuando Salomón abrió la unidad, apareció una única carpeta titulada: El Círculo.

Los dos se miraron impacientes. Ella por lo que pudiera ocultar el archivo y él ansioso por descubrir aquel misterio que la había obsesionado los últimos días y que casi les había costado la vida a su familia y a él.

Cuando la carpeta se abrió aparecieron otras diez con códigos

numéricos que parecían hacer referencias a fichas de una gran base de datos.

— ¿Qué es esto? — preguntó Salomón mirando los datos.

— No verás nada sin el programa para ejecutarlo, pero lo que estás observando es El Círculo — dijo Maryam mirando directamente a los ojos del hombre.

— Deja de jugar conmigo. Te aseguro que mi paciencia se agotó hace muchas horas. ¿Qué demonios es El Círculo? — preguntó Salomón con el ceño fruncido.

— Lo recordé todo hace poco. Mi compañía se dio cuenta hace tiempo que la información era mucho más valiosa que el oro, el petróleo o los bienes raíces. Por eso, desde el año 2005 al año 2007 comenzó el programa llamado El Círculo — dijo la joven.

— Pero, ¿en qué consistía? — insistió el hombre.

— La compañía General Society se hizo en el año 2003 con varios periódicos, una editorial y dos televisiones. El imperio mediático surgió de repente, sin que ellos lo buscaran. La compañía simplemente hizo lo que otras veces, aumentar el valor de los activos para venderlos luego, pero uno de los socios ideó un plan mucho mejor. Peter Schätzing, el socio honorífico que me adiestró, descubrió que uno de los periódicos había estado usando informadores, pinchado teléfonos y accedido a correos personales, para lanzar exclusivas. Al parecer, las escuchas se habían hecho a todos los niveles. Desde políticos, pasando por actores, miembros de la nobleza o del mundo de las finanzas — dijo Maryam.

— ¿Estabais espiando a gente? — preguntó Salomón incrédulo.

— Era mucho más que espiar. Estábamos creando un círculo de intereses. Vendíamos y comprábamos información, la información que robaban desde el periódico — dijo Maryam.

— ¿De qué modo usabais la información? — preguntó Salomón.

— Acumulábamos todo tipo de datos, también informes, correos personales, mensajes de teléfono o conversaciones privadas. Seguíamos a personajes importantes y grabábamos sus infidelidades, sus corruptelas o delitos, pero no los hacíamos públicos a no ser que nos interesasen — dijo la joven.

— Creasteis un sistema de chantaje. Sois unos miserables — dijo Salomón.

— Esa información siempre nos hacía ganar dinero. Si un cliente se resistía le amenazábamos, ese cliente muchas veces nos facilitaba información de otras personas, para que no le excluyéramos de El Círculo. Mientras siguieras dentro, serías intocable, pero si salías, podrías terminar en la ruina o en la cárcel. Al principio se hizo con personas de la City, después de todo El Reino Unido y más tarde de

todo el mundo — dijo la joven.

Salomón parecía asombrado. Nunca hubiera imaginado que El Círculo fuera una red de extorsión y chantaje a gran escala. Maryam era la pieza fuera del puzle y con aquella información podía desestabilizar todo el sistema, pensó el Psiquiatra.

— ¿Por qué te persiguen? ¿Cómo es que no terminaron contigo mucho antes? — preguntó Salomón.
— Vieron que me volvía loca y prefirieron encerrarme de por vida en un psiquiátrico, pero el profesor Osborne les debió informar que estabas fisgoneando y decidieron eliminarme. Imagino que esa era el plan, al menos en un principio — dijo Maryam.
— ¿En un principio? — preguntó extrañado el hombre.
— Ahora vosotros os habéis inmiscuido y ellos tienen que eliminaros también — comentó la joven.
— ¿Qué sucedió aquella noche?
— No lo sé, es de las pocas cosas que todavía no recuerdo — dijo Maryam

Unos fuertes golpes en la planta de arriba les hicieron reaccionar. Salomón extrajo el pendrive y se lo guardó en el bolsillo. La joven se puso en pie con la pequeña ametralladora y apuntó al hombre.

— Será mejor que me des el pendrive. Es mi salvavidas, si se lo entregas a esa gente nos matarán a todos — dijo la joven.
— Pero, si no lo hago matarán a mi esposa y mis hijos — dijo Salomón.
— Lo siento, pero no puedo hacer nada al respecto — comentó Maryam, mientras adelantaba la mano.

El hombre hurgó unos segundos en su bolsillo y le entregó el pequeño objeto.

— Por eso no huiste, necesitabas recuperarlo — dijo Salomón.
— Lo siento, pero no tengo a nadie en el mundo. Lo único que me mantiene con vida es éste … — dijo la mujer abriendo la mano.

La joven se quedó unos segundos mirando la tapa de bolígrafo que tenía entre los dedos, tiempo suficiente para que el hombre la empujara hasta derrumbarla. Una ráfaga de balas salió de la ametralladora y los destellos iluminaron la habitación, pero también pusieron en sobre aviso a los agentes. Mientras Salomón y Maryam forcejeaban, los agentes corrieron escaleras abajo, para capturar a su

presa. Ahora nada podía salvarles de El Círculo.

# 21 LUCHA

Cuando Margaret percibió que los secuestradores corrían escaleras abajo y escuchó los disparos decidió tomar al pequeño de sus hijos, mientras el otro la seguía con paso titubeante y subir la buhardilla. Los disparos en la planta baja lo único que podían anunciar era el plan de Salomón para sacar a toda su familia con vida de la casa, por eso ella tenía que atrincherarse en la buhardilla y buscar el rifle.

Subieron con los pies descalzos, procurando hacer el menor ruido posible, pero con la desesperación de cerrar cuanto antes la puerta de la buhardilla y sentirse de nuevo a salvo. Aunque esa sensación fuera totalmente irreal, el pensar que una puerta les separaba de los secuestradores, al menos parecía más tranquilizador que verlos cara a cara.

Margaret llevó a la más pequeña hasta el sofá viejo que habían instalado cerca del escritorio y le pidió al niño que se sentara al lado. Después corrió hasta la puerta, puso el cerrojo y colocó varios muebles delante. Mike, el hijo mayor, la miró somnoliento y le dijo:

— Mama, ¿por qué pones eso delante de la puerta? De esa forma no podrá pasar nadie.
— Duérmete, cariño. Ayer os acostasteis tarde y debes estar muy cansado. Hoy es Navidad y en un momento podrás abrir tus regalos — dijo Margaret intentando aguantarse las lágrimas.

Hasta ese momento no se había percatado del todo en qué día se encontraban. En cuatro o cinco horas se esperaba que fueran a casa de los abuelos para buscar sus regalos. La primera vez que iban a hacerlo desde su llegada a Londres. Margaret ya no estaba sola en mitad de la nada, le rodeaba toda la gente que quería, pero ahora todo eso parecía pender de un hilo. Ella estaba segura de que aquellos asesinos eran capaces de cualquier cosa. Aunque si intentaban hacerles daño a sus hijos o a ella, lo pagarían muy caro.

La mujer buscó en el armario empotrado de la habitación. Recordó que su esposo había dejado el rifle en el altillo. Se subió a la silla de ruedas del escritorio y estuvo a punto de caerse, cuando estas comenzaron a moverse, pero se aferró a la estantería, tomó el rifle y la

caja con las balas. Después se sentó e intentó cargarla.

En la planta baja se escucharon más disparos y Margaret se preguntó qué estaría sucediendo. Esperaba que su esposo fuera capaz de aguantar el primer ataque de aquellos secuestradores y pensó en bajar, para ayudarle, pero no podía dejar solos a sus hijos.

— Mamá, ¿qué haces con un rifle? — preguntó sorprendido el niño.
— Nada, duérmete — contestó la mujer. Aunque no podía disimular su estado de nervios. Aquella larga noche de terror y desesperación no parecía tener fin.

Logró introducir las balas y quitó el seguro, después apuntó hacia la puerta y se decidió a esperar, esperando que el pronto amanecer terminara de disipar sus temores.

Cuando los hombres aparecieron por las escaleras la primera reacción de Salomón fue lanzarse al suelo tras el sofá. Maryam disparó y los agentes se desperdigaron por el suelo, aunque las balas alcanzaron a uno de ellos. Después la mujer corrió hacia la salida y comenzó a caminar sobre la nieve, mientras los copos le salpicaban el rostro. Cada una de aquellas estrellas congeladas se mezclaba con las lágrimas de sus ojos. Por primera vez en mucho tiempo sintió algo más que furia, odio y rencor. De alguna manera había conectado con Salomón y su suerte le preocupaba.

No creía que estuviera enamorada de él, aunque se sentía atraída, pero su familia era un obstáculo, un hombre como él siempre los antepondría a cualquier otra persona. Cuando ese pensamiento surcó su mente, el amor que sentía se transformó en odio rápidamente, como si los sentimientos pudieran convertirse en un instante en un fantasma de ellos mismos.

Escuchó un par de tiros a su espalda y se agachó. Después se resguardó entre los árboles y observó a sus perseguidores. Eran dos agentes, un hombre y una mujer. Le volvieron a disparar y ella se escondió entre los árboles peludos del invierno. Corría con el afán del que tiene que vivir para vengarse y no por el simple instinto de supervivencia, porque en el fondo deseaba morir.

Maryam se giró y disparó a los agentes, alcanzado al hombre. Mientras su compañera se agachaba para protegerse. La joven escapó hacia el lago que se divisaba a lo lejos y la maleza parecía más alta. Mientras su rastro se perdía entre la espesura del bosque, Maryam

pensaba en Salomón. Deseó con todas sus fuerzas que viviera, pero para convertirse en la persona que diera por fin sentido a su vida. En cierto sentido su existencia era tan falaz como todo el éxito que había obtenido. Sabía que el lugar más solitario del mundo es la cumbre del triunfo.

Logró ocultarse en un embarcadero que daba al agua. Mientras recuperaba el aliento e intentaba que su corazón comenzara a calmarse, cerró los ojos e imaginó cómo sería una vida con Salomón. Formar una familia y dejar que los días pasaran plácidamente en el profundo misterio de la vida cotidiana.

Salomón percibió el cañón de la pistola sobre la cabeza y pensó que había llegado su final. Después notó como una mano aferraba su abrigo y le arrastraba hasta el sofá. Uno de los agentes le lanzó sobre el sofá y después le apuntó de nuevo a la cara.

— Señor Lewin, siento las molestias que hemos podido causarle a usted o a su familia esta noche. Especialmente tratándose de una fecha tan señalada. Creo que no ha pasado una feliz y alegre Nochebuena, pero ya sabe que se ha metido en un asunto que le supera. John, déjanos solos — dijo el hombre de pelo blanco. Si no hubiera sido por aquella estresante situación, Salomón hubiera visto en él a un benefactor y no al hombre que estaba buscándole para matarle.
— Pero señor …
— Por favor, yo me ocupo — contestó el jefe mientras sacaba una pistola pequeña del bolsillo de su abrigo de cachemir.

El agente se alejó unos pasos y entró en la cocina. En ese momento, dos agentes perseguían a la fugitiva, otro había subido a la primera planta y mientras el jefe hablaba con el Psiquiatra, el último colaborador esperaba impaciente en la cocina.

El jefe sabía que los trabajos tenían que terminarse bien. Si se dejaban cabos sueltos, todo aquello podría volverse en su contra. Salomón era una pieza clave para entender lo que había pasado aquella noche y él tenía que descubrir qué sabía exactamente. Sabía que después no le temblaría el pulso para matar al Psiquiatra y a toda su familia. En la vida, cada uno debía saber ocupar su lugar. En una partida de ajedrez, nunca tiene el mismo valor una torre, un alfil o una reina, que un simple peón.

— Siento que se haya visto involucrado en este asunto. Maryam es

una asesina peligrosa y una terrorista. Creo que, sin darse cuenta, ha estado colaborando con una persona muy astuta, que desea dañar al Estado — dijo el jefe.

— No creo que mi paciente sea una terrorista, aunque sí tiene razón en que a veces puede ser muy peligrosa. Es una enferma mental y su estado no es estable. Pero usted sabe que esa no es la verdadera razón por la que la persiguen. Todos ustedes están implicados en grave caso de extorsión, prevaricación, fraude, estafa y levantamiento de bienes. Maryam tiene pruebas de que El Círculo se hizo con datos e información de personas relevantes en varias áreas y que ustedes utilizaron esa información para conseguir sus planes — dijo Salomón muy serio. Pensaba que si ponía las cartas encima de la mesa, al menos eso le daría la oportunidad de negociar la salvación de su familia.

El jefe sonrió, se sentía halagado al encontrar enfrente de él, mucho más que un hombre corriente superado por las circunstancias, si no a alguien capaz de intentar jugar sus cartas. La mediocridad era la peor lacra de la sociedad moderna. Al menos Salomón Lewin tenía arrestos y era capaz de luchar hasta el final.

— No sé qué le ha contado la señorita Batool, pero creo que no es muy profesional por su parte darle tanto crédito a una demente. La señorita Batool fue entrenada por el yihadismo desde niña para convertirse en una terrorista, pero en este caso, el método utilizado ha sido diferente. Los terroristas formaban a un grupo de niños superdotados, para que se introdujeran en el sistema financiero mundial y lo desestabilizaran. El grupo se llama El Círculo, imagino que ahora entiende, por qué su paciente estaba obsesionada con esta idea.

Las palabras del jefe le taladraron el cerebro, pero todo aquello parecía absolutamente verosímil. Sin saberlo, podía haber estado colaborando con una peligrosa terrorista. Todas sus certezas se derrumbaron como un castillo de naipes. Jugueteó por unos segundos con el pendrive que tenía en el bolsillo y suspiró antes de comenzar a hablar de nuevo:

— Tengo que contarle algo.

# 22 LA VERDAD DE EL CÍRCULO

Por unos momentos se hizo el silencio y aquella calma le preocupó más que todo el ruido del mundo. Ella siempre había oído que la calma siempre precede a la tempestad. El sol comenzaba a despuntar por el horizonte, pero aquel hecho no parecía suficiente para que las cosas volvieran a su cauce. Cuando Margaret miró por la ventana observó como una mujer de pelo negro corría hacia los árboles. Después dos terroristas la perseguían hasta que uno de ellos caía herido. Aquella mujer era la paciente de su esposo. La misma que la noche antes había desencadenado todo aquel horror. Margaret deseó matarla allí mismo, de hecho la apuntó con su fusil y estuvo a punto de apretar el gatillo. Posiblemente no habría acertado el objetivo, pero al menos habría intentado terminar con la causante de toda aquella noche de pesadilla.

Margaret se apartó de la ventana cuando los agentes entraron de nuevo en la casa y recordó que allí estaba el ordenador de trabajo de Salomón. Aproximó la silla y tocó el teclado. El ordenar se puso en marcha y la mujer introdujo la contraseña. Lo primero que se le ocurrió fue mandar algún correo electrónico, pero lo pensó mejor. Nadie consultaría su correo el día de Navidad. Después se metió en su perfil de Facebook y envió un par de mensajes a su familia. Colgó unas palabras de auxilio en su muro, pidiendo que alguien llamara a la policía. No hubo respuesta. Después fue a su twitter, pero tampoco consiguió mayores resultados. Cuando un minuto más tarde regresó a su Facebook media docena de sus conocidos había señalado que le gustaba su comentario y un par de opiniones le agradecían la ocurrencia, pero le recordaban que no era el día de los Santos Inocentes.

— ¡Malditos estúpidos! — gritó desesperada Margaret.

Su hijo se acercó hasta ella y la abrazó. La mujer no lo pudo evitar por más tiempo y se echó a llorar. Durante un par de minutos siguió desahogándose mientras las lágrimas corrían por el pijama azul y rojo de spiderman de su hijo.

— Mama, ¿vas a contarme qué sucede? — preguntó Mike.

Margaret titubeó unos instantes, pero después comprendió que no servía de nada ocultarle la verdad. Le explicó que la noche anterior habían entrado unos intrusos en la casa y que todavía estaban en la planta baja, pero que su padre estaba intentando deshacerse de ellos.

— Mama, yo puedo ayudar. Si bajo por el canalón al jardín y corro hasta la calle principal, puedo llamar desde la cabina que está al lado del supermercado a la policía — dijo Mike, con la tranquilidad y la cordura de un niño mucho mayor.
— Eso es muy peligroso. Puedes caerte desde aquí a la calle y esos tipos te seguirían. Será mejor que esperemos a la policía, tarde o temprano alguien se dará cuenta de que nos pasa algo — comentó Margaret.
— Hoy es Navidad y está todo nevado, hasta mañana puede que nadie se ponga en contacto con nosotros — dijo el chico.
— Ya, pero estábamos invitados a comer en casa de los abuelos. Ellos llamarán y si no contestamos comenzarán a preocuparse — dijo Margaret.
— Eso nos deja más de cuatro horas. Si esa gente es tan peligrosa, no podemos estar aquí cuatro horas, mamá — dijo el niño.
— ¡Mike he dicho que es muy peligroso y eso basta! — gritó la mujer.

Apenas había terminado la frase Margaret cuando se escuchó ruido en la puerta y alguien que movía el pomo suavemente. Mike se acercó a la ventana, mientras su madre se descuidaba y la abrió lentamente. Después se deslizó por el tejado y comenzó a acercarse al canalón.

— Mike, vuelve aquí — le dijo la madre, mientras veía desesperada a su hijo al borde del precipicio.
— Regresaré pronto — dijo Mike con una sonrisa antes de comenzar a descender por el canalón.

Margaret se encaramó por la ventana y extendió sus brazos, pero su hijo ya se encontraba fuera de su alcance. Le vio caer sobre el montón de nieve acumulado junto a la fachada. Margaret notó como le faltaba la respiración, pero el hijo se levantó sonriente y le saludó con la mano, como si se despidiera una mañana cualquiera mientas iba al colegio. Mike se alejó en zapatillas y con su pijama de spiderman empapado. Cuando el niño giró a la derecha y desapareció de la vista, la mujer cerró la ventana y se echó a llorar. Después se hincó en el suelo, sin dejar de abrazar el rifle y entre lágrimas comenzó a decir:

— Dios mío, ten misericordia de mi hijito. Te suplico que no le pase nada. Sé que no te he hecho mucho caso estos años, pero si nos guardas, te prometo que mi vida cambiará para siempre.

Un golpe fuerte sonó al otro lado de la puerta. El agente había disparado a la cerradura. La mujer se giró y apuntó. Le temblaban las manos y sentía una angustia que la consumía por dentro. Estaba determinada a disparar. Aunque en su fuero interno sabía que le faltaban agallas, ya lo había hecho una vez y tendría que hacerlo de nuevo, se dijo mientras la puerta empezó a ceder y el mueble a moverse lentamente.

El jefe observó la cara de Salomón Lewin con detenimiento. Sabía que en un rostro se podía descubrir casi todo lo que pensaba y creía una persona. Aquel hombre parecía confuso, agotado y casi exhausto, pero al mismo tiempo su expresión reflexiva le convertía en sumamente peligroso. Lo que temían los grandes gobiernos del mundo y las organizaciones internacionales, no eran a las muchedumbres fanatizadas, la bombas de los terroristas o las amenazas de la mafia, realmente era a los hombres y mujeres capaces de pensar por sí mismos. Los medios de comunicación y las redes sociales eran manipulables, pero ciertos individuos pensaban por ellos mismos y eso no se podía permitir. Si le dejaba reflexionar un par de minutos más, lo comprendería todo y eso era lo peor que podía pasarle.

Salomón se sentía confuso. Todo lo que había contado aquel individuo tenía sentido, demasiado sentido. Desde hacía más de una década la sociedad estaba aterrorizada por extremistas que buscaban baños de sangre, para justificar sus creencias. ¿Por qué no actuar de una manera más inteligente y destructiva? Si arruinaban a los países occidentales, los terroristas conseguirían sus objetivos a gran escala. Aunque lo que no entendía era, ¿por qué no se había dado una orden de busca y captura de fugitivos? Tampoco entendía, ¿cómo habían dejado a una terrorista encerrada en su psiquiátrico? Las posibilidades de que intentara escapar eran muchas.

— ¿Tiene algo que decirme? — preguntó el jefe cansado de los silencios de su prisionero. Había intentado que colaborara voluntariamente, pero estaba a punto de cambiar de táctica.
— Sí, Maryam escondió algo en el London Eye. Al parecer lo dejó allí el día anterior a su locura. Fue a la atracción de la City con un príncipe árabe. ¿Sabe quién era? ¿Qué pasó aquella noche? ¿Qué oculto la joven en la noria?

— Me temo que las preguntas las hago yo. Si no colabora será acusado de pertenencia a un grupo terrorista. Su mujer también será condenada y sus hijos tendrán que pasar a manos del estado — contestó el jefe.
— ¿Por qué la dejaron en ese psiquiátrico si era tan peligrosa? ¿Para quién trabaja usted? Dudo que lo haga para el gobierno británico — dijo Salomón poniéndose en pie.

El jefe le apuntó con su arma. Estaba seguro que escondía algo, por eso jugaría un rato más al ratón y al gato antes de apretar el gatillo.

— Tiene algo que nos pertenece. Da igual cómo nos llamemos o quiénes seamos. La organización a la que pertenezco es demasiado poderosa para que la controlen gobiernos o estados. No queremos salvar al mundo ni cambiarlo, para bien o para mal, este mundo no tiene remedio, pero a lo que si estamos decididos es a llegar hasta las últimas consecuencias para defender nuestros intereses. Ahora entrégueme lo que guarda en ese bolsillo. Lleva un buen rato dándole vueltas. ¿Piensa que no lo estoy observando? — dijo el jefe señalando el pantalón del hombre.
— Primero permita que mi familia salga de esta casa, después se lo entregaré. Máteme si es eso lo que quiere, pero ellos no tienen la culpa de nada — contestó Salomón, más tranquilo de lo que hubiera creído estar en una situación como aquella.

Salomón sabía, como psiquiatra, que la verdadera personalidad permanecía agazapada dentro de cada persona hasta que tenía que enfrentarse a una situación límite y aquella lo era. Lo cierto es que esperaba que sucediera un milagro. Aquel tipo no demostraba demasiados escrúpulos y Salomón era consciente del peligro que corría, pero tenía que intentarlo.

— Saque lentamente lo que tenga en el bolsillo. Si no lo hace, le pegaré un tiro y después lo tomaré yo mismo — dijo el jefe.

El Psiquiatra notó como se le secaba la boca. Su corazón comenzó a acelerarse. Miró a ambos lados. Si no recordaba mal, un agente estaba en la planta de arriba, dos en la entrada. Les había escuchado regresar unos minutos antes y otro a pocos metros, en la cocina. Tragó saliva y justo en el momento que estaba a punto de lanzarse a por el hombre, escucharon un disparo en la planta superior. Salomón corrió hasta el cuarto de estar, abrió la ventana y saltó. Apenas estaba a

metro y medio de altura, pero cayó torpemente en la nieve. Miró a un lado y al otro, pensó que lo mejor era correr hacia las casas y pedir ayuda. Ya no le quedaba más alternativa.

La casita de madera apenas podía contener el frío húmedo que se colaba por cada rendija. La joven se incorporó. No sabía cuánto tiempo había pasado adormilada, podían ser un par de minutos o una hora. Sentía que la cabeza le iba a estallar, pero se puso en pie con la ametralladora en la mano. Miró el arma, parecía una extensión de su brazo. La habían enseñado a usarla en El Círculo, formaba parte del adiestramiento, aunque supuestamente nunca iban a enfrentarse a nadie con un arma. Maryam pensó en un momento qué posibilidades tenía. Podía huir, pero no sabía muy bien cuánto tiempo lograría ocultarse. No tenía dinero efectivo, tampoco amigos o familiares. Llevaba casi ocho años fuera de la sociedad, además vivía en una maldita isla y no era fácil salir de un lugar como aquel sin papeles ni dinero. La otra posibilidad era regresar, recuperar el pendrive y huir con Salomón. Aunque, para eso Salomón tendría que estar de acuerdo. La única manera que tenía de conseguir su propósito era cortando el cordón umbilical de su Psiquiatra y sabía exactamente cuál era.

# 23 VIDA O MUERTE

Mientras corría por la nieve notó que sus sentidos se agudizaban de nuevo, entonces giró de repente y se dirigió de nuevo a la casa. No estaba armado, tenía una herida leve en un brazo y se sentía agotado, pero no podía dejar a su familia allí dentro. Cuando llegara con la policía sería demasiado tarde.

Miró a lo lejos el edificio y vio a dos agentes correr hacia los árboles. Sin duda, ninguno de sus perseguidores pensaba que regresaría de nuevo. Afortunadamente las huellas de la huida de Maryam y sus perseguidores hacían difícil que le siguieran el rastro. Entró de nuevo por el garaje. En la casa, según sus cálculos, debían quedar apenas un par de agentes y el jefe. Salomón no estaba armado, pero intentaría jugar con el factor sorpresa y esperar que la desesperación fuera el arma más poderosa para enfrentarse a tres hombres con pistolas y ametralladoras.

Cruzó con sigilo el garaje y tomó del suelo una barra de hierro. Los restos de una tubería de bronce de la calefacción, que todavía no se había decido a tirar a la basura. Llegó al salón en calma, que empezaba a iluminarse con la luz de aquel día intempestivo. En la planta superior se escuchaban golpes, gritos y lo que preocupó aún más, los lloros de un niño. Intentó reconocer la voz, creía que era Sara, aunque no podía estar seguro. Mike también podía berrear fuerte cuando estaba asustado o enfadado. Tragó saliva y comenzó a subir por la escalera, con el brazo en alto y la sensación de que estaba a punto de enfrentarse a su propia muerte. Cuando llegó a la primera planta, lo único que vio fue la puerta entreabierta de los cuartos de los niños, una gran mancha de sangre en el suelo de la moqueta y un hacha arrojada a un lado. Soltó la barra y tomó el hacha. Aquel arma le hizo sentir más fuerte, aunque poco pudiera hacer con ella contra armas de fuego.

Unas voces le alertaron, eran de varias personas, pero enseguida reconoció la de su esposa.

— ¡Por favor, no le hagan daño a la niña! — dijo entre llantos Margaret.

— ¡Maldita zorra! Nos has disparado, has matado a uno de los nuestro a hachazos ¿y piensas que no vas a pagar las consecuencias? ¿Dónde está el niño? Sabemos que tienes dos hijos — gritó la voz de otra mujer.

— No está conmigo, se habrá escondido por otra parte de la casa — dijo Margaret.

Salomón levantó el hacha. Era el momento de actuar. Los agentes estaban entretenidos con su esposa y cuando quisieran darse cuenta de su presencia, al menos uno de ellos estaría con el hacha clavada en el cráneo. Subió los escalones con cautela, miró desde la esquina. La puerta de la buhardilla estaba abierta, se veían a tres personas de pie, su mujer estaba tirada en el suelo, mientras alguien la tiraba del pelo. A la que no veía era a Sara, pensó Salomón mientras subía un escalón más. Se preparó para saltar sobre el primer agente, respiró hondo y corrió con todas sus fuerzas, empujando la puerta en medio de un gran estruendo.

Los pasos sobre la plataforma de madera la alertaron. Tomó su arma y apuntó a la puerta. Parecía que venían al menos dos personas. Por lo que había comprobado le quedaban diez balas, suficientes para eliminar a todos los agentes. Maryam miró fijamente la puerta, pero ante su sorpresa notó como una ráfaga de disparos atravesaban las paredes de madera y comenzaban a sacudir el cobertizo. Afortunadamente la mujer seguí sentada en el suelo, de haber estado de pie las balas le habrían atravesado. No quiso usar su arma, temía fallar y quedarse sin balas. Esperó paciente a que se atrevieran a entrar, estaba segura que lo intentarían. No tardó mucho tiempo en comprobar que tenía razón. La puerta se abrió con una fuerte patada y un hombre entró apuntando a todos lados. Maryam disparó al torso, para asegurarse el disparo y el hombre cayó hacia atrás con la mirada de sorpresa del que no espera su muerte. El segundo agente sujetó al cadáver para protegerse y apuntó a la joven, pero esta se movió con agilidad y a gatas corrió hasta ellos y después les empujó. Los dos agentes cayeron a las heladas aguas del lago. Maryam sabía que en pocos minutos se congelarían, pero si intentaban salir, ella estaría esperando desde la pasarela para matarlos.

El agente que estaba aún con vida comenzó a nadar hacia la orilla, cuando Maryam disparó dos veces sin alcanzarle, después logró darle en la espalda, justo cuando comenzaba a ponerse en pie. El agente se derrumbó en la orilla y la mujer se aproximó hasta él. Puso el pie sobre su espalda y le remató con un disparo en la cabeza.

La joven tomó el arma del hombre y su cargador. Ahora no tenía que preocuparse de las balas, tenía suficientes para deshacerse del resto de agentes y de la familia de Salomón.

Salomón logró caer por sorpresa sobre el primer agente y hundir el hacha sobre su pecho, pero no fue lo suficientemente rápido para saltar sobre la segunda agente. Esta tomó de la cama a su hija, la cogió en brazos y puso su pistola sobre la sien de la niña. Margaret comenzó a gritar, hasta que el jefe hizo lo mismo con ella.

El Psiquiatra dejó caer el cuerpo del agente al suelo. La sangre le había manchado toda la camisa, pero apenas notaba la sensación viscosa ni el calor que desprendía en su pecho.

— Suelte el maldito hacha — dijo la agente.

Salomón titubeó unos instantes, pero cuando la mujer apretó la pistola contra la sien de su hija, el hombre arrojó el hacha al suelo. La niña lloraba con todas sus fuerzas, mientras extendía los brazos hacia su madre. La mujer la soltó y dejó que Margaret la consolara.

— ¡Ha visto lo que nos han hecho hacer! No queríamos llegar a estos extremos pero no nos han dejado más remedio. Ahora los inocentes tienen que sufrir por nuestros errores — dijo el jefe. Después apuntó a Salomón y disparó.

# 24 EL BOSQUE

La suerte es para los valientes, dice un refrán popular, aunque en muchos casos ese tipo de frases no se cumplen. Al menos eso es lo que pensó Salomón cuando notó la bala incrustándose en su pierna. El dolor fue tan intenso que le obligó a inclinarse hacia delante y agarrarse el muslo. Miró el agujero en el pantalón y unos segundos más tarde, la sangre manaba de la herida tiñéndolo todo de color rojo.

Margaret gritaba como una posesa, hasta que el jefe le golpeó en la cabeza con la culata de la pistola. Al caer sobre el suelo, el jefe abrazó a la niña y le tapó la boca con la mano.

— Ahora deme el pendrive de una puta vez — dijo el jefe mientras apretaba con la mano armada la boca de la niña.

Salomón miró el rostro descompuesto de la niña, que no dejaba de llorar histérica, a su esposa tendida en el suelo inconsciente y la herida de su pierna. Entonces se incorporó con el hacha en la mano y lo hincó en el hombro del jefe, a pocos centímetros de la cabeza de su hija. El hombre le miró sorprendido, la agente tampoco supo cómo reaccionar, pero antes de que ninguno de los dos lo hiciera, Salomón giró la muñeca y pegó un hachazo en el cuello del hombre, que soltó a la niña. Sara cayó al suelo en medio de la sangre a los pies de su madre. El jefe se derrumbó contra el escritorio lanzando el monitor y todo lo que encontró a su paso al suelo de moqueta.

La agente apuntó a Salomón, pero antes de que disparara, por su mente se pasó el rostro de su hijo. Sintió un tremendo remordimiento por todo lo que estaba sucediendo y comenzó a llorar. Salomón la miró tranquilo, como si se sintiera inmune a las balas. Después con un gesto le pidió que se marchara. La mujer bajó el arma y salió cabizbaja de la buhardilla. No había cumplido con su deber, pero si este consistía en asesinar a una familia, para ella su tiempo en el cuerpo había terminado. Bajó las escaleras deprisa, esquivando los cuerpos muertos. Aquel hogar, el mismo día de Navidad se había convertido en un verdadero reguero de sangre.

Salomón se aproximó a la niña y tocó sus mejillas sucias de sangre y lágrimas. Esta dejó de llorar y se abrazó a él. Margaret se incorporó

y sin decir nada se unió al abrazo de su hija.

— Gracia a Dios estás bien — dijo Margaret comenzando a llorar.
— ¿Dónde está Mike? — preguntó Salomón inquieto.
— Salió a buscar ayuda. Tienes un hijo muy valiente — contestó Margaret.
— Será mejor que nos marchemos de esta casa. Aún quedan varios agentes ahí afuera — dijo Salomón poniéndose en pie, pero la sacudida de la herida bala le hizo caer de nuevo al suelo.
— Estás perdiendo mucha sangre — dijo Margaret mirando la herida de su marido. Ella misma sangraba por la frente, por el golpe que le habían dado, pero parecía estar anestesiada a su dolor.

La mujer arrancó un trozo de sábana y lo partió con los dientes, después hizo un torniquete en la pierna de su esposo para cortar la hemorragia. Salomón gritó de dolor y estuvo a punto de perder el conocimiento, pero al final respiró hondo y logró tranquilizarse.

— Vámonos — dijo Salomón poniéndose de nuevo en pie. Sudaba copiosamente y estaba muy pálido, pero parecía decidido a salir de la casa cuanto antes.

Margaret tomó en brazos a la niña y le limpió la cara y las manos. Después, agarró el hacha con la otra y siguió a su marido. Los dos descendieron por las escaleras hasta la planta primera, pero apenas estaban poniendo el pie en el segundo tramo de escaleras cuando escucharon unos disparos. El temor les paralizó. ¿Quién estaba abajo? Se preguntaron mientras Salomón apuntaba al hueco de la escalera. Aunque la verdadera pregunta que se planteaban era: ¿A quién estaban disparando? Esperaron que no se tratara de su hijo Mike, después continuaron bajando las escaleras con más cautela.

La nieve al lado del agua estaba teñida de rojo, pero el resto parecía tan pura y blanca, que Maryam disfrutó regresando sobre sus pasos. Al fin había salido el sol después de muchos días de lluvia y nieve. El cielo azul con nubes blancas parecía aclarar todas sus dudas y temores. No recordaba ningún día tan resplandeciente desde hacía muchos años. Mientras regresaba a la casa observó el bosque y las primeras aves que salían de sus escondrijos para revolotear sobre su cabeza. Aún quedaba un largo invierno por delante, pero aquella luz le recordó la esperanza de la primavera. Ella había perdido toda esperanza, se sentía muerta en vida, pero aquel sol sobre el rostro y el deseo de ver de nuevo a Salomón, parecían suficientes para que por

unos momentos, su deseo de vivir volviera a brotar de nuevo en su interior. Tras unos minutos de tranquilo paseo vio a un lado a niño acurrucado y temblando. Vestía un pijama azul y rojo y sus pies parecían rojizos sobre la nieve. Maryam se acercó y le miró detenidamente. El color del pelo, la piel, sus rasgos le recordaron enseguida a Salomón. La joven se puso en cuclillas junto al niño y acarició su pelo, el niño dio un respingo y se acurrucó más hacia el árbol. Parecía aterrorizado y con síntomas de congelación.

— ¿Eres el hijo de Salomón? — preguntó la joven al niño. Este abrió los ojos y la miró asustado.

— Sí — dijo titubeante el niño.

— Soy amiga suya. Volvamos a casa. Seguro que tus padres están preocupados — dijo Maryam en un tono dulce. Después tomó al niño en brazos y caminó con él hacia la casa.

A la luz del día la fachada se veía más hermosa. Maryam pensó que le gustaría vivir en un lugar como aquel. Se acercó al porche y empujó la puerta con el hombro. En el salón había desorden, sangre y dos cuerpos, pero eso no le quitaba la sensación de un lugar acogedor y hogareño. Maryam se imaginó como sería aquello con la chimenea encendida. Miró a uno de los lados y vio el árbol de Navidad. Hasta ese momento le había pasado desapercibido. A los pies del árbol había varios regalos con los nombres de los habitantes de la casa. Ella miró por unos momentos los paquetes y trato de imaginar lo que había dentro. Maryam no recordaba haber recibido ningún regalo. Por eso se entretuvo unos segundos buscando el suyo, para después coger el que ponía Margaret. Entonces se escucharon ruidos arriba y más tarde unos pies que corrían escaleras abajo.

# 25 AMOR

La agente tropezó con uno de los cadáveres pero continuó corriendo escalera abajo. Sentía el corazón a mil por hora y unas fuertes ganas de vomitar. Nunca, en todos sus años de servicio, había pasado una noche como aquella. Pensó en su hijo que estaría despertándose en su casa en el sur de Londres. Primero yendo a su cama para despertar a su marido y a ella, después corriendo hasta el árbol de Navidad para buscar entre los paquetes su regalo, pero ella se encontraba a decenas de kilómetros de allí, asesinando a una familia en plena Nochebuena.

Cuando la agente Preston llegó al salón, contempló los cuerpos que había por la sala, las manchas de sangre y a la paciente, que la apuntaba con una pequeña ametralladora. Después escuchó un gemido, en el sofá había un niño tumbado con un pijama empapado. Violet pensó que se trataba del hijo de los Lewin, que de alguna manera había escapado de la casa y aquella loca le había encontrado. Apuntó el arma a la cabeza de Maryam y le gritó que tirara la ametralladora. La loca le miró sonriente, como si no entendiera lo que le decía y no tiró el arma. Siguió apuntándole directamente a la cabeza.

— ¡Tire el arma! No se lo volveré a repetir — dijo la agente aferrando la pistola con las dos manos.
— ¿Por qué tendría que hacerlo? Creo que ya se ha derramado suficiente sangre por una noche. Vuelva a casa con su familia y olvídese de todo lo que ha sucedido — dijo Maryam, sin dejar de sonreírle.

— ¡Tire el arma! — repitió la agente muy seria.

Salomón apareció por la espalda de la agente. Unos segundos más tarde llegó Margaret con la niña en brazos, pero retrocedió al ver a las dos mujeres apuntándose una a la otra.

— ¡Déjenlo! Están en mi casa, por favor márchense las dos — dijo Salomón frenético.
— Es una terrorista peligrosa, no puedo dejarla escapar — contestó la agente.
— Es una invención de sus superiores, esta mujer puede que esté loca

y que sea peligrosa, pero no es una terrorista — le dijo Salomón, que continuaba con un arma en la mano.

— Eso no es cierto, yo misma vi la ficha en el ordenador del departamento. Hace años que está acusada de terrorismo yihadista. Su familia de origen pakistaní la entregó a una pareja para que la criaran en Inglaterra, de mayor tenía que convertirse en una bróker y organizar un plan para desestabilizar a la economía mundial. Después de cumplir las órdenes debía suicidarse, como hicieron el resto de sus compañeros, pero no lo hizo. Todo este tiempo se ha hecho pasar por loca o su mente se trastornó, pero sabíamos que ocultaba información y cuando vimos que recuperaba la consciencia fuimos a buscarla, pero usted se interpuso — dijo la agente.

El rostro de Maryam parecía ensombrecerse por momentos. Las palabras de la agente parecían clavarse en su mente como puñales. Recordó aquella última noche y lo que había sucedido con el jeque. Entonces, como en un ataque de furia, la joven apretó el gatillo y lo vació sobre la agente.

— ¡Maldita puta mentirosa! — gritó Maryam mientras las balas atravesaban a la agente. Durante un par de segundos la mujer se mantuvo erguida, pero después se derrumbó sobre el suelo.

— ¡Maryam, no! — le pidió Salomón a su paciente, mientras observaba estupefacto la escena.

Maryam pareció perder sus últimas fuerzas tras matar a la agente. Dejó caer el arma, después se hincó de rodillas y con el pelo en la cara comenzó a llorar.

Salomón dejó el arma en uno de los peldaños y se acercó a la mujer. Estaba a sus pies, sollozando y temblando. Le pareció tan vulnerable en ese momento. La levantó del suelo e hizo que se sentara en el sofá. Después tomó una de las mantas que había en un lado del sofá y lo puso sobre su hijo Mike, que dormitaba tranquilamente.

Margaret descendió con Sara en brazos, dejó el hacha apoyada en la pared y se dirigió a la cocina para preparar algo de comer a los niños. Salomón la vio tan agotada, casi exhausta, pero todos estaban vivos y ahora podrían comenzar de nuevo.

— Siento todo lo ocurrido Salomón — dijo Maryam, medio adormilada. Parecía muy afectada, como si el mantenerse en tensión todo aquel tiempo hubiera cobrado una factura muy alta en su mente.

— Descanse, dentro de poco todo volverá a la normalidad — contestó Salomón.
— Pero, tengo que contarte lo que sucedió, ahora lo recuerdo perfectamente — dijo Maryam angustiada.

— No importa, ahora ya no importa — dijo Salomón, mientras miraba la dantesca escena que había en su salón.

La vida tranquila y sin sobresaltos de los últimos años, ahora le parecía algo realmente maravilloso. Siempre se añora lo que se pierde, lo que te hizo alguna vez feliz. Salomón comprendió en ese momento, que lo que más amaba estaba ahora mismo entre las cuatro paredes de esa casa. Le daba igual vivir en Grecia, la India o Inglaterra. Su familia era su casa, su hogar formaba el centro de su universo y todo lo demás no tenía importancia.

— El Círculo se creó para extorsionar a la gente, ya te lo conté, pero los socios de nuestra compañía planearon algo más terrible. Se pusieron de acuerdo con cincuenta de las fortunas más grandes del mundo para provocar una crisis a escala mundial. Engañaron masivamente a millones de personas, primero hinchando una inmensa burbuja inmobiliaria, para hacerla estallar en las narices del mundo. Ellos se deshicieron de todos aquellos activos tóxicos antes de que la burbuja estallara. Gracias a la City de Londres pusieron su dinero en paraísos fiscales. Al sacar todo ese dinero a la vez, las bolsas se hundieron, el crédito se cortó de repente y ellos se hicieron más ricos. En el pendrive también están las cuentas y la manera de acceder a ellas. Miles de millones de libras, dólares y euros — comentó Maryam.
— Lo que no entiendo es para que necesitaban El Círculo — dijo Salomón.
— Nos entrenaron para mover esas cantidades de dinero, pero también para usar la información privilegiada que teníamos de nuestros clientes. El jeque, aquel joven, ocultaba un secreto. Al principio se negó a entrar en nuestro juego. Los socios me pidieron que intentara comprometerle con fotos, algún tipo de vicio oculto, pero parecía no tener muchos. A su familia en Arabia Saudita no le importaba que se acostara con mujeres occidentales, para ellos no eran nada más que putas, pero yo descubrí su secreto — dijo Maryam.
— ¿Cuál era? — preguntó Salomón intrigado.
— Era homosexual. Aquello si le hubiera supuesto la deshonra en una familia extremista musulmana, como era la del jeque. Cuando le amenacé en la discoteca, el jeque hizo algo inesperado, sacó la daga que siempre llevaba en el cinto y se abrió las tripas delante de

nosotros. Me quedé muy impresionada, pero llevaba tantas drogas en el cuerpo, que me fui a casa y me quedé profundamente dormida. Cuando desperté, mientras preparaba el desayuno, vino a mi mente lo sucedido. Me sentí tan mal, ya no podía soportar más la presión. Odiaba ese trabajo, nada me satisfacía. Pensé en suicidarme, pero de repente mi mente comenzó a desconectarse, como si se me hubieran fundido los plomos y después ya sabes lo que sucedió — dijo Maryam. Su rostro reflejaba el dolor de todos aquellos recuerdos.

Salomón se quedó pensativo. En las últimas horas habían sucedido tantas cosas que ya no sabía que creer. Aunque lo que contaba Maryam parecía lo más plausible.

— Pero, ya deseabas terminar con todo, porque escondiste el pendrive el día anterior — dijo el Psiquiatra.
— Sí, claro. No me gustaba lo que estaba sucediendo — contestó la joven.

Margaret regresó con la niña en brazos, mientras esta tomaba un gran biberón de leche con cacao. Las miradas de las dos mujeres se cruzaron por un instante. La esposa de Salomón sintió un escalofrío, había algo en aquella mujer que no le gustaba.

— Será mejor que llames a la policía — dijo Margaret a su marido.
— Sí — contestó Salomón como si saliera de una nube. Al fin y al cabo, toda esa pesadilla había terminado.

Salomón comprobó que no había línea en la casa, el ya no tenía su móvil. Regresó al salón y le dijo a su esposa:

— ¿Dónde está tu teléfono?
— Ella se lo guardó — dijo Margaret señalando a la agente muerta.

Salomón hurgó en los bolsillos de la agente y sacó dos teléfonos. Utilizó el de su mujer para comenzar a marcar, pero cuando levantó la cabeza vio las piernas de Maryam, que estaba parada enfrente de él.

— ¿Le has dicho que ya no la quieres? — preguntó de repente la joven.
— ¿Qué dice? — preguntó aturdido Salomón.
— Me dijiste que ya no la querías, que no sentías nada por ella — contestó Maryam.

— Será mejor que se siente y descanse, ha sido un día muy duro para todos –dijo Salomón intentando ponerse en pie.

La joven llevaba en la mano el arma de la agente. Salomón no se había percatado al principio, pero en ese momento, se sintió horrorizado. Sabía de lo que era capaz aquella mujer. Lo había visto en varias ocasiones a lo largo de la noche.

— Por favor, Maryam. Deja el arma, ya ha muerto demasiada gente.
— Eres un mentiroso. Vives una vida que no deseas, está con una mujer por la que ya no sientes nada. ¿Quién es el enfermo aquí? ¿Ella sabe que me quieres a mí? — preguntó Maryam mientras apuntaba a la mujer con la pistola.
— Baja el arma y tranquilicémonos — dijo Salomón levantando las manos.
— Estoy tranquila. ¿Me ves alterada? — preguntó la mujer sonriente.
— Es mi familia, no quiero que les hagas daño. Esta noche ha sido terrible para ellos — dijo Salomón.
— Encontré a tu hijo tirado en la calle en pijama, estaba chorreando. ¿Crees que ella es una buena madre? No te cuida, no sabe apreciarte. Podemos irnos y comenzar una nueva vida. Tengo dinero en unas cuentas en Suiza, nos será fácil comenzar en alguna isla del Pacifico o El Caribe — dijo la joven.
— Márchate si quieres. No te lo impediremos. Sabemos que todo esto ha sido muy duro para ti — dijo Salomón. Dio un paso para acercarse, pero se detuvo cuando vio que la joven se ponía más nerviosa.

Margaret apretaba a la niña contra el pecho. Se sentía aterrorizada, no podía creer que la pesadilla no hubiera terminado. Aquella loca era capaz de matarla delante de sus propios hijos, pensó mientras intentaba moverse lentamente hacia la cocina.

— No te muevas zorra. ¿Crees que no sé lo que pasa por esa cabecita tuya? No me importa que tengas una niña en brazos. ¿Piensas que eres la única que merece una vida perfecta? Te sientes muy frustrada, pero no sabes lo afortunada que eres. Bueno, mejor dicho, que eras — comentó Maryam mientras se giraba hacia la mujer.

Salomón aprovechó para lanzarse sobre ella y quitarle el arma, pero la joven fue más rápida, logró voltearse y esquivar a Salomón que cayó al suelo.

— Si lo vuelves a intentar, los mato a todos — le advirtió su paciente.

El Psiquiatra se sentía tan confuso. No sabía si se encontraba ante una loca psicópata, una terrorista o una simple infeliz incapaz de mostrar amor o compasión por nadie.

— Está bien, me quedaré quieto. Pero déjanos tranquilos, la puerta está abierta. El coche de mi mujer tiene las llaves puestas, simplemente tienes que cogerlo y desaparecer. Puedo darte dinero para que puedas salir de Inglaterra …
— ¡Cállate, Salomón! Conmigo no hace falta que finjas. No la quieres. Hoy ibais a interpretar una representación de familia feliz, con árbol de Navidad y todo, pero ya no la quieres. ¿Verdad? Vente conmigo y podré hacer que se cumplan todos tus sueños y fantasías — dijo la joven con la cara desencajada. Cada vez se sentía más eufórica y Salomón notaba como la joven perdía el control de sus actos.

Salomón era consciente de que si la paciente tenía un brote psicótico, sería capar de cualquier cosa. Tenía que calmarla de alguna manera. Primero pensó que sería mejor acompañarla y alejarla de su familia, pero temía que pudiera hacerle algo y después regresar para terminar con su esposa e hijos. Apretó disimuladamente con la mano el botón de SOS del móvil, sabía que los servicios de emergencia rastrearían la llamada, aunque él no pudiera decirles que sucedía. Ahora tenía que ganar un poco más de tiempo e intentar tranquilizarla.

— Me marcharé contigo, pero baja el arma. Puedes herir a uno de los niños. Tienes razón, ya no la quiero, pero tampoco tienes por qué hacerle daño. Nos iremos tranquilamente, Margaret no llamará a la policía. Después nos marcharemos del país y comenzaremos de cero — dijo Salomón con tono pausado.
— ¡Lo ves, zorra! Tu marido no te quiere. Tu cuerpo parece el de una matrona, con las tetas colgando y esas caderas. ¿No pensarías que con ese aspecto podrías conservar a tu hombre? Él me prefiere a mí. Ahora quiero que cojas del árbol tu regalo de Navidad, quiero ver lo que te ha regalado Salomón, seguro que será una plancha o una tostadora, para la gorda de su mujer — dijo Maryam indicando con el arma a la mujer, para que se acercara al árbol.
— Por favor, déjala y marchémonos — comentó Salomón, que veía que la situación se le estaba escapando de las manos.
— No importa, Salomón — dijo su esposa. Dejó a la niña en el sofá y se acercó al árbol.

Margaret se sentía humillada, pero haría cualquier cosa por su familia. Aquella loca estaba fuera de control y estaba dispuesta a obedecerla. La mujer se aproximó al árbol y se agachó para recoger el regalo. En ese momento, Maryam le pego una patada que le hizo derrumbarse en el suelo.

— ¡Ábrelo, rápido! — dijo la joven con desprecio.

El regalo estaba metido en una especie de bolsa. En ella se veían osos blancos vestidos de papa Noel que jugaban al lado de un árbol de Navidad con velas rojas y repleto de regalos. La mujer rompió la etiqueta dorada y metió la mano en la bolsa. Apareció un camisón negro bordado, era muy sexy y caro.

— ¿Qué mierda es eso? — preguntó Maryam frunciendo el ceño.
— Un camisón — contestó temerosa la mujer.
— Me has engañado maldito cabrón, te gusta tirarte a la vaca inglesa que tienes por mujer. Eres un burgués mediocre y estúpido. Un maldito occidental decadente, un pedazo de mierda blanca. ¿Por qué decías que no te gustaba tu vida? — preguntó Maryam fuera de sí
— Nunca te he dicho eso — contestó Salomón.

— Lo decían tus ojos. Lo expresaba tu cara y la forma en la que me mirabas — dijo Maryam.
— Todo eso está en tu cabeza, no te encuentras bien — dijo Salomón, aunque sin saberlo, sus palabras terminaron de alterar a la joven.
— ¿Quieres decir que estoy loca? No lo estoy. Simplemente pensé que era mejor ocultarse en ese maldito loquero antes de que las cosas se pusieran más feas. Sabía que no me matarían si pensaban que estaba loca. Creí que si comenzaba a despertar ahora, después de casi siete años, no se fijarían en mí, pero no fue así. La semana pasada apareció una mujer, ya te lo contaron, me imagino. Me pidió amenazante que les devolviera lo que ocultaba en la noria. Pero yo sabía que era mi única garantía de salir con vida. Me advirtió que vendrían la víspera de Nochebuena y que era mejor que les diera lo que ocultaba — dijo Maryam.

Salomón se quedó sorprendido por las palabras de Maryam, al fin estaba siendo sincera con él.

— Sabía que Osborne les informaba de todo lo que hacía, por eso, cuando tú llegaste, supe que era mí oportunidad, pero el cabrón de tu viejo profesor se lo contó todo a esa gente. No tenía más remedio que escapar, pero necesitaba ayuda. Llamé al enfermero, con la excusa de que estaba muy nerviosa, para que me inyectara un tranquilizante, pero mi plan era matarle, junto a la bedel y después llamarte. Fui yo la que te llamé por teléfono anoche.

El Psiquiatra la miró sorprendido. Le parecía increíble que Maryam lo hubiera planeado todo.

— Entonces llegaste, pero esos tipos se presentaron poco después. El resto ya lo sabes. Creía que podía confiar en ti, que me ayudaría a salvarme, ya he pagado todas mis culpas encerrada todos estos años — dijo Maryam entre lágrimas.
— Lo entiendo, pero ya no te perseguirán más. Tenemos la información. La policía te protegerá — dijo Salomón.
— Eso ya no me importa. Creo que no has entendido nada. Esa gente es muy poderosa, ya has visto que la policía trabaja para ellos. Será mejor que termine con todo esto. Me siento muy cansada — dijo Maryam mientras apuntaba de nuevo a Margaret, que seguía de rodillas frente al árbol de Navidad, con el camisón y el paquete en el regazo.

Mike se incorporó en el sofá y miró la escena. Al ver a su madre en aquella posición, mientras que la mujer morena la apuntaba con su arma, se asustó. Durante la última hora, mientras dormía en el sofá, creía que todo lo que había pasado se trataba de un sueño, pero nada más lejos de la realidad. Aquella mujer estaba apuntando a su madre con una pistola.

— ¡Mamá! — gritó el niño.

Maryam se giró y disparó al pecho del pequeño, que cayó hacia atrás del impacto. Margaret se puso en pie y corrió a socorrer a su hijo, pero antes de que lograra alcanzarlo, la joven le disparó por la espalda. Margaret se detuvo, con los hombros alzados, removiéndose de dolor. Maryam levantó la pistola y le disparó en la cabeza.

Salomón vio la escena a cámara lenta, como si realmente todo se tratara de una película. Después corrió para interponerse en el segundo disparo, pero era demasiado tarde. La nuca de su mujer estalló en mil pedazos y la sangre salió a borbotones, dejando todo el cuello de la bata empapado de sangre.

Maryam no pestañeó, se giró hacia Salomón y le apunto directamente a la cara.

— ¡Maldita loca, mátame! — gritó Salomón, pero la mujer no se inmutó. Simplemente se giró y salió corriendo hacia el porche.

Salomón se inclinó sobre su esposa. Comprobó que estaba muerta, le tumbó boca arriba y le cerró los ojos. Aquella mirada congelada se le quedó grabada en la mente. La muerte siempre es inesperada, pero mucho más cuando alguien le arrebata la vida a otra persona. Después

se acercó a su hijo, sangraba en un costado, pero parecía estar con vida. Le puso el camisón que había regalado a su esposa y que ya nunca estrenaría, taponando la herida y con el cinturón de la bata de su esposa, lo sujetó con cuidado. Después observó a Sara, su hija parecía totalmente ida, como si aquello le superara.

El Psiquiatra notó como su mente comenzaba a pensar sin cesar. Sin duda estaba intentando asimilar lo sucedido y reaccionar de alguna manera, pero al mismo tiempo comenzó a actuar como un autómata.

Salomón se puso en pie y se dirigió hasta la escalera. Tomó el hacha que su esposa había dejado apoyado en la pared y lo colocó por encima de su hombro, como si saliera a cortar un poco de leña en el jardín. Después se cerró el abrigó y se puso la capucha de sudadera que llevaba debajo. Caminó hasta la puerta y la abrió. La luz del exterior le cegó por unos instantes. Después miró a su alrededor. Maryam estaba subida en el coche de su mujer intentando arrancarlo, pero el frío de la noche lo había dejado totalmente muerto.

Salomón la observó fríamente y la joven le devolvió la mirada con temor. El coche encendió en ese momento y Maryam metió la marcha atrás. El hombre pegó un salto desde el porche y con todas sus fuerzas golpeó con el hacha en el centro del capot. La afilada hacha atravesó la carrocería y se clavó en el motor. El coche comenzó a dar marcha atrás y Salomón se aferró al palo del hacha, arrastrado por la nieve. La mujer giró el volante con fuerza, pero las ruedas del coche derraparon y el vehículo se precipitó contra una valla que había en la parte delantera. El capot comenzó a echar humo y el motor se paró. Maryam salió del coche y comenzó a correr hacia los árboles.

El hombre se quedó aturdido, tumbado sobre la nieve, pero en una mano continuaba aferrando el hacha. Se levantó con dificultad. Notó el dolor intenso en el muslo, que le producía la bala que aún tenía dentro, pero se apoyó con la mano y se puso en pie. Cuando levantó la vista, observó como la joven huía hacia el lago.

Salomón comenzó a dar saltos en la nieve, cada vez que la pierna herida se apoyaba en el suelo, una sacudida de dolor le corría hasta la cadera, pero en ese momento no le importaba el dolor intenso, ni el agotamiento. Sentía tal odio por aquella mujer, que hubiera bajado a los mismos infiernos para perseguirla. Esa maldita loca, pensó el Psiquiatra, había destruido su familia para siempre.

Mientras Salomón se internaba en el bosque, escuchó a sus

espaldas el sonido de las ambulancias y los coches de policía que se dirigían hacia su casa. Caminó con algo más de tranquilidad, al saber que sus hijos podrían ser atendidos de inmediato. Esperaba que al menos Mike lograra superar su herida. Pero Margaret estaba muerta. La mujer que había amado durante toda su vida, la madre de sus hijos. Una de las mejores personas que había conocido. Ella y él habían dedicado los mejores años de su vida a ayudar a los demás. A salvar a gente como Maryam de un terrible final, pero al parecer la paga a todos esos sacrificios era aquel crimen atroz.

Maryam corría con todas sus fuerzas, pero estaba tan cansada que sus piernas se hundían en la nieve, aunque al llegar al lago, la gruesa capa de nieve se convertía en una mucho más fina. Corrió por la orilla, pero por rápido que se alejara, Salomón parecía acortar distancia. Maryam pensó mientras corría, en su casa, en aquellos primeros años de amor y cuidados. Las cosas no tenían que haber sido de esa manera; si no le hubieran arrebatado a sus padres, su vida hubiera sido muy diferente.

Salomón logró acorralarla. A su espalda estaba el lago y enfrente suyo el hombre con el hacha en la mano. Maryam miró el rostro desencajado del Psiquiatra. Aquella noche la vida le había llevado hasta el extremo. Ella sabía muy bien cómo era vivir al límite, pero sintió pena por él. Por todos estos años adormilado en una vida anodina. Ella le había resucitado, ahora todo era emoción y riesgo.

— Lo he hecho por ti, a veces aquello que creemos amar nos ata a cosas que odiamos profundamente — dijo Maryam muy seria. Pero el hombre no contestó se limitó a bajar el hacha y aferrarla con más rabia.

Maryam levantó la pistola y le apuntó. Estaba tan cerca que era imposible fallar. Salomón comenzó a acercarse despacio, como si quisiera alargar ese momento.

— Te ofrecí una vida mejor, pero eres demasiado cobarde para cambiar — dijo la joven.

Salomón estaba a menos de diez pasos de la joven, cuando esta comenzó a acariciar el gatillo.

— La vida es muy corta para vivir aletargado. Sé que me amas. Amas lo que represento, la aventura, la emoción, la sorpresa y la adrenalina, pero en este momento el odio y la ira te confunde.

Salomón, baja esa hacha — dijo Maryam en un tono suave.

Salomón dio un grito y se abalanzó contra la joven, ésta le miró asustada y apretó el gatillo, pero no salió ninguna bala más de la pistola.

— ¡Maldita sea! — fue la última palabra que pronunció Maryam antes de que Salomón la derribara y se sentara sobre sus piernas.

El hombre permaneció uno segundos con el hacha levantada, mirándola directamente a los ojos. Tal vez esperó ver algo de compasión, miedo o simple humanidad, pero la joven le sonrió, como si al atraerle hasta su locura, la victoria que esperaba ya estuviese conseguida. Salomón ya no era el mismo, sus músculos, nervios y huesos pertenecían a otra persona. Un ser deshumanizado capaz de matar sin piedad. El proceso se había completado. Todo atisbo de compasión o empatía había dejado paso al instinto asesino y a la sed de venganza.

— Te amo — dijo la joven, en un último acto de provocación, como si esas últimas palabras fueran el puñal definitivo que transformaría a su psiquiatra en el monstruo que siempre había habitado en su interior, aunque fuera de forma agazapada.

Salomón miró con odio a la joven y comenzó a bajar el hacha con toda su fuerza. Un estallido retumbó en el bosque, algunos pájaros revolotearon asustados, mientras Salomón Lewin se quedaba paralizado, roto por el dolor y la impotencia. Otros dos disparos en su espalda le hicieron soltar el hacha y caer desplomado sobre la joven.

Media docena de policías se acercaron hasta los dos cuerpos, después movieron a Salomón que cayó sobre la nieve con la mirada perdida y la boca entreabierta. Un hilo de sangre recorría los labios del hombre, que daba su último aliento antes de morir.

Maryam se incorporó y le miró por última vez. Le vio más bello que el día que le conoció en el centro, cuando le eligió para ser su salvador. Ahora, Salomón descansaba sobre el suave colchón de nieve, mientras su sangre se mezclaba con la tierra de Inglaterra.

— ¿Se encuentra bien, señorita? ¿Está herida? — preguntó uno de los agentes.

— Me encuentro bien. Este hombre me secuestró anoche, después me llevó hasta su casa y ha realizado una verdadera matanza — dijo la joven entre lágrimas.

— No se preocupe, todo ha terminado — contestó el policía extendiéndole la mano.

La joven se inclinó hacia Salomón y comenzó a golpearle con los puños, mientras que gritaba:

— ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has matado a tu familia?

Después se abrazó a él, como si quisiera despedirse, pero con cuidado metió la mano en el bolsillo del pantalón y se guardó el pendrive.

— ¿Quién es usted? ¿Cómo ha sucedido todo? — preguntó la policía mientras la levantaba. Separándole de Salomón.
— Soy una amiga de la familia, pero Salomón estaba enamorado de mí, cuando le dije que nuestro amor no podía ser se volvió loco. Mató a varios policías y de no ser por ustedes, me hubiera matado también a mí.

La policía puso una manta sobre los hombros de la joven. Maryam tiritaba de frio, pero se sentía liberada. Ahora podría comenzar una nueva vida. La policía le acompañó hasta la casa. Pero Maryam no quiso entrar. Se sentó sobre un tronco partido y cuando le ofrecieron una ambulancia para llevarla al hospital, ella la aceptó sin dudar.

Un hora más tarde, la joven había logrado escabullirse del hospital y paseaba con unas ropas robadas a una enferma por las calles de Londres. La nieve se derretía en las aceras, mientras la joven cruzó el Támesis. Después entró en la estación de trenes de London Waterloo y se confundió entra la gente, como una más de los millones de personas que cada día visitaban la City. Un villancico resonaba en la megafonía de la estación, mientras todo el mundo se dirigía a la casa de sus familiares para celebrar la comida más entrañable del año.

# EPÍLOGO

Nunca pensó que terminaría viviendo el sueño de su amigo Román, pero se encontraba en una isla paradisiaca, con una nueva identidad y tostándose sobre una tumbona, mientras las olas del mar rompían en la orilla. Maryam miró el infinito con sus gafas de sol, el calor de la brisa comenzaba a quemar su piel, mientras por unos segundos su mente recordó Londres y la última Navidad. En ese momento estaba sola, encerrada en un pasado que la perseguía, pero ahora parecía que todo volvía a ponerse en su sitio.

En un par de días celebraría la Nochebuena con una familia alemana que había conocido unos días antes. La verdad era que le recordaban mucho a Salomón y su encantadora esposa Margaret, con dos niños guapos y bien educados, pero con un toque más sofisticado y una actitud más positiva ante la vida. Estaba ansiosa por brindar junto a aquella familia y mostrarles los regalos que tenía para ellos. Seguro que se sorprenderían. Cuando quería, ella podía ser una gran anfitriona. Aunque había algo que no le gustaba en esa gente remilgada de Hamburgo, esa especie de desprecio por lo sureño, esa altivez y la sensación de que nadie podía ponerse a su altura. Aunque todo eso podía cambiar, ella sabía perfectamente que una noche tan entrañable, como era Nochebuena, si ponía toda su buena voluntad, aquella familia terminaría pareciéndose al modelo que ella tenía en su mente. Lo único que importaba era mostrarles el camino, ellos sabrían tomarlo y seguramente el día de Navidad serían personas absolutamente nuevas. Cambiadas para siempre con el magnífico cincel del dolor, el único que podía sacar nuestro verdadero yo de las capas de mansedumbre, templanza, misericordia y amor, con la que la gente intenta ocultar su verdadera naturaleza. Una naturaleza, que siempre terminar por encontrar camino. Maryam sabía que tenía un arduo trabajo por delante, pero estaba segura que conseguiría convertir a esa familia en su obra de arte particular.

# SOBRE EL AUTOR

Autor de Betsellers con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, Conspiración Maine (2006), fue un éxito. Le siguieron El mesías Ario (2007), El secreto de los Assassini (2008) y la Profecía de Aztlán (2009). Todas ellas parten de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella.

Su libro “Francisco. El primer papa latinoamericano” ha sido traducido a 12 idiomas, entre ellos el chino, inglés, francés, italiano, portugues, japonés, danés, *etc.*

Sol rojo sobre Hiroshima (2009) y El País de las lágrimas (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como Martín Luther King (2006) e Historia de la Masonería en Estados Unidos (2009). Los doce legados de Steve Jobs (2012). La biografía del papa Francisco. El primer papa latinoamericano (2013). La Saga Ione (2013) o la Serie Apocalipsis (2012).Saga Misión Verne (2013)

www.marioescobar.es

[1] La Noria del Milenio